

AMERICA

PUBLICACION DEL GRUPO AMERICA

Encargados de la Dirección:

ALFREDO MARTINEZ

ANTONIO MONTALVO

AUGUSTO ARIAS



VOLUMEN XI

AÑO XI

Quito, Ecuador, S. A.

1936



AMERIKA

PUBLICACION DEL GRUPO AMERICA


SUMARIO

HUGO MONCAYO: El Ecuador en el momento internacional Sudamericano, Pág. 5.— CESAR E. ARROYO: Ensayo sobre Lope de Vega, Pág. 9.— HIPATIA CARDENAS DE BUSTAMANTE: Recuerdos, Pág. 47.— AUGUSTO ARIAS: Carlos Aponte, Coronel de Sandino, Pág. 49.— ALBERTO GUILLEN: Dos poemas, Pág. 53.— AURORA ESTRADA Y AYALA DE RAMIREZ PERES: A Francis Laguado Jayme, Pág. 60.— JORGE CARRERA ANDRADE: Poemas de "El Tiempo Manual", Pág. 63.— SERAFIN DEL MAR: Poemas, Pág. 67.— F. FERRANDIZ ALBORZ: Notas literarias, Pág. 70.— ALFREDO MARTINEZ: Reflexiones de la calle, Pág. 82.— JUAN PABLO MUSOZ SANZ: Exfoliador, Pág. 87.— ANTONIO MONTALVO: Bolívar, Pág. 90, Mirador Bibliográfico, Pág. 106.— MARIA LUISA CALLE: El Libro y su gestión espiritual, Pág. 98.— DIRECCION: Alberto Guillén, Pág. 104; Fundación del "Centro Cultural Ecuatoriano - Argentino", Pág. 122.— Mensaje, Pág. 124.— Notas Editoriales, Pág. 126.

Vol. XI

Año XI

Nº 62



IMPRENTA NACIONAL

GRUPO AMERICA
Fundado en Abril de 1931

SOCIOS ECUATORIANOS

Aguilera Malta Demetrio, en Guayaquil

Albornoz Miguel Angel

Arias Augusto

Arroyo César E., en Cádiz

Barrera Isaac J.

Bossano Luis, en Bogotá

Bustamante Guillermo

Cárdenas Hipatia de Bustamante

Carrera Andrade Jorge, en El Havre

Carrera Andrade César

Carrión Benjamín

Cuadra José de la, en Guayaquil

Escala Víctor Hugo, en Caracas

Escudero Gonzalo

Gallegos Lara Joaquín

Icaza Jorge

Jaramillo Alvarado Pío

Jiménez Nicolás

Lasso Ignacio

Martínez Alfredo

Moncayo Hugo

Montalvo Antonio
Muñoz Sanz Juan Pablo
Pallares Z. Hernán, en Londres
Pareja Diez Canseco Alfredo, en Guayaquil
Paredes Angel Modesto
Pérez Guerrero Alfredo
Reyes Oscar Efrén
Salvador Humberto
Sánchez Manuel María, fallecido
Torres Luis F.
Vaca del Pozo Telmo, en Guayaquil
Velasco Ibarra J. M., en Colombia
Zaldumbide Gonzalo, en Suiza

CORRESPONDIENTES
HISPANOAMERICANOS

Arciniega Rosa, en Madrid
Candioti Alberto M., en Bogotá
Diez de Medina Fernando, en La Paz
García Antonio, en Popayán
Guillén Alberto, fallecido
Latorre Mariano, en Santiago de Chile
Mastronardi Carlos, en Gualaguay, Argentina
Parra Teresa de la, en Suiza
Préndez Saldías Carlos, en Santiago de Chile
Scarone Arturo, en Montevideo

El Ecuador en el Momento Internacional Sudamericano

Como nuestro nombre lo sugiere y una constancia de más de dos lustros en servicio modesto a la cultura del Continente lo afirma, el Grupo América de Quito, consideró siempre como suyos propios, los campos de una sana preocupación internacional que, partiendo de consideraciones actuales de realidad indoamericana, pudieran elevarse hasta las más robustas y graciosas fuentes de la tradición racial y del constante celo que un acendrado hispanismo obliga a estos países.

Así, dos grandes propósitos cumplen sus actividades de filantropía consciente, y cada uno de ellos, determina, por su propia naturaleza, una recíproca influencia saludable entre los cenáculos desperdigados en tan vastos territorios de este mundo NUEVO, no tanto por la precedencia que la geografía le ha impuesto, como por las sorpresas de germinación social, de inquietud estética y de profunda inconsistencia política que lo presentan, cada vez con mayores contornos, como el laboratorio abierto de imponderables realizaciones.

Mirar a España con la atención frecuente del que halla en los blasones de su casa, el venero precioso de sus más preclaros estímulos y sacudir una ignara despreocupación por ella, o una ingenua secuela de irrazonada pleitesía, como para que sea más firme y segura la estimación de sus valores, es la pauta de su programa; pero para que este reflujo de intimación ascendente modele hoy, lo que en el pasado fue suyo, constituye motivo provechoso de diaria atención, elemental conocimiento y deber inelectuable, el seguir, paso a paso, la vida contemporánea de nuestras hermanas "amerindias" y, más aún, de las repúblicas que, destinadas en el tiempo a burlar unidas, la resistencia de las selvas o la vigilancia airosa de las montañas, vivieron una coincidente epopeya emancipadora y labran aún, a golpes rudos, la toga flúida y el yelmo sereno de la Patria.

El procerato de lealtad que a Quito correspondió en el balance de afección al Libertador y que nadie desconoce, por justo y perenne, lo conserva la Nación, amplificado en el tiempo y en la esencia, desde los primeros momentos de la República, en lo que se relaciona con los Estados colombianos, —que el "grancolombianismo" no ha existido ni en el léxico ni en la realidad documentada—, y más aún, con los bolivarianos, si por tales hemos de entender, a todos aquellos que proceden de la energía y la previsión del generoso caudillo.

Consideramos oportuno el recordar estos hechos, ante los innumerables amigos que, desde el Magdalena al Plata, apoyan la gestión de este conjunto espiritual, porque la anunciada, espontánea y postergada visita del señor Presidente de Colombia al Ecuador y las constantes irrupciones vandálicas de guarniciones sin respaldo de gobierno alguno que invaden diariamente nuestros territorios amazónicos, partiendo del lado del Perú, —para valernos de una socorrida desviación retórica frecuente en crónicas de filibuste-

rismo y piratería—, vuelven oportuna la formación de algunos puntos de vista que son fundamentales para la ecuatorianidad alerta, la que no puede soportar ni desvanecimientos transitorios siquiera, menos musulmanas abstenciones, o una inhibición inexplicable, aun cuando aparezca conveniente para oficinescos designios.

La probable visita del Mandatario colombiano a nuestro País, ha despertado una natural curiosidad popular, vuelta factible en sus cordiales esparcimientos, por la munificencia comprensiva de los poderes públicos; y, sin duda alguna, merecerá grata recordación por los múltiples motivos que la tornan singularmente agradable, en orden a una renovación de tradicionales vinculaciones y de constancia en el credo de fe americanista, o sea, de mutuo respeto y constante atención de estos países por sus comunes problemas, irresolutos unos, o de arreglo sin aceptación verdaderamente popular, otros.

De suerte que, precisa el que se fije, exactamente, la intensidad que los hombres de letras del País asignan a esta cortesía dentro de sus naturales posibilidades, sin que se exagere la, —hasta cierto punto—, justificada desconfianza que sus postergaciones alienta, ni mucho menos, se esparza una ingenua aspiración a no sabemos qué clase de vitalizadores estímulos que, si bien nos sería satisfactorio aunar en beneficio de una estable tranquilidad continental, no juzgamos sean el único norte de nuestra política de justicia jurídica que respalda, su silenciosa confianza, en sus propias energías.

El señor doctor López tendrá oportunidad de apreciar la profunda estimación ecuatoriana a su Patria, plena de ejemplarizadoras actitudes en guarda de su decoro externo y de su siempre reverdecido civismo, y de encontrar en este País, la demostración que sus personales merecimientos vuelve exótico el ponderar y que en las clases cultivadas y

en nuestro pueblo, gallardo y franco como pocos, sabrá presentarse con la herencia de cordialidad que conserva latente y que su palabra, con seguridad, animará por muchos años.

Por fortuna, los países sudamericanos guardan celosos su personalidad colectiva, aun cuando en ocasiones, la gestión de sus negocios administrativos haga el silencio de sus leyes imponderables, y así, no creemos que la buena voluntad, la decisión o la sola investidura de sus Jefes de Estado, valgan más allá de lo que sus pueblos acepten o ambicionen. Coincidir con éstos, interpretarlos sesudamente y luego, responsabilizarse con ellos, es elemental previsión y motivo de satisfacciones duraderas.

La constante y valiosa correspondencia que mantiene el Grupo con los más conocidos elementos espirituales de nuestras vecinas del norte y del austro, nos mueve a esperar que interpondrán sus claras inteligencias, despojadas de nacionalismos exacerbados o de anquilosadas concepciones imperialistas, para enfrentar, de manera decisiva, cualquier contingencia que vuelva posible la resolución de nuestros entorpecidos litigios, a la sombra de los cuales es frecuente que medren, la palaciega voz que evita los torneos del areópago o la insidia capitalista que cubre su asechanza con la fanfarria sagrada de los anales.

Nuevos sociólogos siguen constatando el fenómeno de que en América haya países regidos de acuerdo con formas estatales diversas a sus aspiraciones: que la opinión, en su significado más lato, como directa influencia del hombre cultivado sobre el horizonte de una ambición creadora, se ejercite en este caso, como lo requiere un porvenir sudamericano más amplio.

Para ello, estas páginas están abiertas.

HUGO MONCAYO,
Secretario General del Grupo América

ENSAYO
CESAR E. ARROYO **SOBRE**
LOPE DE VEGA

El mito antiguo del ave de milagro, única en cada milenio, que se incineraba ella misma para después renacer de sus cenizas más joven y prepotente, cobró realidad fecunda en las letras hispánicas en las postrimerías del siglo XVI y en el orto de aquel siglo que de oro se llamó.

El mito se hizo carne y habitó entre nosotros desde 1562 hasta 1635, personificado en la inconmensurable figura de Lope Félix de Vega Carpio, hombre integral, hombre máximo con todas las fuerzas creadoras exacerbadas y en derroche de una producción que asombra.

Sol en pleno cenit de un firmamento tan radiante que al mismo astro de la Mancha hacía palidecer, Lope fué el centro de todo un sistema literario sin igual entonces en el universo.

La Raza hispánica había logrado ya la superación. Descubrió y moldeó para la cultura la otra mitad del mundo, que ella fué la primera en circunnavegar. Había realizado la epopeya de la Edad Moderna. La había vivido con supremo heroísmo. Tenía ahora que expresarla. Para ello contaba con un instrumento perfecto: el idioma de acero, de bronce, de hierro y de oro, que forjado del latín con la aleación del árabe y de los robustos idiomas ibéricos, había llegado en su gestación de siglos a adquirir calidades insuperables.

Buscaba expresión la raza hispánica. En el Romancero estaba la veta lírica inexhausta. Todo el tesoro de su fe, de su afirmación, de su amor y de su dolor, de su heroísmo, de su sacrificio y de sus ansias. Tenía que fundirse el mineral precioso para plasmar el monumento que fuera como la cristalización del alma hispánica en homenaje definitivo al porvenir.

Italia con el Divino Alighieri había levantado su catedral de tercetos cuyos cimientos llegan hasta los infiernos y cuyas agujas horadan los cielos. Portugal había cantado su periplo heroico en las rotundas octavas de Camoens. Francia había desatado con Rabelais la risa universal de Pantagruel. Inglaterra cantaba con Milton la lucha aterradora entre el Bien y el Mal, entre las sombras y la luz. Y con Shakespeare estaba creando la tragedia de todas las pasiones.

El genio hispánico, profundamente realista, aunque su frente encendida con los resplandores del ideal, le venía estrecho el poema, aún el épico en su ancha plenitud.

El teatro que en Grecia había llegado a robar su fuego al Empíreo, y en Roma había labrado algún monumento eterno, renacía en España alimentado con jugos vitales, todo carne, todo músculos, todo nervios, todo huesos, todo sangre, todo alma, revistiendo los caracteres de expresión total de una raza a la que le había venido pequeño el mundo.

Nutrido de místicos fervores, nardo de los huertos claustrales, flor peregrina de sus fiestas, el Teatro niño sale a la plaza pública; y allí el tinglado de la antigua farsa es espejo ustorio de la vida española, que salida de los crisoles de la Edad Media y cerrado el cielo de diamante de las epopeyas, siente una reviviscencia dionisiaca infundida por los gérmenes renovadores del Renacimiento.

Juan de la Encina, Bartolomé Torres Navarro, Cristóbal de Virués clavan en la costra hispánica los pilotes del Teatro, preparando el escenario, ancho de horizontes, en el que el genio de Lope Félix de Vega Carpio debía desplegar todo un universo de fantasía que sólo al creado por Dios puede igualarse.

Lope creó el teatro español moderno. El mismo lo proclama en los siguientes tercetos de una de sus innumerables epístolas:

Necesidad y yo partiendo a medias
el estado de versos mercantiles
pusimos en estilo las comedias.

Yo las saqué de sus principios viles,
engendrando en España más poetas
que hay en los aires átomos sutiles...

Paralelamente con sus creaciones, Lope supo vivir en belleza, el entremés, la comedia, el drama y la tragedia de su vida intensa.

Fruto de una pareja mal avenida de cántabros, su padre Félix de Vega Carpio, de oficio bordador, y su madre, Francisca Fernández Flores habían reñido en su tierra. El marido dejó a la mujer, marchándose a Madrid. La cónyuge no se conformó con el abandono, y se plantó un día en la Villa y Corte, reconciliándose el matrimonio, y tan eficazmente que a los nueve meses de hechas las paces, Doña Francisca dió a luz a un niño al que pusieron en la pila bautismal los nombres de Lope Félix. Este acontecimiento trascendental en la historia de las letras universales se realizó el 25 de Noviembre de 1562. Lope fué, pues, llamado a la vida por un amor que después de apagado volvía a encender su antorcha sagrada. Luego, el hijo del modesto bordador de Cantabria, cuando llegó a la plenitud de la fama, agarrándose al segundo apellido de su padre, con esa su fantasía desbocada, se llamó nada menos que descendiente de Bernardo de Carpio, el héroe legendario de los cantares de gesta, vencedor de Carlo Magno en Roncesvalles; y, ni corto ni perezoso, se fabricó un escudo nobiliario con diez y nueve torres en campo de azul. Sólo que cuando ello ocurrió le salió Góngora al paso con un maligno soneto que principia así:

Por tu vida, Lopillo, que me borres
las diez y nueve torres de tu escudo,
porque aunque todas son de viento, dudo
que tengas viento para tantas torres...

Felipe el austero había instalado ya definitivamente la Corte en la entonces descampada Villa extendida en la meseta central, muy cerca de la Sierra del Guadarrama, quemada

da por los soles y azotada por los vientos castellanos; y desde su silla tallada en roca de El Escorial imponía leyes al mundo.

¿Qué propósito llevó a Felipe II a establecer la sede del Imperio universal en la pelada y áspera meseta castellana? Fué, y lo confesó, una elemental idea de centralismo. Madrid estaba en el centro geográfico de España; luego, Madrid debía ser la capital para irradiar desde allí el Poder sobre toda la Península. También tuvo en ello mucha parte el fanatismo: quería el Rey vigilar de cerca la construcción de El Escorial, monasterio, basilica, panteón y palacio todo en uno, que es como la formidable concreción pétreo de su espíritu soberbio y hosco. Y así no tuvo muy en cuenta que su nación no comprendía sólo la Península Ibérica sino gran parte de Europa y todo el Nuevo Mundo. El Estado Español debía iniciar no un movimiento centrípeto sino centrífugo de su poderío. Debía haber establecido la capital en un gran puerto atlántico. Y entonces ninguno más indicado que el de Lisboa. Así no hubiera podido ser posible la separación de Portugal, que sobrevino años después por culpa de la abulia de Felipe IV y de las torpezas de Olivares. También se hubiera retrasado la emancipación de los Dominios españoles de América, a la que contribuyó, de manera decisiva, Inglaterra, aliada ya con Portugal, para tener a raya a España, ejercer preponderancia en Lusitania y desbaratar el Imperio Español, alzándose con la hegemonía del mundo.

Poco antes de comenzar el quebrantamiento del Imperio Español, surgió el niño pródigo que antes de saber leer ya componía versos y comenzaba a idear comedias. A los quince años Lope se escapa de la casa paterna con otro rapaz, y montados los dos en un caballo que mercan en Segovia se van por el norte de Castilla en busca de aventuras. Los corchetes de la Justicia aprehenden a los dos mozalbetes y los reintegran a sus casas. Sin sentar esa cabeza de pájaros divinos que nunca se asentará ya ni en la vejez, va de estudiante a la Universidad de Alcalá donde, desaplicado y discolo, puede a todos sus condiscípulos con su saber infuso y con los primeros brotes de su genio.

Regresa a Madrid el mozo de veinte años, llevando en su hatillo de estudiante muchísimas más comedias que años contaba. Entra de lleno en la vida de la farándula y en el

ajetreo de los "corrales" conoce a la garrida hija del Director de una de las principales compañías de cómicos. Y surge lo inevitable: el amor. Ella se llama Elena Osorio. La canta apasionado con el nombre de Filis. ¡Es un Filis! La inmortaliza en "La Dorotea", que empieza a escribir entonces y que será la obra de su vida. Y la ama, la ama, la ama, creyendo, como creemos todos, que el primer amor ha de ser el único; falacia grande en la que caemos cuando la juventud nos abre con un empuje eufórico, de par en par las puertas de la vida. El primer amor es el más inconsistente. Es de deslumbramiento, de embobamiento. Pronto no es más que un recuerdo dulce o amargo. Amargo casi siempre. Vienen otros amores como perspectivas tiene la vida innumerables. Y el único amor grande, el amor que hace eternas nuestras vidas breves, es el último, aquel que nos llevamos más allá de la muerte.

La primera juventud frenética de Lope está colmada del amor de Elena de Osorio. Ella le inspira "La Dorotea", obra vasta escrita en diversas épocas que van de la juventud a la vejez; obra peregrina, única, que tiene de idilio, de comedia, de drama y de lírica poesía.

Cuando está en lo mejor de los amores con Elena, tiene que marcharse a Sevilla, a ver si le da dinero un tío suyo que en la ciudad del Guadalquivir vivía. Dinero, sin el cual, todo, hasta el amor es incompatible. Vuelto a la corte con unos cuantos ducados, encuentra con que su amada se ha casado o la han casado con un "indiano rico". Al principio se indigna; pero no tarda en transigir con la situación creada. El flamante marido se ausenta con frecuencia, ocupando Lope furtivamente su puesto y recibiendo toda suerte de favores de la bella Elena. Pero el frenesi no dura. Rómpanse con violencia esas relaciones. Y Lope, después de haber ensombrecido la vida de Elena Osorio de infame vilipendio, arrastra su nombre por el fango y hace rodar su fama cual piedra que rueda hasta el abismo.

Condenado por injurias y calumnias a la misma persona que antes adoraba, es arrastrado de un teatro a la cárcel de donde sale para ir a alistarse en la expedición que se preparaba en Lisboa para ir a las Islas Terceras. De vuelta del Archipiélago de las Azores, no puede residir en Madrid por pesar sobre él pena de destierro de los límites de Castilla. Ocultán-

dose de la Justicia pasa por la Corte y se dirige a Valencia, no sin antes haber conquistado el corazón de una gentil madrileña, Doña Isabel de Urbina, con la que luego se casa por poderes, haciéndola venir a su lado a la ciudad del Turia.

Ninguna tierra más propicia que Valencia para temperamentos ardorosos como el de nuestro hombre. La huerta inmensa y cuadrículada por la propiedad innúmera, en verde y fresca eclosión de vida siempre renovada. El cielo, un mar ingrátido; el mar, un cielo denso. La costa de Levante con sus radas serenas, festonadas de arrozales y naranjales. Un gran lago de ensueño con su cinturón de cañas: la Albufera. Las ruinas sagradas y el magnífico puerto de Sagunto. La maravilla del valle de Alcira, perfumado de azahares, dorado de frutos. Y la capital egregia con su gran basilica gótica y con sus airosas torres del Miquelet y de Santa Catalina, con sus fortalezas de Serrano y del Cuarte, extendida muellemente, mirándose en los rotos cristales del Turia y abriéndose ante el **Mare Nostrum**, como una inmensa, jugosa y perfumada naranja.

En Valencia ama y es amado dulcemente. Escribe, estrena comedias y más comedias. Pero llega un día en que su temperamento inquieto se harta de tanto dulzor. Deja a la esposa y el ambiente tibio, y se dirige otra vez a Lisboa, a enrolarse como soldado en la tan famosa como desdichada expedición de la Armada Invencible, que España, la gonalonera de la Contrarreforma, lanza a abatir el predominio naval de la "pérfida" y anglicana Albión. Son trescientas naves seguras del triunfo, de un triunfo que resultó una total y definitiva derrota. Nuestro poeta describe la partida en este soneto, impresionista:

Famosa armada de estandartes llena,
partidos todos de la roja estola,
árboles de la fe, donde tremola
tanta flámula blanca en cada antena.

Selva del mar, a nuestra vista amena,
que del cristianismo Ulises la fe sola
te saca de la margen española
contra la falsedad de una sirena.

Id y abrasad el mundo, que bien llevan
 las velas viento y alquitrán los tiros
 que a mis suspiros y a mi pecho deban.

Segura de los dos podéis partiros,
 fiad que os guarden y fiad que os muevan:
 tal es mi fuego y tales mis suspiros.

Por sabido se calla que el "cristiano Ulises" era el páldo hijo de Carlos V, y la "falsa sirena", Isabel de Inglaterra. Iban a verse frente a frente los dos grandes Poderes del orbe. Eran dos ideologías, dos religiones, dos imperialismos los que estaban en pugna. La supremacía la tenía aún España. De haber triunfado ésta, otra sería ahora la faz política del mundo. Pero no se contó con lo imponderable. Una tempestad fué la gran aliada de Inglaterra. Tras marítimas escaramuzas, sin mayores consecuencias que formidable tormenta destroza los navíos españoles. Felipe, el tremendo, dice que envió sus barcos a luchar con otros barcos, pero no contra los elementos. Y siente que la corona real empieza a resquebrajarse en su testa, terminando por rodar en la lamentable pendiente que entonces se inicia hasta precipitar en abismos de abyección a los Austrias, y después, a los Borbones.

Náufrago y deshecho el soldado español, al ganar por milagro las costas de Inglaterra, siente el *esplín* de las brumas británicas, y todo su anhelo es volver a su España. Consigue el regreso y desembarca en Cádiz. La ciudad blanca y nítida, recortándose en el añil del cielo de Andalucía ¡es la patria! Aquí escribe sus deliciosas "Barquillas". Sigue a Valencia donde le aguardan los fieles brazos de su Isabel de Urbina. Pero pronto la muerte rompe los dulces lazos de esos brazos. Lope, encontrándose solo, y para olvidar, marcha al otro extremo de España, a la provincia de Salamanca, entrando al servicio del entonces señor feudal de esas tierras, el Duque de Alba, nieto de aquel Don Antonio Alvarez de Toledo que en Flandes dejó huella sangrienta. Reside primero en la medioeval Alba de Tormes, y después en Salamanca. En esta ciudad sabia y dorada, amplía sus estudios adquiridos en Alcalá. Allí conoce, trata y pleita en verso con el canónigo de Córdoba, Don Luis de Góngora y

Argote, que durante aquella sazón seguía en la docta ciudad el hilo de ciertas investigaciones que su Cabildo le había confiado.

Al cabo de un tiempo, Félix Lope de Vega ha extinguido su pena de destierro de la Corte y puede volver libremente al Madrid de sus ansias. En llegando contrae segundas nupcias con la hija de un carnicero! ¿Cómo, el señor de los altos pensamientos, el de los sueños locos, pudo atarse de por vida a una mujer vulgar y sin instrucción? Pues sí. Lope fastidiado de la tacañería de los llamados nobles, y de la tacañería de los empresarios de los "corrales" de comedias, quería, ante todo, cazar una dote, y con la primera que topó se casó. Esta, su segunda esposa legítima —las ilegítimas son casi tantas como sus comedias— es una mujer sin mayores encantos físicos, vulgarcilla y, por añadidura, de salud precaria. Le da unos hijos enclenques que mueren en la infancia, no quedando sino una hembra que lleva el nombre de Feliciano y, que sobrevivió a su glorioso padre. De la tal Juana de Guardo, que así se llamaba su absurda esposa, Lope no se preocupa apenas y la cambia todos los días por cualquier cómica y no cómica. Las guías de sus mostachos de mosquetero son el imán de muchos besos de mujeres que caen en sus brazos, rendidas por los efluvios que emanan de aquella personalidad única.

El hastío hogareño le empuja lejos de Madrid. El luminoso no puede soportar a esa mujer opaca, el armonioso se desespera junto a aquella criatura bronca, el inquieto se debate entre esas cuatro paredes casi carceleras. Y se agarra al Marqués de Sarria, hijo del Conde de Lemos, conocido éste por haber protegido, aunque cicateramente, pero protegido, al fin, a Cervantes. Se ofrece como Secretario al Marqués de Sarria, y éste le lleva a Sevilla, ciudad de la que Lope tenía dulces recuerdos.

Sevilla, de por sí, ya es una de las ciudades más seductoras del mundo. Toda color y ritmo, toda armonía y perfumes; monumental y, al mismo tiempo, delicada, tiene no sé qué en el ambiente que atrae y subyuga. Ahora que Sevilla con un gran amor y hasta con un amor como tantos amores, debe ser el paraíso de la tierra. El paraíso que han cantado los poetas italianos desde el Dante hasta D'Annunzio.

Lope llegó a Sevilla cuando reventaba en rosas de presagio la aurora del siglo xvii. Pronto rompió la férula que le ataba al Marqués y se puso a vivir su vida soñadora y creadora. Volvió a darse al teatro, metiéndose de lleno en la vida de los histriones. Y en ese medio, el enamorado insaciable encontró uno de los más grandes amores de su vida. Primera actriz de una compañía de cómicos que actuaba en Sevilla era la magnífica hembra Micaela de Luján, casada con un cómico de la legua que andaba por el Perú, después de haber dejado a su mujer con cinco hijos. Lope se enamoró perdidamente de Micaela y puso cerco a esa plaza desocupada, que se le resistió al principio; pero que no tardó en caer, como las otras, ante el ímpetu del varón irresistible. A las orillas del Guadalquivir, Lope de Vega y Micaela de Luján tejieron su ardoroso idilio.

En Sevilla entonces se sentía un despertar de todas las energías, una como inyección de esencias vitales. Su puerto era la puerta del Nuevo Mundo. Por la arteria fluvial que va de San Lúcar de Barrameda en la confluencia de la Mar Océana al corazón de Andalucía, penetraba en la Península la corriente vital que venía de las Indias Occidentales. Hombres de las selvas, tatuados y con plumajines, frutos exóticos, ricos y perfumados, maderas y metales preciosos; los galeones cargados de plata estaban fondeados frente a la Torre del Oro. Sevilla nadaba en la abundancia y ardía en fiestas. La Giralda mora, lanzándose sobre las cresterías de la catedral cristiana, era como un grito de júbilo lanzado a los cielos triunfales.

En la ancha copa cristalina de la ciudad del Betis, Lope bebió a largos sorbos su pasión capitosa, durante tres años, al cabo de los cuales cargó con la amante y su prole y los instaló en Toledo. Mantenía dos casas, la legítima y la sucursal. En Madrid resongaba la pobre Juana de Guardo que se consideraba malmaridada con aquel cuyo genio era incapaz de comprender. Por último, Lope que estaba con un pie en la ciudad del Tajo y con el otro, en la del Manzanares, se resuelve a reunir a las dos familias en la Corte. Los disgustos y sus achaques y alifafes terminan por dar fin con Doña Juana de Guardo; y como a Lope le sobraba inspiración, lamentó su muerte en una hermosa elegía lírica y lapidaria.

Después se esfuma también de la vida de Lope, Micaela de Luján; pero inmortalizada ya en tantos poemas perfectos con el nombre de **Camila Lucinda**. Los investigadores que en tres siglos han buceado en la caudalosa vida del **Fénix**, ninguno hasta ahora nos ha podido dar razón de cómo terminó Micaela de Luján de la que sí cabe decir la resobada frase que se perdió en la noche de los tiempos.

Micaela dió a Lope dos vástagos: Lope Félix y Marcela. El muchacho, trasunto de su progenitor, del que había heredado, junto con el don de la poesía la sed de aventuras, adolescente aún, abandona al padre para sentar plaza de soldado, yendo con los Tercios españoles a Italia y a Flandes, y embarcándose, por último, en una expedición que iba a pescar perlas en la Isla Margarita. Un ciclón del Caribe deshizo la goleta, pereciendo el polluelo del **Fénix** y todos sus compañeros frente a las costas venezolanas.

Y la hija, Marcela de Vega y Luján, lirio divino de los jardines de Lope, fué casi niña a consumirse lentamente entre efluvios de cera e incienso en el claustro de las Trinitarias Descalzas de Madrid. La poesía en la que su padre relata el monjío de Marcela es algo de lo más tierno, fino y delicado que produjo la vena inagotable del inmenso cantor del Siglo de Oro. Describe en tercetos conmovidos la grave ceremonia de la profesión religiosa, como si fuera una boda:

Marcela, de mi amor primer cuidado,
se trató de casar, y libremente
una noche me dijo el desposado.

Yo viendo que era término prudente
examinar mejor su pensamiento,
que hay cosas que gobierna el accidente,
hice mis diligencias siempre atento
a no quitar el gusto, si tenía
en la verdad del alma fundamento;
más creciendo sus ansias cada día,
determineme a dársela a un esposo,
que con tan grande amor la pretendía.

Era galán, discreto, rico, hermoso,
altamente nacido, y con un padre

que no es menos que Topoderoso

Las esposas de Dios, las almas puras,
 que aquí llaman Descalzas Trinitarias,
 que andan descalzas, pero van seguras,
 advertidas de cosas necesarias
 y adornando su templo mi cuidado
 de ricas telas de riquezas varias,
 previenen a la boda al desposado,
 supuesto que él estaba prevenido,
 si bien las hace siempre disfrazado.

Allí Marcela vive, allí profesa;
 lejos del loco mundo y sus engaños,
 sigue del cielo la divina empresa.

¡Oh santos, oh floridos desengaños!
 Pues tan hermosa virgen tierna y casta,
 consagra al Dios de amor dieciseis años.

Poco después de haber profesado Marcela, la otra hija, Feliciano, también se marcha del hogar, casada con un buen hombre llamado Luis Uzátegui. Lope se encuentra solo, sintiendo todas las añoranzas de la juventud que se ha ido para no volver. Ha cumplido ya cincuenta años y sabe que ha comenzado el descenso en el accidentado camino de su vida. Entonces toma consistencia su decisión de ordenarse de sacerdote, final muy socorrido entre los caballeros de su época, cuando hartos de aventuras, buscaban el eclesiástico sedante. Y se va a Toledo. "Voy a seguir mi calvario —dice— en cuya cumbre Cristo me espera con los brazos abiertos".

Toledo, la imperial ciudad tallada en roca viva y apretada por el sonante cinturón del Tajo, calentándose al rescoldo de las hogueras encendidas por tantas y tan diversas culturas; Toledo austera, silenciosa y mística; Toledo dramática y caballeresca; Toledo arcaica, gris y patética, era marco adecuado para el galán arrepentido que iba a vestir allí negra sotana.

Pero todo no era tristeza, silencio y soledad en la urbe goda, arábiga y cristiana. En aquel tiempo habitaba allí, e-

ternizando con sus pinceles personajes y ambiente, un pintor genial y misterioso que había sido discípulo del Tiziano y que quiso quedarse para siempre en la ciudad prócer en la que vivía con el esplendor de un noble del Renacimiento. Su nombre era Dominico Teotocópuli; pero todos le llamaban y le siguen llamando al cabo de los siglos, **El Greco**. Había nacido en la isla de Creta, mas era tan medularmente español como muy pocos artistas lo han sido.

Coincidiendo en Toledo los dos genios del arte, imposible que no hayan sido amigos. Quizá, mientras el Greco pintaba en su toledana villa y la orquesta que tenía a su servicio desgranaba notas de músicas de Italia, el poeta sin segundo recitaba líricamente sus poemas inmortales. Lástima y grande es que Domenico Teotocópuli no haya legado a la posteridad el retrato definitivo del **Fénix de los Ingenios**. Nadie como él pudo retratar, destacándole en aquellos fondos de negra atmósfera o de gris plata, aquella figura alta y cenicienta de caballero español, vestido con el hábito de la Orden de San Juan de Jerusalem. Los ojos en llama y toda la figura en llama; la frente en bóveda, la cabeza en cúpula donde todo un mundo estaría bullendo; la nariz recta y olfateante; la boca insaciable entre el mostacho mosqueteril y la breve perilla. Y la diestra creadora abierta sobre el pecho como la del caballero del famoso cuadro. Pero si el Greco no retrató a Lope, lo retrató en cambio, el mejor discípulo del cretense, el pintor Luis Tristán en el preciado lienzo que se conserva en el **Hermitage** de Leningrado.

El ambiente recoleto de Toledo no infundió mayor severidad a temperamento tan desaforado como el de Lope en el que los años apenas si hacían mella. Para él, los estudios eclesiásticos eran como un amable juego de la inteligencia. Latín había aprendido en sus mocedades pasadas en Alcalá y Salamanca. De la Teología y las otras ciencias eclesiásticas estaba casi de vuelta. Por otra parte, desde el Cardenal Primado hasta los monaguillos estaban interesados en que entrara a formar número entre los rabadanes de los rebaños del Divino Pastor, el hombre más célebre de su siglo en España, aquel a quien hasta se le rezaba un nuevo credo que decía:

Creo en Dios Todopoderoso, y en Lope
poeta del Cielo y de la Tierra.

Y así se le facilitó todo, que la Iglesia en casos como éste, trata siempre de barrer para dentro.

Al iniciar sus estudios eclesiásticos en Toledo, lo primero que se le ocurrió a nuestro hombre fué indagar por una posadera buena moza para ir a aposentarse en su casa. Y cual no sería su encantadora sorpresa al ir a dar con el mesón regentado por una cómica que había abandonado las capillas de Melpómene para convertirse en patrona de clérigos y estudiantes de Toledo. Doña Jerónima de Burgos llamábase la tal señora, que había sido tan buena cómica que para ella había escrito, pocos años antes el gran Lope, nada menos que "La Dama Boba", joya peregrina del joyel de Vega y del cofre sagrado de la dramaturgia universal. La comediante al cambiar de oficio había también cambiado su nombre por el de Gerarda, y recibió y aposentó a tan encumbrado autor "con muchas caricias", según carta escrita por éste a su alcorniado amigo y confidente, el Duque de Sessa.

Doña Jerónima ya sabía de memoria todas las mañas del maduro galán. Y le seguía la corriente, pareciéndole mentira que tan rijoso varón se empeñara en ser clérigo. El no hacía caso de las pullas que, a diario, le dirigía. Según ella, en vez de meterse a decir misa, debía seguir escribiendo comedias tan lindas como aquella que le había dedicado. Entonces, gustosísima volvería al teatro.—"Pero, mujer, si lo uno no quita lo otro. Ahora es cuando escribo más y mejores comedias", le replicaba. Y, a hurtadillas, le besaba en la nuca y le palpaba los senos.

Pronto fue subdiácono, luego diácono. Se hizo tonsurar; no sin pena de su parte, se recortó los bigotes e hizo desaparecer la perilla. Los estudios eclesiásticos terminaron lo que se dice en un santiamén. Se ordenó de presbítero y fué a Madrid donde cantó la primera misa en el año del Señor de 1614.

Y en el libro novelesco de la vida de Lope de Vega se abre el gran capítulo de amor, el más intenso, el más dulce, pero también el más amargo.

Este capítulo emocionante se titula: Marta de Nevaes.

Difieren los biógrafos de Lope acerca de la coyuntura por la que conoció el sempiterno enamorado a esta mujer que fué su última y suprema pasión. Mientras unos afirman que la vió por vez primera en una Academia de canto y de-

clamación, otros sostienen que fue en el confesonario donde el grandioso clérigo realizó semejante conquista. El autor de este pequeño trabajo, que no es biógrafo sino un glosador de Lope, abraza la opinión de los últimos. El confesonario es el filtro por el cual las almas destilan gota a gota y acendradas. ¡Ah, si los confesonarios pudiesen hacer confesiones! ¡Qué de estremecedoras revelaciones no harían! Marta de Nevares, joven, ardiente y sensitiva hizo sus confidencias a ese cura formidable, al que tanto se le alcanzaban los misterios de las almas de mujer. Era una muchacha artista, maravillosamente bella, que había casado por imposición de sus padres con un palurdo de Castilla, tratante en ganado de cerda. Lope, desde el primer momento se interesa por Doña Marta. Tras el conocimiento viene el enamoramiento. Y luego, la pasión inextinguible. El tiene entonces sus buenos cincuenta y cuatro años, y ella apenas veinte. Pero ¿qué importaba eso a aquel corazón cada vez más joven, ni a ella que ya estaba sugestionada?

Fray Lope Félix, clérigo de misa, pero no de olla sino de tirso y lira, delira por Doña Marta. Esta seductora mujer une a sus innumerables encantos el don mágico del canto. Doña Marta posee una voz de esas que traspasan el alma. De todos los dones que puso Dios en la mujer, ninguno como el del canto del que sólo algunas privilegiadas pueden ufanarse. Nada entre lo creado es más bello que una bella voz de mujer. Todo lo demás es material, terrestre. El canto es espiritual y divino. Superadas las caricias, consumadas las delicias, puede llegar el hastío con su horrible soplo desolador. Pero en el canto está viva y renovada la emoción innumerable. Nada hay como esa armonía en la armonía infinita del mundo. Por don de compensación, las mejores cantantes no son bellas. Pero en los casos excepcionales en que la hermosura de las formas se junta a la belleza de la voz, es que el Supremo Artífice ha querido esmerarse y remirarse en su obra.

Marta de Nevares es casada. Y Lope, que casi la triplica en edad, es clérigo de la venerable Orden de Sacerdotes de Madrid. Entre los dos se levanta la triple muralla de bronce de los años, de la Iglesia y de la Ley. Pero la que en ellos ha prendido es una verdadera pasión. Y cuando la pasión es tal, arrolla todo, pasa por valladares y diques, no se detiene

ni ante lo más sagrado, atropella a la sociedad y a los altares; y su soplo huracanado, que obra en nombre de la vida, vence hasta a la misma muerte. Las otras que creemos pasiones no son sino falacias, pálidos remedos de pasión. Pasión grande, pasión profunda, pasión tremenda la de Lope de Vega por Marta de Nevarés y la de Marta de Nevarés por Lope de Vega. La pasión de ella es adúltera; la de él, sacrilega. No importa: todo lo sublimiza y depura el amor en sus alquimias insondables.

Ciego y sordo a todo lo que no fuera su amor, Lope se pone el mundo por montera. Y sonriéndose de una sociedad que él había moldeado en el arte con sus dedos de plasmador de infinitas almas, se lleva a su casa a Marta de Nevarés. Del connubio del clérigo y de la malcasada nace un fruto delicado que es un amor del amor: Antoñita Clara, la hija de las postrimerías, la última y la más adorada. Lope pone en ella todas sus ternuras. En ella se remira, y Antoñita es la niña de sus ojos. Vivo trasunto de su madre, tiene en su alma todas las esencias y en su figura todas las delicadezas, las gentilezas y los donaires de las más lindas mujeres que había creado el genio del dramaturgo sin par. Entre millares y millares de poemas maravillosos. Antoñita era el insuperable poema vivo, el mejor galardón y el ramo de mirto fresco que ceñía la frente del Apolo hispano.

Después de los idilios, de las comedias de capa y espada que tejió en su vida, del hondo dramatismo que vivió su alma proteica, adviene para Lope la tragedia grande. Pero su espíritu que flota sobre la realidad es superior a todo. A la tragedia misma la coge por el cuello y la domeña. Su tragedia es nada menos que ésta: Marta de Nevarés, su último y definitivo amor, ha cegado, joven aún. Los zafiros radiantes de sus ojos se han convertido en ópalos, pero en ópalos opacos, en ópalos sin luz. Marta y Lope buscan esos zafiros en la sombra. La linterna sorda de la ciencia oftalmológica de entonces apenas si puede alumbrarles en esa búsqueda de angustia. Marta de Nevarés enloquece del dolor de no ver. Ella está ciega y loca. Y puede decirse que él está loco y ciego también. Dura años ésta que parece una espantosa expiación. Marta desgarrá sus vestiduras, destroza con la obscura fuerza de su ananké cuanto a sus manos llega. Su voz, rota por el padecer, pone en sus cantos ecos de maldiciones bíblicas. O, muda y

hierática permanece inmóvil largas horas tremendas. La visión patética de su amada dolorosa nos ha dejado el Poeta en estos versos:

Quien creyera que tanta mansedumbre,
en tan subida furia prorrumpiera?
pero faltando la una y la otra lumbre
de cuerpo y de alma ¿qué otro bien le espera?
que en no habiendo razón que el alma alumbré,
ni vista al cuerpo en una y otra esfera,
sólo puede quedar lo que se nombra
de viviente mortal, cadáver, sombra.

Aquella que gallarda se prendía,
y de tan ricas galas se preciaba,
que a la aurora de espejo le servía,
y en la luz de sus ojos se tocaba,
furiosa los vestidos deshacía,
y otras veces estúpida imitaba,
el cuerpo en hielo, en éxtasis la mente
un bello mármol de escultor valiente

.....
sólo la escucho yo, sólo la adoro
y de lo que padece me enamoro.

La muerte, libertadora del dolor, envuelve, al fin con sus hienzos de sombra y de olvido a esa figura trágica. Lope llora inconsolable a su **Marcia Leonarda**, nombre con el que en sus poemas más hondos ha proyectado a la posteridad a Doña Marta de Nevares. Lleva su pasión más allá de la muerte porque sabe que la vida ya no le dará nada más.

Pero le queda en la vida el consuelo puro y dulce, el recuerdo palpitante, el trasunto cabal de la inolvidable en su esplendor. Tiene a su Antonia Clara, la hija predilecta. Su numerosa prole casi se ha extinguido. Le quedan sólo tres mujeres: Feliciano, la única hija legítima, habida con su segunda mujer, Doña Juana de Guardo; Marcela, la monjita descalza, hija de Micaela de Luján, y Antonia Clara, la hija de su Marta inolvidable. Biógrafos de Lope se refieren también de unos frailes hijos del genio; pero éstos, en las perspectivas borrosas de tres siglos, vienen a ser algo así como fantasmas y sombras esfumadas.

Al entrar en su gran crepúsculo el clérigo portentoso que ha lanzado su frente hasta la luz febea sin poder sacudir de su negro manto tantas sombras que, fatalmente, le han empujado a ser criado y hasta tercero en líos amorosos del disoluto Duque de Sessa, y a prestarse a ser Familiar del llamado Santo Oficio en las nefandas ceremonias del achicharramiento de herejes; se siente alumbrado por un resplandor de aurora, el que irradia de la carita de rosas de su hija Antonia Clara. La mozueta ha heredado todos los encantos, la zalamería, "el buen rejo de la madre", que dicen los escritores madrileñistas, junto con la fantasía desbocada y la avasalladora sensualidad del padre.

Antonia Clara va creciendo en gracias y en donosuras. Pero la ley de la herencia se cumple, inexorable en la muchacha. Cuando se abre el capullo de las diez y siete flores que son su edad, la lindísima paloma del palomar de Fray Lope es arrebatada, y con gran complacencia de ella misma por un gavilán que anidaba muy alto, en las torres del Regio Alcázar, pues era allegado del entonces omnipotente en España, Conde-Duque de Olivares, valido del degenerado Felipe IV, el que si hoy vive en la retina del mundo es por haber sido retratado repetidamente con su perfil clorótico, sus cabellos desvaídos, sus ojos de agua y su colgante bello por el pincel mago de Velázquez.

Nada detiene a esa doncella desatentada ante su apetito de hombre. Sabe que deja a su padre en la soledad, en el silencio y en el frío. Sabe que morirá de dolor. Pero ella se va. Huye para siempre con su amante en una tarde malhadada. Y el anciano sacerdote que pudo con todas sus tragedias, no pudo ya con esta última que fue más fuerte que él. La ingratitud de los hijos, una de las mayores tragedias, rompe brutalmente las fibras más delicadas y hondas, pisoteando los brotes de las más caras ilusiones y dejando inundada para siempre de amargura el alma víctima.

Lope tan impetuoso y resuelto, que espada en mano y batiéndose con cuatro espadachines, dejó mal herido, pocos años antes, a un galán que con pésimas intenciones, rondaba acompañado de sus criados, la reja de Marcela, está vencido por el golpe que le ha asestado al corazón la despiadada crueldad de su última hija. No la busca ni persigue al raptor. Les deja seguir su vida. Y él, viejo y adolorido se refu-

gia en las playas de su arte, abismo en el que está a veces rugiendo, a veces llorando, a veces jugando y encalmado a veces el abismo de todas las pasiones.

Entonces le entra de lleno la devoción, y es el paradigma del sacerdote arrepentido. Siempre fue, eso sí, un fervoroso creyente; pero de aquellos que con su conducta encienden una vela a Dios y otra al Diablo. Esto no ha obstado para que ciertos escritores reaccionarios "carcas" como se los denomina hoy en España, queriendo llevar semejante caudal de agua a su molino, nos lo presenten como un dechado de religiosidad, despidiendo ya hasta un suave olor de santo. Fray Lope Félix de Vega Carpio, de no haber sido el genio literario que fue, ninguna huella hubiera dejado en la historia eclesiástica de su tiempo; pues, como Ministro del altar no fue, excepto a lo último, nada más ni nada menos que uno de tantos curas relajados.

En los últimos tiempos, acude todos los días a celebrar su misa en la Iglesia de las Trinitarias; luego pasa al locutorio de las monjas, departe con su hija, Sor Marcela de San Félix, de cosas del cielo y de la tierra. Vuelve a su casita de la calle de Francos, en donde vive desde hace muchos años. Allí tiene un jardinillo que ha plantado por su mano y que él cuida con esmero. En el pórtico de piedra de su morada ha hecho esculpir esta inscripción:

PARVA PROPRIA, MAGNA
MAGNA ALIENA, PARVA.

Toma su sencillo yantar el viejo clérigo, servido por su hija, la buena Feliciano, que después de la fuga de Antonia Clara ha ido a vivir con él. Descabeza una pequeña siesta sentado en su sillón monacal. Cuando la tarde va iniciándose suavemente, acude su Secretario y, a veces colaborador, el joven Doctor Juan Pérez de Montalván. Con él se entrega a la labor creadora; pero no para triunfar, puesto que ha triunfado como nadie, sino para olvidar.

Alguna tarde los recuerdos punzadores pueden más que la inspiración. El Maestro y su Secretario bajan al jardín. Penetran en el pequeño cenador en cuya mesilla está servida una jarra de vino de Yepes, procedente de las viñas de un canónigo amigo. Hay también dos vasos y una bandeja

con bizcochos y melindres de monja que casi diariamente envía Sor Marcela. Allí, una vez sentados en sillas rústicas, entre macetas de tulipanes, claveles y alelíos, su mercé, en torno de cuya cabeza un rayo de sol, colándose por las paredes de enramada pone un halo de oro, como una diadema de beatificación, evoca los fantasmas adorables.

...Marfisa, su prima, su indefinible ensueño de adolescente.

Elena Osorio, la primera pasión de los veinte años, inmortalizada ya en "La Dorotea", la obra de su vida. La amó y la odió, la exaltó y la vituperó. A pedirle una limosna de amor penetraba en su casa disfrazado de mendigo. Se arrastró a sus plantas; y luego, la arrastró al escándalo y al deshonor. La había vuelto a ver hace poco, al cabo de cuarenta años, en la sacristía de las Trinitarias Descalzas. Conservaba todavía restos de su deslumbrante hermosura. Ya sin rencores ni amores, en el plano augusto de la serenidad, y unidos para siempre en la gloria común de "La Dorotea", se habían hablado dulcemente. Se prosternó ante su investidura sacerdotal y pidió que la absolviera. Ella era quien debía absolverle a él. Y ya no la veía más. ¿Para qué?...

Evoca a Isabel de Urbina, su primera esposa, ungida con los besos dorados y llenos de sol y de miel de Valencia.

Luego vinieron los tiempos aquellos:

...Cuando iba en olas de la mar furiosa
en roto barco y con mojadas velas...

Juana de Guardo, su segunda mujer, fue el sedante de su vida inquieta, el fondo gris plata en el rojo pasional de su vida.

Jerónima de Burgos, primero famosa comediente y después, socarrona hostelera de Toledo. Había que verla en sus buenos tiempos. ¡Cómo encarnó "La Dama Boba" al estreñarla en Valladolid! Era un prodigio de gracia, de gentileza, de donosura y de encubierta picardía. En Toledo, sus caderas rechazaban las faldas de burdo paño, reclamando el murriñaque, y en sus manos las servilletas parecían pañuelos de encaje.

Lucía Salcedo, "la loca Lucía", siempre estaba riendo, y al reír mostraba la brillante engastadura de perlas de sus

dientes y dos hoyuelos que en las mejillas se le marcaban.

Antonia de Trillo, —la beata—, olía a pecado, a incienso, a cera y a almizcle. Ninguna como ella tan recatada en la iglesia y en la calle; y ninguna también tan desbocada en las alcobas.

Se hace un alto en las confidencias. Los dos interlocutores saborean bizcochos y melindres de monja, remojados con vinillo de Yepes.

Surge el recuerdo grande de Micaela de Luján, la hembra fecunda y absorbente. Micaela se ha desvanecido y vive en su hija Marcela.

Y al evocar a Marta de Nevares, los párpados del viejo se humedecen; cuaja una lágrima, y él se bebe la lágrima. Marta, la primera Marta, la de los azules ojos, la de los cabellos repeinados, formando como una tiara de oro sobre la frente traslúcida, la armonía de la voz traspasante. La evoca triunfadora sobre el pedestal de rosas de su juventud florida; luego en sus brazos, rendida y palpitante; después, ciega, en lucha con la sombra, loca y desmelenada con la máscara de la tragedia adherida ya para siempre a su rostro; y, por último, muerta, inmóvil y hierática sobre el catafalco.

...Y Leonor y Violante... Y Amarilis... Y otras, tantas otras mujeres que le amaron, y que él amó o creyó amar...

El otro día, él como inquisidor que era, hizo un auto de fe con todas las reliquias de sus antiguos amores. Cintas, cintillos, bucles rubios, castaños, morenos; cartas envenenadas de pasiones inconfesables; versos lascivos, papeles desatinados que guardaba en un cofre, todo quemó en ese mismo jardín y echó al viento las cenizas.

De sus puros cariños sólo quedan Marcela, el lirio de los claustros trinitarios; Feliciano, la excelente ama de casa que ahora mismo le estará preparando la cena y mulléndole el lecho, ese lecho que tiene ya no se qué de fosa y en el que presiente que muy pronto morirá. Y Antonia Clara, claridad e ilusión de su vida y que al irse, en dolor y sombras le dejó. ¿Qué será de ella? ¿Qué porvenir le aguardará cuando el seductor, hastiado, la abandone? Esta idea le obsesiona, atosigándole como un veneno y picándole como un tábano.

Otras tardes su mercé y su Secretario salen a dar un paseo por los evocadores barrios madrileños. O van a la tertu-

lia de literatos que se reúnen en la librería del padre de Montalván. No dejan de asistir a los certámenes de los colegios religiosos ni al Seminario, a las discusiones teológicas. Presenciando una de éstas se ha desvanecido en estrados Fray Lope Félix de Vega Carpio. Le llevan a su casa en un carruaje. Va a visitarle el médico de la Real Cámara; pero no receta sino una sangría y... los Santos Sacramentos. Una inusitada tormenta de agosto se desencadena una noche sobre la Villa y Corte, y arrasa el jardín de Lope. Al día siguiente el anciano febricitante y trémulo baja a contemplar los destrozos del vendaval en los que ve una imagen de sí mismo, también arrasado por tantas borrascas. Con el alma presa de mortal congoja vuelve al lecho del que ya no se levantará. Recibe los últimos sacramentos con verdadera unción. Y rodeado de dos curas, del Duque de Sessa, su señor y confidente, de Don Juan Pérez de Montalván, expira dulcemente en la tarde del 27 de Agosto de 1635, aquel que fué portento de su tiempo y lo será de los venideros.

Todas las campanas madrileñas doblan por el alma del mayor de sus poetas. A la mañana del día siguiente de la muerte, se suceden en la capilla mortuoria las misas y las plegarias. Luego el féretro es sacado de la casa en hombros de seis sacerdotes. A la cabeza del fúnebre cortejo van el Duque de Sessa y otros de la nobleza; siguen inquisidores, clérigos, literatos y todo el pueblo de Madrid, en masa. Por ruego de Sor Marcela, el cortejo pasa por la iglesia de las Trinitarias. Y en su pórtico se compone la conmovedora estampa matritense que un pintor de Castilla ha fijado en un lienzo que hoy se conserva en el museo de la Villa. Sor Marcela de San Félix está con las manos en plegaria, sacándolas de las rejas. Está llorando y rezando. Está pálida y dolorosa asistida por otras monjas que le auxilian en el terrible trance. El cadáver de su padre va vestido de casulla y alba con singulo y estola morados. Entre los dedos de hielo se sostiene el cáliz de las consagraciones. La cabeza blanca y el fino perfil del anciano han sido ya afilados por la espátula de hueso de la muerte. El cortejo va solemne, va lento. Llega a la Iglesia de San Sebastián donde va a ser enterrado. Cuando terminan los *requiems* y responsos y van a bajar el cuerpo a la cripta, se oye un alarido de mujer que traspasa las bóvedas del templo. La que lo ha lanzado cae

desvanecida. Es una dama de cabellos blancos, velados por negras tocas, de faz pálida, pero aún tersa, de facciones que debían haber sido de extraordinaria perfección. Es Elena Osorio! ¡"La Dorotea"!...

Se hunde en la tierra del subsuelo de un templo y con ella se confunde para ya no ser hallado ni identificado jamás, el barro ardiente que encerró el espíritu de más fecunda inventiva literaria que han visto y verán los siglos.

A poco el hombre fue polvo en el polvo y nada en la nada. Pero quedó la obra del creador.



Lope de Vega, antes que un innovador fue, un creador portentoso. Aún rebasándolas, él respetó todas las normas de fondo y de forma. Todas las alegorías de la Mitología, todas las teorías de la Filosofía, todos los dogmas del Catolicismo, todos los hechos culminantes de su España, toda la sapiencia de Alcalá y Salamanca, todas las socarronerías de Madrid, todas las luminosidades de Valencia, todas las gracias inimitables de Sevilla le sirven de material eterno para levantar un grandioso monumento que allí está desafiando a las edades. A Lope se le debe la construcción ideal de la Basílica del Teatro Español, el primero del orbe por lo profundo, copioso y vario.

El monumento levantado por el genio de Lope es la obra cumbre del barroco español. Estilo literario en el que como en el arquitectónico se complican las formas, amontonándose profusamente. Las columnas salomónicas desenvolviéndose en espiral de aspiración nunca saciada, muestran hojas, flores y frutos enredándose en los fustes en profusión opulenta de elementos naturales, que hasta entonces sólo figuraban en la pintura. Se acentúa los salientes de los muros con airoas pilastras; se acusan poderosamente los ángulos y forman impostas y cornizas con grandes saledizos. Se curvan los arquitrabes cargados de doración. Movimiento en las figuras de las hornacinas y en los paños partidos por un aire de vuelo. Pleno dominio de la línea curva. Pompa y ornato en espléndido derroche.

De esa magna basílica, que es como un orbe ideal, vino a poner luego la cúpula que parece volar al cielo de todas las

ideologías, otro madrileño, clérigo también como Lope, y que al morir éste contaba treinta y cinco años y se llamaba Don Pedro Calderón de la Barca. Un fraile mercedario llamado Gabriel Téllez, que ha pasado a la posteridad con el nombre de Tirso de Molina vino a dar calor humano al Teatro Español. Y un fraile agustino, de nombre Agustín Moreto vino a llenarle de gracia inmarcesible. Un jorobado genial venido de México le dió sentido satírico. Los románticos decimonónicos le pusieron penachos, flámulas, guirnaldas de laureles y estandartes. Y en su más alta torre han colocado después antenas captoras de todas las vibraciones del alma universal de los dos grandes maestros españoles de la edad contemporánea: Galdós y Benavente.

Y allí está el monumento espiritual de España, su Teatro formidable, concreción suprema del alma de la raza y tan profundo como el Poema del Dante, tan heroico como los del Tasso, Camoens, Ariosto y Milton; el Teatro Español, tan humano y sobrehumano como el de Shakespeare, tan intencionado como el de Moliere, tan grandilocuente como el de Corneille y Racine, tan consistente como el de Schiller, tan trascendental como el de Goethe, tan sonoro casi como el de Riccardo Wagner.

En loor del teatro de Lope, Blanca de los Ríos acaba de escribir estos hermosos conceptos:

“Lope, heredero de la España tradicional y fundador de la dramática nueva, empalmó en su teatro dos edades del mundo y del arte: la Edad Media y el Renacimiento; deslumbrado por la constante revelación de su propia inventiva procedía con la divina inconsciencia del genio; su misión era crearlo todo, fundir en un arte inmenso todos los tesoros del arte indígena con todas las riquezas del Renacimiento, y recogiendo a manos llenas los vestigios gigantescos de la épica nacional, las maravillosas ficciones del ciclo andantesco, las pompas de la lírica petrarquesca; las artificiosas guirnaldas de las arcadias palaciegas, el brutal naturalismo de las farsas italianas y la flora silvestre y olorosa de nuestra opulenta poesía popular, arrojó aquellas riquezas al crisol de su creadora fantasía y con prisa y cólera española, de tan múltiples elementos hizo la dramática nacional” . . .

Ahora sería cosa de presentar, si acaso, un diorama del teatro de Lope de Vega. Son mil ochocientas comedias al decir

del Secretario y biógrafo Montalván. Lope decía que mil doscientas, de las cuales, "más de ciento en horas veinticuatro, pasaron de las musas al teatro."

Ni su propio autor sabía las obras escénicas que había escrito. Centenares de ellas no han sido publicadas ni nadie las ha leído. El malogrado Andrés González Blanco, codirector conmigo de la revista "Cervantes", de Madrid, me dijo una vez que el único español que había leído íntegramente las obras de Lope de Vega había sido Menéndez Pelayo. Pero es que el polígrafo de "Las Ideas Estéticas" era otro fenómeno como Lope: se dice que leía y asimilaba con rapidez pasmosa, simultáneamente, varios renglones escritos. Examinar la obra oceánica de Lope de Vega es tarea para una legión de críticos y eruditos en varias generaciones. El catálogo, sumarisimamente anotado de sus producciones, ocuparía mayor espacio que este escrito, que sólo es de devoto fervor en el Tricentenario del Fénix de los Ingenios. Así, ni en alas de audaz síntesis se puede recorrer la órbita radiosa que se inicia con "El Verdadero Amante" y se cierra con "Las bizarrías de Belisa."

Don Alberto Lista dejó clasificadas en ocho clases las obras teatrales de Lope de Vega: 1.º comedias de costumbres; 2.º de capa y espada; 3.º pastoriles; 4.º heroicas; 5.º tragedias; 6.º mitológicas; 7.º de santos; 8.º filosóficas o ideales. En suma, todas las formas de expresión teatral que pudo inventar el genio humano.

Allí está la cantera inexhausta que no se agotará jamás. De ella se han extraído ya tantos diamantes para esparcir luz sobre las conciencias. Ahora mismo acaba de hacerse una adaptación al ruso, que se está representando en los teatros de Moscú y de Leningrado, de "Fuenteovejuna", aquel drama emocionante en el que se hace una tremenda justicia popular contra el señor feudal que oprimía a los campesinos y les despojaba, robándoles las tierras y hasta las mujeres. Como una obra de aliento soviético se ha resucitado en la Rusia roja la valiente concepción del estupendo clérigo español de hace más de tres siglos.

Igual sentido libertario de protesta contra la injusticia, se encuentra en "El mejor Alcalde, el Rey", "Peribáñez", "El Comendador de Ocaña" y en otros muchos dramas de fuerte envergadura social.

En cambio, en otras, como "El Halcón de Federico" no es sino el poeta inefable que teatraliza baladas que diríase escandinavas, y que parece que estuvieran a mil leguas de distancia de las zonas caliginosas en que se mueven como en terreno propio el arrogante español de "La Estrella de Sevilla".

Y en sus múltiples y lindas comedias, como "El Anzuelo de Fenisa", "La Esclava de su Galán", "La Hermosa Fea", "La Bella Malmaridada", "Amar sin saber a quien", "El Acero de Madrid", "Buen Maestro es Amor o la Niña Boba", "El Verdadero Amante", "Amor y Honor", y también mas otras, rinde los más fervidos homenajes a la mujer. Los galanes de esas comedias madrigalizan delicadamente e inmolan sus almas a los pies de sus damas.

En "El Castigo sin Venganza" y "Los Comendadores de Córdoba" saca ya de quicio a la tragedia, haciéndola traspasar los límites humanos.

Sus dramas históricos reviven momentos culminantes de la Historia de España desde los tiempos romancescos hasta los que él alcanzó.

El teatro hagiográfico de Lope hace vivir paradógica vida humana y divina a muchos santos de la Corte Celestial. Dechados de este género son "El Divino Africano" y "San Isidro Labrador".

Dejó escritos más de seiscientos autos sacramentales. Y en ellos y en los dramas simbólicos logra dar vida y forma palpable a los más encumbrados conceptos filosóficos y teológicos.

En fin, su teatro es la expresión total de la vida y del alma del pueblo español.

Y como intérprete del alma universal sólo Shakespeare puede volar por encima de él en el alto cielo de las literaturas. He aquí el paralelo que entre el genio español y el genio inglés hace Luis Astrama Marín, uno de los mejores biógrafos y críticos actuales de Lope:

"Los dos llenan el mundo. No son dos mundos distintos, sino un mismo teatral, del que Lope es el exterior y William el interior. Aquel la risa; éste la sonrisa. El primero deslumbra, el segundo conmueve. Complétanse en cuanto falta a Shakespeare un poco de la intriga y de la alegría de Lope, parte de su optimismo y algo de su concisión. En cambio,

adolesce Lope de escasa psicología, de inconsistencia de pensamiento, de ligero estudio de los caracteres y de poca concentración. En la escena de Lope hay acción, pero no la vida que en la de Shakespeare. Los tipos de Lope se agitan, pero no alientan como los del inglés; aquellos gimen, en tanto éstos sienten"

¡Cuántas literaturas completas hay en Lope de Vega! Su obra aventaja en cantidad y también en calidad a los acervos literarios de algunas naciones civilizadas, juntas. Ocupó el meridiano de las letras en la rotación literaria de su tiempo. Ganó a todos sus contemporáneos, se alzó sobre todos, y ninguno de ellos le negó la primacía. Cervantes, mayor que él con casi treinta años, subyugado por la producción desbordante y, en ese género superior, de su émulo, abandonó el teatro, dejándole libre el campo de las tablas. Lope, cegado por los resplandores del triunfo, no supo reconocer a su igual en genio. Llegó al extremo de burlarse hasta de la manquédad del doloroso Hidalgo, producida gloriosamente "en la mayor ocasión que han visto los presentes siglos y verán los venideros." No se le alcanzó el sentido humano, eterno de "El Quijote", al que consideró tan sólo como un libro que tratando de burlarse de los Libros de Caballerías, no resultaba sino un libro más de Caballerías.

Cervantes, generoso, todo le perdonó y le elogió sin tasa, expresándose así del "Fénix":

"Y entró luego el Monstruo de la Naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica; avasalló y puso bajo su jurisdicción a todos los farsantes; llenó el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas, y tantas que pasan de diez mil pliegos las que tiene escritas, y todas, que es una de las mayores cosas que pueden decirse, las ha visto representar u oído decir, por lo menos, que se han representado."

Cuando llegó aquel aciago día 23 de Abril de 1616 en que se difundió en Madrid la triste nueva de haber fallecido en una modesta casa de la calle de León, esquina a la de Francos, el inválido de Lepanto, el cautivo de Argel y autor de "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha", Fray Lope, que era su vecino, pues habitaba a pocos pasos, dando al olvido los antagonismos de antaño, fué uno de los primeros en acudir a la desolada cámara mortuoria. Se prosternó

y oró por el difunto. Y luego de cantarle un responso, salió visiblemente conmovido. Horas después, desde el balcón de su casa vió pasar el modesto cortejo fúnebre que iba a la iglesia de las Trinitarias. En humilde féretro iba el cadáver del glorioso Manco, vestido de franciscano sayal y llevado en hombros por hermanos de la Tercera Orden. Seguía un acompañamiento no muy numeroso. A Fray Lope, que estaba ya en el otoño de su vida, pero en lo mejor de sus últimos amores, le impresionó la escena como el primer aldabonazo de la contrición.

Las relaciones de Lope con Góngora, de la misma edad que él, desde que se conocieron en Salamanca, fueron un constante reñir y zaherirse. Góngora era, ante todo, un poeta lírico. El teatro, apenas si le tentó alguna vez. Lope era el poeta dramático, por excelencia. Lo más íntimo de su corazón objetiviza para ponerlo en personas de otros. Esta es la esencia del Teatro. Góngora sabía a qué blanco tan alto tenía que lanzar sus dardos de sagitario, aun cuando quería restarle talla, permitiéndose hasta tomarle en broma, llamándole "Lopillo". Le hirió y le zahirió muchas veces, llevándose, desde luego, la réplica merecida. El estilo de Góngora no fue influido por el de Lope; antes bien, el de Góngora no dejó de influir en el estilo de Lope. Comenzó éste burla burlando, haciendo caricaturas en verso del estilo gongorino y poniéndolas en bocas de los graciosos de sus comedias. Pero luego, como el gongorismo conceptista era algo que flotaba en el ambiente alambicado de la época, fué vencido por su influjo y terminó rindiendo pletesía al gongorismo, no sólo en sus poesías líricas sino en muchísimos pasajes de sus comedias de la madurez.

Contra Ruiz de Alarcón, Lope arremetió desde la llegada de aquél de la Nueva España. No le dió cuartel en la batalla que tenía como reductos los "corrales" del Teatro. Se burlaba de esa jibosa figura. Se burlaba de sus obras. Y tuvo que ser muy grande el ingenio del mexicano de "La Verdad Sospechosa" para haber triunfado a pesar de la enemiga de ese Señor feudal de las letras.

Lope y Quevedo fueron amigos. El Señor de la Torre de Juan Abad desdeñaba o aparentaba desdeñar el teatro. En la sátira, en la novela, en el ensayo y en la lírica dominaba con plenitud de atributos. Lope, que también cultivaba estos géneros, no se le opuso; al contrario, pactó tácitamente con a-

quel su igual, cultivando una amistad franca, basado en el complementarismo de sus temperamentos.

A Calderón de la Barca, Lope le llevaba como cuarenta años de experiencia en la vida y en el arte. Cuando el futuro autor de "La Vida es Sueño" se presentó por primera vez en un concurso abierto con motivo de la canonización de San Isidro Labrador, Lope de Vega, que presidía el jurado, le adjudicó un primer premio sin sospechar, ni remotamente, que aquel joven madrileño de veinte años, pálido y macilento, llevaría el Teatro Español a una altura y universalidad ni por él mismo sospechada.

A Agustín Moreto no llegó a conocerle literariamente: cuando Lope murió, aquel contaba diez y siete años.

Con Vélez de Guevara y Guillén de Castro, Lope adoptaba cierto gesto de protección.

¡Y pensar que este magnífico Señor de las concepciones geniales, de la fantasía creadora, de la producción torrencial y de sus ímpetus caballerescos se prestó a ser criado, así criado, de varios de los llamados "grandes" en la degenerada Corte de los Austrias! Al principio fué paje del Marqués de las Navas; luego, del Duque de Alba; después del Marqués de Sarria; y, por último, del Duque de Sessa, con el que llegó al extremo de prestarse a ejercer tercería en trapisondas amorosas. Es que no pudo sustraerse a la corriente fangosa de su tiempo, a una época corroida por una infame organización social, en la que para levantar cabeza, para ser algo, era preciso haber nacido aristócrata o ser protegido por la nobleza. Lope de Vega, a pesar del escudo de marras con sus diez y nueve torres fantásticas, no era de sangre azul, y para triunfar en su vida azarosa, no tuvo más remedio que rendirse ante los poderosos.

Después de haber levantado el más vasto Teatro que han visto los siglos, el numen multimillonario de Lope de Vega dominó todos los géneros literarios. Realizó la epopeya a la manera del Tasso en las mil octavas reales de la "Jerusalem Conquistada".

Y luego hace la deliciosa y audaz caricatura de la épica en "La Gatomaquia". Lope, divino "gato" madrileño, es el Homero de los felinos. Haciendo derroche de facultades creadoras y lo que él quiere del verso, escribe ese gran poema burlesco, que es la "Iliada" de los gatos. Estos interesantes ani-

males, inteligentes como los que más, graciosos —son los únicos irracionales que juegan— elegantes y eróticos, fueron elevados por el poderoso aliento lopesco a la categoría de héroes de una soberbia parodia de epopeya. La gentil Zapauquilda, el guapo Micifuf, el fuerte Marraquiz, el sabio Garfiñanto, la simpática Micilda, con sus amores maullantes y sus peleas a zarpazos y dentelladas, han logrado escalar nada menos que el tejado de zafir de la épica.

¡Menudo padrino les cupo a estos animales para colarse de rondón en los patios de la literatura! Después los ha elogiado Richelieu. Y los han cantado Hugo, Copée, Baudelaire, Poe, Gautier... E Elisabeth Mulder la admirable escritora, que en su "Historia de Java" nos da ahora mismo nada menos que una visión del universo al través de los ojos de uva de una gata, escribe estas frases: "Los gatos son amigos de las brujas, cuando no son brujas metamorfoseadas en gatos. Por eso la Edad Media les fué hostil. Y Grecia, a quien interesaban las diosas rosaditas, indiferente... Pero Oriente misterioso, trágico y nocturno como ellos, supo acogerlos. Algunos pueblos antiguos sentían su atracción. En Egipto representaban a la diosa Pasht. En Tebas han aparecido muchas momias de gatos... Criaturas de ensueño, son delicados."

Si a los Pontífices de la Literatura hubiera que representarles como a los Evangelistas con un animal simbólico, a Lope de Vega le correspondería un gato de ojos noctílopes y de cuerpo ondulante, elástico y voluptuoso.

Rindiendo parias al gusto de su tiempo por el almibarado género pastoril, el inmenso autor produce "La Arcadia" y muchísimas églogas. Escribe hagiografías a granel. Publica romances, rimas, sonetarios, epístolas, anacreónticas, poemas descriptivos, poemas didascálicos, alabanzas, loas, discursos, disquisiciones, sermones, soliloquios; "La Dorotea", autobiografía de su juventud en la que se vació integro: "El Laurel de Apolo", donde pasa revista a más de doscientas cincuenta poetas de su tiempo. Canta, en fin, todo lo divino y todo lo humano con facilidad que pasma y con tanto dominio del instrumento verbal, que, entre otras muchas, ha dejado normas como éstas para el acoplamiento de la forma con el fondo de la composición literaria:

Acomode los versos con prudencia
a los sujetos de que va tratando.
Las décimas son buenas para quejas;
el soneto está bien en los que aguardan;
las relaciones piden los romances,
aunque en octavas lucen por extremo;
son los tercetos para cosas graves,
y para las de amor, las redondillas . . .

Lanzando un reflector sobre todas las literaturas, no se encuentra una contrafigura de este genio sin parecido. Dante es mucho más profundo, Cervantes más humano, Shakespeare es más intenso, Goethe es más perfecto, Camoens, el Tasso y Milton más heroicos, Moliere es más intencionado. Pero casi todos son creadores insuperables de una sola obra o maestros consumados de un solo género. Ninguno abarca toda la literatura como Lope. De los polos al ecuador y del ecuador a los polos se extienden sus dominios. ¡Hay que ver la distancia que media entre la trompa épica de la "Jerusalem Conquistada" a la diáfana sencillez, dentro de un simbolismo tan bien logrado, de sus inolvidables "Barquillas"; entre las socarronerías de "El Degollado" y las teologías de "La Puente del Mundo"; entre los alambicamientos de la "Ysagoge a los Reales Estudios" y la difícil facilidad del soneto que le mandó a hacer Violante!



Sin parangón posible en las literaturas por las prodigiosas dimensiones de su obra, para encontrarle iguales en los dominios infinitos del arte, hay que salirse de los horizontes de la palabra escrita, e ir al arte de las formas y del color. Tampoco en este campo luminoso se encuentra un genio tan desbordante como el Fénix. Sólo reuniendo la obra formidable de dos genios se puede encontrar la equivalencia estética con la obra de Lope. Rubens y el Tintoreto pueden darnos una representación plástica de la gigante obra loquesca.

Del Flamenco tiene el genio español la pompa, la exuberancia, la suntuosidad, la morbidez, la variedad caudalosa de

los temas mitológicos, bíblicos, cristianos, humanos desarrollados con esplendores únicos en centenares de lienzos que iluminan los museos del mundo.

Del Veneciano tiene el atrevimiento de la concepción, ese ardidó empeño por querer llegar al cielo con sus creaciones, la infinidad de figuras que presenta, los tonos cálidos, la embriaguez de los colores y las formidables dimensiones de la obra. Si el Tintoreto llena con sus lienzos colosales los vastos muros del Palacio Ducal, Lope llega a hacer vivir todos los escenarios de España. El uno y el otro tienen su santo favorito, al que presentan en escorzos inverosímiles. El del Veneciano es San Marcos con cuya vida y milagros ha sensibilizado los interiores de todas las iglesias de la sin par ciudad de mármol y agua. El del Madrileño es San Isidro, a quien ha dedicado más de una docena de actos y una historia en miles de versos cincelados.

Cuando los dos grandes artistas tratan igual tema, el parecido entre sus obras es pasmoso. Dan idéntica emoción empleando diferentes formas de expresión. Ahí está el caso de Judith, tratado por el Tintoreto en esa sinfonía de rojos y de carnaciones de aquel cuadro que es orgullo de la sala de su nombre en la gloriosa Pinacoteca de Madrid; y por Lope en este soneto de esmalte:

Cuelga sangriento de la cama al suelo
el hombre diestro del feroz tirano,
que opuesto al muro de Betulia en vano,
despidió contra sí rayos al cielo.

Revuelto con el ansia el rojo velo
del pabellón a la siniestra mano,
descubre el espectáculo inhumano
del tronco horrible convertido en hielo.

Vertido Baco, el fuerte arnés afea
los vasos y la mesa derribada,
duermen los guardas, que tan mal emplea:

Y sobre la muralla, coronada
del pueblo de Israel, la casta hebrea
con la cabeza resplandece armada.

El cuadro del italiano no puede ser jamás una simple ilustración del soneto del español, así como el soneto no puede ser tan sólo una interpretación lírica del cuadro. El Tintoreto presenta en este lienzo las figuras del tamaño natural colocadas en un ambiente morboso de vino y de sangre. A Lope, tan abundante siempre, le bastan esta vez catorce versos para llegar a producir igual efecto.

En sus vidas sentimentales tienen también un punto de contacto El Tintoreto y Lope. Ambos mueren de dolor cuando les falta el amor de hija predilecta. La hija de Tintoreto tenía el bello nombre de Marietta. Era el fruto de las postrimerías, y era tan artista como su padre. Padecía por la música: cantaba y tocaba el clavicordio, componía partituras. Pero por adoración a su Viejo, abandonó la música para dedicarse a la pintura, viniendo a ser la colaboradora del padre. De esta suerte figura con honor en la historia del arte pictórico Marietta Tintoreto cuya cabellera rubia hecha como espuma de sol calentó los últimos años del genio; cuyos ojos verdes, color de las aguas del Adriático, eran las estrellas que fulguraban en el véspero glorioso del anciano; cuya voz era de ruiseñor en su noche serena, y cuya sonrisa era la flor milagrosa de su existencia. Así, rubia, ojos verdes y sonrisa fina está viviendo Marietta Tintoreto en el delicioso auto-retrato del "Prado". Pero cuando no le queda sino el lienzo porque la muerte le arrebató la maravillosa estatua viva, el Maestro desfallece: le faltan las fuerzas, no ya para subirse como cuando ella le acompañaba, trémulo de inspiración, a los andamios del Palacio Ducal, sino hasta para sostener los pinceles de las deslumbrantes creaciones.

Antonia Clara de Vega, la luz rutilante y el dulzor de su ancianidad, no le fué arrebatada a Lope por la Vampiresa lívida que sorbe las almas, sino por la ingratitud de ella misma, que abandonó al padre que la idolatraba, para seguir a un Tenorio mendaz y crapuloso.

¡Marietta Tintoreto! ¡Antonia Clara de Vega! Fuisteis los postreros resplandores de esas frentes donde alentaba triunfal el genio creador.

Se apagaron las luces venecianas en la paleta de Jacobo Robusti, el Tintoreto, cuando le faltó la pura luz clarificadora de Marietta. En tanto que la inspiración de Lope sigue haciendo poesía hasta de su propia desdicha:

... Así fué el rapto de mi prenda cara! ...
 Qué propia dicha de clavel temprano
 que en quien le cría pocas veces para!



Los novecentistas dieron en la flor de llamar "estúpido" al siglo XIX. No merece tal calificación el siglo soñador del Romanticismo, ese siglo de llama de luz y de penacho al que tanto debe la cultura humana. Si ha habido siglo estúpido ha sido el XVIII. Y sordo y ciego fué el XVII en su segunda mitad, hasta el punto de confundir en el polvo y en el olvido, no sólo los restos que eran polvo también, sino las memorias gloriosas de Lope de Vega y de Cervantes. Sobre estos dos genios universales cayó como plomo el olvido.

Por lo que atañe a Cervantes, es esto, hasta cierto punto explicable. El autor de "El Quijote" fué un incomprendido en su patria, haciéndose necesario que al cabo de dos siglos de su muerte, la crítica inglesa lo resucite para presentarlo al mundo en toda su grandeza. Mas, tratándose de Lope de Vega, el silencio de hielo que sucedió a su muerte es inexplicable. Lope fué un dominador de multitudes: hacía lo que quería desde el teatro con el corazón del pueblo. Se impuso su genio de tal modo que una sociedad pacata como en la que le tocó vivir, se hizo de la vista gorda sobre lo escandaloso de su vida privada. Gentes de los cuatro puntos de la Península acudían a Madrid sólo por conocerle. Los transeuntes se detenían en la calle para verle pasar. Las madres tomaban a sus pequeñuelos en brazos, enseñándoles con el dedo aquel personaje único. El Monarca mandaba detener su carroza para saludar a Fray Lope Félix. El Papa Urbano VII le concedió la investitura de Doctor en Teología, la Cruz de la Orden de San Juan, el derecho de anteponer a su nombre el título de Frey, y licencia especial para poder celebrar misa en el oratorio de su casa. Entonces ¿cómo se explica un olvido tan tremendo, hasta el punto de que años después de su muerte, cuando el badulaque del de Sessa dejó de pagar, como se había comprometido, el canon de arrendamiento del nicho de la cripta de la iglesia de San Sebastián, el clérigo in-

tonso que regentaba la parroquia mandara a arrojar al osario las cenizas de "El Fénix"

Es que en aquellos tiempos en que no existía la Prensa periódica, los hechos y las famas casi no rebasaban una generación. El periódico es el gran libro de la vida universal. Es su conciencia escrita y palpitante. El va tejiendo el cañamazo que luego bordará la historia. Y es el que mantiene la solidaridad entre los hombres y la unidad de las diversas culturas.

El convento y la iglesia de las Trinitarias se salvaron de la piqueta a mediados del siglo XIX, gracias a un artículo de Mesonero Romano que escribió en un periódico madrileño que aquello era intocable por estar enterrado allí Miguel de Cervantes. Si cuando se iba a arrojar a la fosa común los restos de Lope de Vega hubiera existido un periódico que los hubiera señalado como sagrados, no hay duda que se hubieran salvado esas preciosas reliquias.

Si a Inglaterra le cabe el honor de haber desempolvado a Cervantes, volviendo por su gloria, a Austria se le debe el gran servicio cultural de haber vuelto a encender este otro foco de luz del universo que es Lope de Vega. Un poeta y crítico austriaco, Franz Grillparzer, es, en el siglo décimo nono el "pionero" del redescubrimiento del vasto Continente literario de la obra de Lope de Vega. Le dedicó más de la mitad de su vida para estudiarle y comentarle. Después del austriaco benemérito han venido los otros exégetas de Europa, alemanes sobre todo, destacándose entre estos Karl Vossler con su magistral exposición histórico-literaria sobre Lope de Vega y su tiempo, obra publicada en Alemania en 1932 y que ha sido traducida a nuestro idioma por Ramón de la Serna y publicada en las ediciones de la "Revista de Occidente". He aquí como Wossler sintetiza su juicio sobre el español insuperable:

"En Lope sólo es comedia todo, ciertamente, y juego poético, mas cuando el juego se convierte en auténtica poesía, adquiere su grave, su honda significación. Hemos tropezado, pues, con frecuencia bastante, en el transcurso de nuestra consideración, con pasajes donde la comedia se rebasa a sí misma y donde la imagen dramática del mundo de Lope, se abre paso hasta la visión de la muerte, de la eternidad y de la más excelsa realidad del espíritu. Si todo este arte escénico

produce el efecto de un sueño febril, si trasmite un pulsar prepotente y tumultuoso —recio gozar del mundo, impulso de vigencia y agudizado deleite de los sentidos—, va todo ello, sin embargo acompañado de un vigilante y tácito sentido de tránsito y de fin. Dejamos la comedia con un cierto aturdimiento y a la vez con la firme decisión del viajero que después de un trago de buen vino salta fortalecido sobre el corcel y cabalga rostro a la aventura de la vida ignota. Lope no educa: da alas. ¿Cómo no iba a encontrar el pesado y desgarrado pueblo de los alemanes alegría y consuelo en este genio de la ligereza? No alza su vuelo con la trágica insolencia del individuo, sino asistido felizmente por la comunión con su pueblo y con su Fe. Al igual que Nietzsche —que había perdido ciertamente la confianza y el consuelo de la comunidad— es este Fénix español, vencedor del espíritu de la pesantez y las palabras del Zarathustra de Nietzsche pueden, por ello, servir de justificación íntima al crear incontenido de Lope: "Crear... he aquí la gran redención del dolor y el alivio de la vida."

Desmaterializados por tres siglos depuradores, espiritualizado por el magno idealismo contenido en su obra, estilizado en blanca luz astral, surge en el Tricentenario de su muerte el fantasma en vuelo de Lope, como un cometa que envolviera a Hispania en un divino resplandor.

¡Fue el Fénix! ¡Fue el Fénix! Al cabo de tres centurias su hoguera se agiganta. Hacia ella dirigen sus miradas abortas todos los que sienten batir en sus sienes el latido febril de la cultura de Occidente.

Los focos de esta cultura, las gloriosas Universidades de Lovaina y de Oxford, de Madrid, de Sevilla y de Barcelona, de Munich y de Berlín, de Hamburgo y de Leipzig, de Roma y de Nápoles, de Coimbra y de Oporto, de París y Toulouse, de Stocolmo y de Oslo, de Copenhague y de Dublín, las "Alma Mater" de sus pueblos ilustres han encendido hogueras de saber en torno a la gran hoguera del Fénix hispánico.

Y críticos y estudiosos de Europa vienen dedicando a la obra y a la vida en torbellino de Lope, exégesis magnificas que han llegado a formar una copiosa bibliografía. A pesar de esto, apenas si está desbrozado el terreno de lo que será algún día un inmenso deslumbrado jardín de belleza.

Apuntemos en esta página, sumarisima como una lápida de homenaje, algunos nombres de destacados lopistas. ("Lo-

pista", sí, lopista, dictado, como el de "cervantista", título de dignidad, de honor y de señorío en las letras).

A la cabeza, tiene que figurar, desde luego, el erudito austriaco ya citado.

Entre los españoles recordaremos tan sólo a Alberto Lista, Gil y Zárate, Quintana, Mesonero Romanos, Hartzembuch, Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal, Manuel Catalina, Narciso Alonso Cortés, González de Amezúa, Cotarelo, Sánchez Esteban, Agustín Durán, Pérez Pastor, Rodríguez Marín, Miguel Artigas, "Azorín", Blanca de los Ríos, Manuel Machado, Eduardo Marquina, Astrana Marín, Diego San José y tantos otros.

De hombres de letras extranjeros, devotos de Lope acuden a nuestra mente los nombres de estos célebres comentaristas: Fritz-Maurice Kelly, Bird Sipson, Ristori, Cirot, Farinelli, Fouche-Delboise, Schegel, Lafont, Morel Faio, Rennert, Marini, Carayon, Fidelino de Figueredo, y, principalmente, el ya citado Wossler.

En su tercer Centenario, no de su muerte sino de la inmortalidad, tampoco le ha faltado a Lope el homenaje popular. Madrid, "su Madrid", ha paseado su efígie, como la de San Isidro, en procesión por las calles. Y en las rúas y plazas típicas ha levantado los tinglados de la antigua farsa, reproduciendo los clásicos "corrales" para gozar con las reposiciones, de algunas obras del dramaturgo español por excelencia.

En esos escenarios improvisados y al aire libre, como en la infancia del teatro, han vuelto a cobrar la vida inmarcesible del arte, bajo el dosel esmaltado de estrellas de nocturnos cielos estivales, el entremés "El Degollado", desbordante de grajejo popular; "La Siega", de alto valor simbólico y dramático; "La Puente del Mundo", de trascendental sentido; "El Hijo Pródigo", escenificación de la parábola sacra; "La Locura por la Honra", paradigma de comedias; y la deliciosa "Niña Boba".

El vasto soplo creador del Fénix tuvo que llegar y llegó a las nuevas Españas que estaban en gestación en el vasto y fecundo Continente de más allá de los mares. Lope, en medio de su vida turbulenta y de su producción torrencial sintió en toda su grandeza la formidable afirmación del Nuevo Mundo. En "El Laurel de Apolo", loa a muchos poetas y poetisas de ultramar, entre estos, algunos cuyos nombres han quedado en

la historia literaria sólo por haber sido citados por el Poeta máximo.

En su teatro universal, Lope de Vega desarrolla genialmente asuntos americanos. En "El Nuevo Mundo" está viva la misteriosa y emocionante figura de Cristóbal Colón, persiguiendo su grandioso sueño como un divino iluminado. En "El Arauco Domado", pieza inspirada en el épico poema de Ercilla, llega la inspiración lopesca a audacias y simbolismos inauditos. En "El Brasil Restituido" se afirma gallardamente la misión histórica, providencial mismo, que a España le tocó desempeñar en el mundo que descubrió y civilizó. Al celebrarse en el día 12 de Octubre de cada año la "Fiesta de la Raza", como se celebra en todos los países de América y de España, en vez de los discursos plagados de tópicos y de las representaciones de comedias chirles, debían exhumarse en los teatros de nuestra lengua esas obras geniales para deleite y enseñanza de las generaciones.

Los literatos de la América Española, impulsados por un imperativo de cultura de gloria común, han tejido coronas de laurel para la frente ya casi inaccesible de Lope. En Cuba han sido José de Armas y Enrique José Varona, en Puerto Rico, José de Diego; en México, Francisco A. de Icaza, Luis G. Urbina, Alfonso Reyes y otros; en Centro América, Rafael Heliodoro Valle, Soto-Hall, García Monge, desde su alta tribuna de "Repertorio Americano"; en Colombia, Miguel Antonio Caro, Antonio Gómez Restrepo, Rufino Cuervo; en Venezuela, el gran Bello. Estos dos últimos maestros de la técnica de nuestro idioma confirman sus sabios preceptos con pasajes entresacados de las obras de Lope; en el Ecuador, Francisco J. Montalvo, historiógrafo de la literatura universal, Juan León Mera y algunos escritores de hoy como Isaac Barrera, Nicolás Jiménez, Andrade Coello, Augusto Arias, Roberto Páez; en el Perú, Ricardo Palma, José de la Riva Agüero, Luis Alberto Sánchez; en Chile, los Amunátegui; en la Argentina, Ricardo Rojas, León Pagano, Ingenieros, Larreta, Ugarte; en el Uruguay, Rodó lanzó también su reflector hacia el cielo constelado de Lope.

Respondiendo a esa llamada secular, las Universidades de Colombia, de la Plata, de Río Janeiro, de México, de la Habana han dictado este año cursos especiales de conferencias sobre Lope de Vega y su obra. Las otras Universidades igual-

mente ilustres, las de Centro América, las de Bogotá y Caracas, la de San Marcos de Lima, la de Santo Tomás de Aquino, de Quito, la de Santiago de Chile y la de la Paz, la de Asunción, la de Montevideo, la de Río Janeiro, de seguro que habrán hecho lo propio.

El autor de este ensayo, que se ha enaltecido ocupando una cátedra en la Facultad de Letras de la Universidad de Quito, ha querido también echar en los incensarios de la conmemoración tricentenaria de Lope, su leve, pero ardoroso grano de incienso.

HIPATIA CARDENAS
DE BUSTAMANTE

RECUERDOS

Polvo en día del Juicio, los recuerdos
A pedazos resurgen y se agrupan;
Y, espectros, ilusiones que se fueron
Otra vez, lacias tornan una a una.

Alejandro Cárdenas.

Mis manos pequeñas de dedos ahusados tejen y destejen sus cabellos finos y sedosos para formar la red en que he de quedar prisionera de amor. ¡Oh! dicha incomparable mirarme retratada en sus pupilas como si asomada estuviera al borde de dos profundos pozos; gozar de sus besos, místicos unas veces, otras apasionados, y sentir como se fundían poco a poco en una nuestras almas.

¡Oh! tarde divina aquella... jamás se borrará de mi memoria. ¿Los recuerdos? para mí no son espectros, son acicate que empuja a mi espíritu a llegar a la meta estrechamente abrazada a mi felicidad; las ilusiones no pueden tornar, por que no se han ido; ellas vivirán mientras yo viva; ¿cómo vivir sin ilusiones? Enjambre primoroso que, lanzado a volar a nuestro soplo, revolotean en torno nuestro nimbándonos la frente de su irisado y mágico aleteo.

¡Oh! infinita dulzura ver deslizarse nuestras vidas como el agua cristalina de un hermoso río, al cual ni guijarros, ni piedras, ni matorrales que se desplomen nada, nada, le hace interrumpir su curso ni enturbiar la pureza de su esencia.

Vida ¿por qué te maldicen? si eres el fruto del amor, si ofreces a los seres todas las maravillas de la naturaleza: ¿por qué no saben comprenderte? ¿por qué te culpan?

Vivir de los recuerdos es para mí mantener latente la juventud, es vivir del espíritu que se agranda hasta lo infinito siempre alentado y en esperanza de mayor felicidad!

¿Cómo no tornar a vivir aquellas mañanas todas llenas de luz, cuando en plena juventud, se afirmaba para siempre la gran dicha de amar? ¿cómo no tener siempre vivos y latientes aquellos recuerdos de vida campesina, vida de égloga en donde se destaca la silueta del hombre adorado?

¡Oh dicha vivir de los recuerdos en eterna juventud!

Cerrar los ojos, no mirar el presente y entregarse al ensueño! ¡Vivir, sentir, como en lejanos tiempos... sufrir la angustia torturadora de la ausencia inesperada —por días que parecen siglos— y enajenada de alegría recibir la noticia de su retorno; salir a su encuentro tostadas las mejillas a los besos del sol, flotantes los negros rizos bajo el sombrero. Caminar, caminar sin sentir el cansancio, fija la mirada en el lejano horizonte, y, al fin, a pesar de la espera, la sorpresa de mirar al ser idolatrado que nos trae la ofrenda de su gran amor.

Vivir de los recuerdos es mitigar las penas, es endulzar la vida y esperar la muerte en éxtasis de amor.

AUGUSTO ARIAS

CARLOS APONTE,
CORONEL
DE SANDINO

Carlos Aponte, muerto de un tiro, se relieva
mejor que si estuviera viviendo todavía.
Sobre su vida brava, la muerte loca lleva
agitación cimera, como su travesía.

Venezolano fuerte, de anchos hombros unánimes
y de ojos acerados y de boca risueña.
Rompedor, con sus manos, de las horas exánimes,
ya muerto, no se sabe si está peleando o sueña.

No va contra su Patria, va por ella, y queriendo
redimirla, organiza la fuerza represora.
Pero en el día nuevo que muere amaneciendo,
periscopio es su rifle de un submarino de ola.

No le llaman los libros con devoción profunda,
si bien entre sus páginas pudiera redomarse.
Carlos Aponte quiere la gesta vagabunda
y eficaz de salvar, cayendo sin salvarse.

No tiene más objeto la vida. No hay señuelo
más alto que el que lleva la inquietud sin remate...
Y así han de verse cerca, romántico desvelo
y realista pasión, en el sinfín del arte.

Zozobra y aventura pintan sus días, como
se matizan esotros de quietud y ventura.
Y si en aquellos cae, como granizo, el plomo,
en cambio, su zozobra no es de tormenta oscura.

Carlos Aponte busca la isla de Cuba y planta
en la gracia habanera su tienda dislocada.
Su ancho sombrero, sombras sobre la frente tiente
y en el pecho le duele metafísica espada...

No más que la guerrilla para que Aponte vaya
en rol nicaragüense, coronel de Sandino
y escapando y volviendo, trinchera y atalaya
y zig-zag y semáfora, es zanja y es camino.

Y anduvo por la ruta boscosa. Y la escarpada
cuchilla de los Andes, sintió su paso rudo.
Siempre al vivac, mostrando reverso de la espalda,
Carlos Aponte, puño y corazón desnudo.

No hay clareo de imagen mujeril en su historia
y si lo hubo, en su sino de peleador se pierde,
como en los varoniles desdenes por la gloria
la estatua es mas pequeña y es frágil la hoja verde.

Trotista de la América, apenas hay paisaje
sin la rememorosa violencia de su planta.
Todo él, Carlos Aponte, estuvo hecho de viaje,
por eso en su silencio hay un rumor que canta.

Carlos Aponte sabe tender a la enemiga,
en su red de sonrisas, el ojo siempre alerta
y su escultura recia a toda flecha esquiva
y la bala para él, es bala siempre muerta.

La visita postrera hizo a la madre un día,
llegando a Nueva York, mecánica y tortuosa,
erguido en la morena fuerza del mediodía,
curtido por la lucha, sin la paz ni la rosa.....

Y después, a la diestra de Güiteras, inquieto,
para batir la tropa formada por Batista,

en su ansiedad viril se le rompió el soneto
de los catorce triunfos sobre el imperialista.

Ha dejado en Matanzas su cuerpo mal herido,
pero el fuerte cubano custodiará su nombre
y en la estela de sangre del "último bandido"
para el agua de América va la nave del hombre.



Carlos Aponte, fuerza de la mañana tuya,
sin libros de reposo ni sueños de colores,
sólo un ardiente soplo restaurador circunda
tu juventud sin tiempo para coger las flores.

Fuerza de geometría de aristas flechadoras
y aritmética simple de restas decididas.
Amor metereológico que puso en tus auroras,
en fiebre de buscar, vuelo de despedidas.

Aponte enamorado de nuestra geografía
que en cardíaca inquietud se aguza en la Argentina
y es sístole en Bolivia, y en todas armonía
desigual, de la suerte futura que camina.

Aponte sin perfiles de la dicha hogareña
y sin la sedentaria paciencia del recuerdo,
cuando en la chimenea es la quemada leña
como el tiempo de ayer y el fuego es ojo cuerdo.

Carlos Aponte, rayo jubiloso que parte
en aviónico impulso y en marcha desvelada.
Carlos Aponte, sino doliente de quedarte
sin llegar y con la hélice del anhelo quebrada.

Carlos Aponte, incálculo, pero brillante fuerza;
audaz pecho de América sin miedo a los obuses:
la heroica Nicaragua te recuerde despierta
y en tu reposo vuelen los gritos y las luces.

Basta Carlos Aponte, para dormir sin sueño,
como en vigilia de hombre, tus pasos desiguales

y basta la ferrada voluntad de tu empeño
contra la hostil muralla de balas y puñales.

Basta para vivir después, Carlos Aponte,
el ejemplo angustioso de tus pasos heridos
y el camino sin término que se vuelve horizonte
de abandonar la suerte y estar con los vencidos.

Carlos Aponte, gracia de tu sueño imprudente,
polígono certero para los matadores,
en el moreno blanco que alzó tu adolescente
perfil, sin ningún tiempo para inmantar amores.

Quito, 1936.

ALBERTO GUILLEN

DOS
POEMAS

A AUGUSTO ARIAS

De Regreso
al hombre

Hombrecitos de mi ciudad, fulano, zutano, perencejo;
yo me sé de memoria vuestras caras, pero perdonad si no recuerdo
nunca las letras de vuestro nombre,
porque sois nombres sin hombres.
Perdonad, perdonad. Yo también os perdono cuando me mirais
así como mirais cuando mirais.

Y vosotras, fulanitas, que meneais las caderas
en el Portal, y ni siquiera me mirais con vuestras ojeras,
cuando vais donde los turcos por una vara de tonteras:
ciertamente yo tengo fuego en los riñones como para un pololeo,
pero debierais preferir el fuego de mis labios de fuego.
Y no ese fuego de beso, es ese fuego que le tostó la boca a Isaías.
Isaías ¿qué? preguntareis. Un Isaías que salió hace miles de días
como un grillo de patas hirsutas y músicas de fuego,
y que vociferaba contra los ricos, contra esos
que tienen en su casa creciendo los despojos del pordiosero.

Hombrecitos de mi ciudad, mujercitas de tres al cuarto,
tan chiquititos que cabeis todos en mi mano:
yo estoy aquí en el campo, y pensando en vosotros, pensando
que todos vosotros pasareis, os pudrireis, y yo quedaré sinembargo.

Quedaré en la letra, quedaré en el latido de la sangre,
quedaré como el fuego que calladito en el rescoldo está esperando
que venga un viento y lo desnude de sus harapos.

(Limpio de recuerdos, descargado de remordimientos,
me despertaré de la muerte un día lunes como un ebrio,
después de dormir profundamente en los ojos cerrados del centeno.)

Estoy pensando en vosotros, y al pensar os estoy creando
os estoy dando vida al dar mi sangre a mi verso
como hace la madre que siente brincar en su vientre al feto.
(Con la cal de mis huesos y mi canto estoy alzando una ciudad.)
Y qué dulce es sentirse así tan grande, tan lleno de posteridad
como el surco, como la tierra que piensa la semilla.
Así tan ancho como un atardecer que se desgarras y sangra vida,
pero que se siente todo lleno de pensamientos y de grillos.

Hombrecitos, hombrecitos: vosotros sois los infinitos,
y yo soy uno solamente, pero en este uno hay tantos, tantos cantos,
tantos viejos gritos adormecidos,
tantos ancianos de miles y miles de años.

Nada muere en mí, nada se desvanece en mí ni se desflora.
Por ejemplo: todas ellas están en mí, todas son como las hojas
que fueron saliendo de mi tronco y alegrando mis horas.
Y ahora mismo estoy tendido, todo brotado
como si yo mismo fuera el campo.

Sólo las vacas me están mirando, y yo me estoy copiando,
como si fuera el cielo o la nube que pasa,
en los ojos dulces y femeninos de las vacas.
Mi alma es una vaca también y los pensamientos
como terneruelos vienen a buscar sus pezones tensos.

Dulzura, dulzura. Siento que soy una vertiente: agua y roca de vida.
La brisa pasa en mí, esta brisa campesina
que anda cargada de flor, que anda descalza como una borriquilla.
El agua de la acequia corre en mí, pasa como la vida,
como yo paso ahora mismo, dándome todo, entregándome todo en vida.
Y el agua se da también, pero hurta el paisaje, toma toda maravilla.

Yo estoy aquí, hombrecitos, mirando mi ciudad,
esta ciudad Arequipa, triste y devota,

que pensando en Dios y en el Diablo, ni goza ni se acongoja,
y ya no es ni siquiera demasiado heroica como decía nuestro Deán.

Estoy pensando, estoy mirando, y contemplando el cielo,
estoy tranquilo y enraizado en lo hondo como un árbol viejo.
Estoy pensando y así me estoy iluminando todo por dentro.
El trigal viene a mis pies en marejadas como un mar.
Pero mi pensamiento, como una hoz, quisiera cortar
las espigas maduras de las torres de mi ciudad.

Pero más allá, subida, tranquila vigilando
está la montaña levantada como una voz,
incommovible y tallada en la piedra como el pensamiento de Dios.
Arriba, un gallinazo como la nube, como mis ojos está volando.
Está remando en el azul como quien echa el anzuelo,
va haciendo gazadas del cielo como si yo estuviera muerto.

Pero estoy vivo, siento circular las sabias de la tierra
en el río de mi vena. Yo mismo siento ser un río, una arteria,
un agua grande que va andando, que va cantando como una ciega.
Soy el que pasa, lo sé: un hombre. Y la eternidad se cuele,
como la arena en la clepsidra, en mi reloj de pulsera.
¿Acaso no está pasando, como un torrente, el mundo en mi muñeca?

Tierra soy, agua, árbol también, insecto y ceniza de estrella.
Y por ser todo eso, soy. Por eso sufro con el dolor del pobre,
por eso la vaca dulce es como una abuela de mi alma salobre.
Por eso al salir al campo, salgo de mí, rompo mi alma
y me esparzo y subo en el fuego oculto de la montaña
y desciendo en el agua y converso en el pájaro puro.

En cambio en la ciudad qué solo estoy, tan solo que refluyo
a mí, y me amargo hallarme un yo, un egoísmo oscuro,
de tener una casa, y ser persona y comer un mendrugo.
Debiera ser uno de tantos, uno de vosotros sin casa,
los que sufrís, los que esperais, los que roeis una esperanza.

Pero no lo soy todavía, no me he despojado de mi mismo,
y estoy dejando crecer tantos pensamientos erizados de espinos,
y estoy dejando alzar el vuelo de mis ojos a mi casa
cuando debiera ser grano de arena que ayudara
al grano de arena a ser montaña.

Y en mi casa estará mi madre ahora pensando en mí como la rama
piensa el fruto, estará siempre moviéndose como agua.
(Pues así como el árbol está entero en la semilla
así yo estaba desde antes en su pensamiento de niña.)
Ella madrugaba siempre como las rosas, ella trabaja
como la tierra, y cuando se aquieta, cuando calla
se pone a hilvanar ternuras en su máquina.

Hombrecitos de mi ciudad: dejadme aquí, en el campo,
dejadme ser como el campo fértil y generoso, ser el mismo campo.
Dejadme abandonar la ciudad, mi ciudad. Estando solo
pierdo mi yo, y soy del viento y soy de todos,
soy uno y todos vosotros.

31 de julio.

Biografía de la mañana

Temprano, tempranito me he levantado a caminar.
Anoche hubo neblina.—Se fueron los cerros y la ciudad
se ocultó—. No se ve ni un puntito de luz!,
decía mi amiguita, la Teteya, que me habla, como los pájaros, de tu.

Pero ahora hay un lindo sol. La mañana
tiene la frescura maravillosa de una muchacha.
El Misti está allá brillando detrás del pozo
como hecho de mayólica, azul, blanco, esplendoroso.
Sólo queda la base una ancha faja azul de jade,
estriada a lo largo como con aristas de pirámide.
Y encima comienza la nieve. Es la lluvia de anoche, cerrada,
y que el alba ha vuelto blanca con sus dedos de hada.

Encima de la nieve —como si no fuera bastante
el resplandor azulino que la luz enciende con desplante—
están las nubes, estas maravillosas nubes de lo alto
que fingen un gran penacho de humo denso, blanco.

Es tan diáfano el aire, que se nota
cuando la nieve es compacta y cuando es blanda, floja.
Y a medida que trepa la mañana, el cielo
la nieve se deshace y se descubren las arrugas del abuelo.
¡Qué lindo es, y fué dulce y qué grande el Misti de pie al cielo!

El es el buen gigante. Tiene las sienes canas.
Y ahora, con estas grandes alas de nubes blancas
parece un pájaro azulino, de buche blanco y grande.
Debe ser el pájaro Rock, el de los cuentos de los niños de antes,
ese que ponía huevos como casas.
Quizá los huevos de este pájaro son en Arequipa sus almas.

Y todo está aquí, cerca, creciendo en mi mano.
Las aldeas que blanquean entre las manchas verde claro
de los alfalfares, estos alfalfares que recortan sus cuadros
entre el cro violento de los trigales ondulantes.
Estos trigales, estos alfalfares caminantes
que le van ganando tierra a la montaña.

Porque la montaña lo invade todo, todo lo araña.
No le basta tener el cielo alto,
sino que avanza los pechos como al asalto
del desierto. Se ha tumbado de bruces como leona,
o como la Eslinge, entre sus garras aprisiona
la ciudad. Y qué pequeña se la ve desde aquí. Es apenas
un hormiguero de manchitas amarillentas
entre el verde oscuro de los árboles alzados en hileras.

Ciudad, mi ciudad, Arequipa: desde aquí mis ojos te miran
y tus casas, todas sus casas son alvéolos de hormiga.
Alguna torrecita punteaguda, como haciendo pininos,
es el capricho alucinado y desesnable de un niño.
Sobre la ciudad, sobre las colinas encendidas en las llamas
de esta fustigadora luz de la mañana,
caen las manchas azules de sombra de las nubes immaculadas.

Y las nubes, estas nubes caminan como veleros,
como las carabelas brillantes de algún gigante ensueño marinero.
Y es posible que esta mañana salieran sueños en una grande,
en una épica aventura que nadie sabe.

La mañana está tocando un tamborcito. Arequipa
se despereza y el Misti enciende su pipa.

¡Buen camarada el Misti, viejo soldado indio siempre en vigilia
con el fusil en las rodillas, un poco tullidas,
y a su lado dos montañas arrugaditas como dos viejas viejecitas.

Ahora viene un auto por la carretera oscura como una línea
y el sol lo agüaita tras una nube como un palomilla.
El auto es una garrapata. Un pajarito
canta, y otro, como un eco policial, le responde con su pito.
El gallo del hotel está inútilmente tocando su clarín de protesta.
Inútilmente no: inverosímilmente, como en una leyenda
el otro gallo que hay siempre le contesta.

Viene la perra hasta mi libro. Me olisquea
las manos, las rodillas. Es negra
y la llaman la Mascota, a pesar de sus pupilas
legañosas. Nada debe haber encontrado en mis rodillas,
donde descansa un libro, este libro de notas,
porque me mira con desdén y se va moviendo la cola.
¡Lo fácil que les es a los perros mover la cola aduladora!

Todavía, como si no estuviese ya perfecto el cuadro,
hay en el cielo alto, puro, azul, un pedazo
de luna de teatro. Y sobre el cielo, en silueta y parado
en la loma de franciscana mansedumbre de un asno.
Parece que con las orejas estiradas
ayudase a Dios a sostener las nubes altas.
Porque estoy seguro que Dios ha pasado esta mañana
por aquí con las manos levantadas.

Cuando regreso al hotel, a mi cuarto abovedado que retumba
hueco y cerrado y sonoro y vacío como una tumba,
mi madre, la dulce voz pura
de mi madre, les dice a mis hermanas:
—A levantarse, flojas, salgan a ver la mañana.
Todo está lindo, Arequipa parece un nacimiento.
Hace un poquito de frío, pero ni gota de viento.

Todo está lindo si, como en un cuento.
Pero para mi madre, para el asnito
que mira todo: el cielo, la loma, la nube, el infinito
con las orejas musicales, no con los ojos.
Pero no para la perra de ojos sarnosos
que vino a olisquear y se fué desdeñosa de mi libro.
Todo está lindo. Pero no para este hombre gordo y de cigarro
que fuma displicente ante lo maravilloso al pie de un auto.

Para mí todo está lindo, para mi madre,
porque la belleza de un paisaje
no es sino la fertilidad de un alma.
Por eso al hombre gordo, a la perra no les dice el cielo ni palabra.

26 de junio de 1935.

AURORA ESTRADA Y
AYALA DE RAMIREZ
PEREZ

A FRANCIS
LAGUADO JAYME,
asesinado en Cuba
en 1929

Compañero:

En el centro de mis horizontes tu nombre se yergue como una montaña.
Tu nombre es el monolito simbólico colocado entre mi ayer y mi futuro.
Cuando a través del mar tu voz quiso encender los volcanes de mis
(rebeldías
sentía en las vértebras de mi espíritu el calofrío de tus indignaciones.

Tu bandera roja manchaba el azul de mi soledad orgullosa
como una ala sangrienta tendida sobre un apasionado mar.

Tus años como una tribu de pumas jóvenes
cabían apenas en la isla que vió nacer a Mella.
Tus años generosos, vibrantes, henchidos de fe revolucionaria
se desbordaban hacia los cuatro puntos cardinales de América.

Tu cerebro era la antena poderosa
cuyas ondas surcaban eléctricas nuestros cielos.

Tenías la simpatía irradiante de los seres perfectos,
la sinceridad de la juventud verdadera,

de la que marcha acorde con la hora presente;
el ardor de los que llevan en su sangre
confundido con el aliento de la Madre
la certidumbre de un mañana inmenso.

Por eso me llamaste hermana.
Por eso tu voz empavesada de esperanzas nuevas,
tu voz crecida de cóleras como un océano,
me trajo el hálito gigante de tu rebeldía;
la acerada vibración de tu voluntad indomable "bajo la zarpa de la
(tiranía";
tu invitación a la lucha por Venezuela libre
y por una América fraterna.

Compañero:

Pero entonces aún,
todo el mundo era para mí el círculo de mis brazos
donde junto al corazón apretaba a mis hijos;
todo el mundo era para mí el sitio donde brillaba el fuego de mi casa;
recién aprendía el sentido de la guerra;
recién se prendía en las venas el odio a la matanza;
recién el dolor obrero ponía un nudo en mi garganta y cortaba mi voz...

Pero también junto al surco,
donde apuntaban tiernos brotes de la angustia humana,
estaba el campo antiguo donde arraigó mi vida,
como un árbol trémulo,
bajo los huracanes del Amor y de la Muerte....
Así tus palabras quedaron sin respuesta!
Así fui muda a tu mensaje!

Cuántas veces la canción se me quebró en sollozo
y la sonrisa se mustió en mi boca,
o se hizo flor de carne y de ensueño mi ternura
sin oír ya más tu voz vencedora del destierro y la distancia!

Y un día lo supe, compañero!
En mi rostro la ira encendió una llama salvaje!
Todas las potencias de mi ser gritaron su protesta!
Habías caído, compañero, en la encrucijada de una traición sin nombre:
En la tierra donde buscaste albergue,
donde llegaste a amar el sol, el aire, los paisajes,

dominaba el más vil de los verdugos,
a que manchar mi Canto con su nombre?....

Sobre un barco cubano,
bajo el cielo mudo, indiferente, luminoso,
tu pecho juvenil recibió las balas asesinas!
Te dieron por mortaja el mar....
el Mar Caribe .. cantante.... azul y verde....
sepulcro de tantas víctimas de la Tiranía!

No se llora a los muertos como tí, Compañero!
Al aceptar la certidumbre de tu inmolación
rompí con el Pasado para siempre
y con mano firme
eché al viento como ceniza impalpable
mis últimas vacilaciones....
Qué homenaje más puro a tu memoria?....

Labrada en piedra de silencios
he alzado mi promesa frente al Tiempo!

JORGE CARRERA
ANDRADE

POEMAS
DE "EL TIEMPO
MANUAL"

Servicio

Las aguas del cielo, religiosas sirvientes de los árboles
lavan llorando las cortezas
y sirven cubos llenos a la sed de las ramas.
Nodrizas de los frutos niños,
los mecen con un canto de frescura
aprendido en su viaje vertical por la atmósfera.

Sólo los pájaros saben su aventura:
la ascensión colectiva por rutas de calor,
el vuelo lento en el dirigible de una nube,
la maniobra aérea de las falanges transparentes
y su vuelta a la tierra en claras muchedumbres.

Ya repartidos por igual todos sus cántaros,
las aguas desanudan sus anzuelos frescos
y van a pescar burbujas en las charcas,
esas provincias líquidas del cielo.

Cartel electoral del verde

Verde marino, almirante de los verdes.
Verde terrestre, camarada de los labradores,
innumerable anticipo de la felicidad de todos,
cielo infinito del ganado que pasta frescas eternidades.

Luz submarina del bosquecillo
donde plantas, insectos y pájaros viven consumiéndose
en el amor callado de un dios verde.
Olor verde de la carnosa cabuya
que en su marmita vegetal elabora
un profundo licor
hecho de lluvia y de sombra.

Mesa tropical donde suda con penacho verde
la cabeza tatuada de la piña.
Arbustos de jorobas verdes,
parientes pobres de las colinas.

Verde música de los insectos que cosen sin cesar
el paño grueso de la grama,
los zancudos que habitan en los violines
y el redoblar del opaco tamborcillo verde de la rana.

La verde cólera del cactus
y la paciencia de los árboles que recogen en su red verde
una pesca milagrosa de pájaros.
Todo el verde aplacador del mundo
ahogándose en el mar, trepando las montañas hasta el cielo
y corriendo en el río —escuela de desnudez—
y en la vaca nostálgica del viento.

Edición de la tarde

La tarde lanza su primera edición de golondrinas
anunciando la nueva política del tiempo,
la escasez de las espigas de la luz,
los navios que salen a flote en el astillero del cielo,
el almacén de sombras del poniente,
los motines y desórdenes del viento,
el cambio de domicilio de los pájaros,
la hora de apertura de los luceros.

La súbita defunción de las cosas
en la marea de la noche ahogadas,
los débiles gritos de auxilio de los astros
desde su prisión de infinito y de distancia,
la marcha incesante de los ejércitos del sueño
contra la insurrección de los fantasmas
y, al filo de las bayonetas, el orden nuevo
implantado en el mundo por el alba.

Historia contemporánea

Desde las seis está despierto el humo
que no cesa de señalar con su brazo la dirección del viento.
Los bancos conservan el sueño congelado de los vagabundos
y las vidrieras de los restaurantes aprisionan la calle
y la venden entre sus frutas, botellas y mariscos.
Un pájaro nuevo silba en las poleas
y en los andamios que cuelgan su columpio de los hombros de los edi-
(ficios.

Los chicos suman panes y luceros en sus pizarras de luto
y los automóviles corren sin saber
que una piedra espera en una curva la señal del destino.

A.—Plg. 5

Ametralladora de palabras,
la máquina de escribir dispara contra el centinela invisible de la cam-
(panilla,

Los yunques fragmentan un sueño sonoro de herraduras
y las máquinas de coser aceleran su taquicardia de solteronas
entre el oleaje giratorio de las telas.

La tarde conduce un fardo de sol en un tranvía.
Obreros desocupados ven el cielo como una cesta de manzanas.

Regimientos de frío
dispersan los grupos de vagabundos y mendigos.

El vendedor del pescado, los voceadores de periódicos
y el hombre que muele el cielo en su organillo
se dan la mano a la hora de la cena
en las cloacas y bajo la axila de los puentes
donde juegan al jardín los desperdicios
y sacan la lengua las latas de conserva.
Sus sombras crecen más allá de los tejados puntiagudos
y van cubriendo la ciudad, los caminos y los campos próximos
hasta ahogar en su pecho el relieve del mundo.

SERAFIN DELMAR POEMAS

Hombres de color

Hombres de ébano a la sombra de la noche
hacen cantar el Africa en sus bocas ecuatoriales,
domesticando canciones selváticas
que rugen en el asfalto de las calles de la Zona.

Harlem —Pobre Harlem prisionero—
¡Cuántos miles de niños lloran!
¿No hay estadística para el dolor?
Cuántas madres dicen: "Pan para mis hijitos".
Es tan triste la vida, que dan ganas de llorar.
Los niños sin infancia, sin risas, sin alegría.

El dolor del hombre negro
se extiende como un océano—
gritos en Panamá, el Caribe y las Antillas
hasta las tétricas hogueras del Ku Klux Klan.

¿Quién no ha oído cantar a los negros
al pie de los cocoteros y las palmeras?:
"Soy negro como el petróleo,
mis dientes son de azúcar
y soy esclavo.
Hijo de la tierra nací
y me duele en las entrañas su pulso.

Sin embargo amo a la tierra,
con sus lagos y sus ríos de cocodrilos
que miran con ojos más humanos
que cualquier hombre del Norte.



"Soy negra como el café de Jamaica,
flexible como los bananeros de la Costa Rica
y me dicen: "negra esclava".
Soy madre de abundante leche.
Mirad mis senos donde la luna vive y canta,
vive y canta como el agua de la niña de mis ojos.
A veces lloro
contemplando a mi hijito incrustado al pecho,
igual que un animalito inocente
parpadeando sus estrellitas
que me quieren y me aman:
Arrorró mi niño que viene el cuco blanco,
duérmete mi niño boquita de flor.
¡Y pensar que este hijo mío es otro esclavo!"

Cantos del nuevo indio

Pajarito que de lejos has venido
con tu cantar turpialero
entre las flores y el cielo.
Bendito el guindo que madura
donde vas haciendo tu nido
con Sol y amores de Luna.

Qué dirás de nosotros
que de sol a sol trabajamos
para nunca cosechar
lo que en la tierra sembramos.

Turpialito de la sierra,
que dirás de nuestro amo
que día a día engorda
porque dueño es de toda la tierra.

No cantes tan alegre;
porque, ¡ay! si te sienten
los hijos del patrón.
Ellos no tienen corazón
y pueden matarte,
pajarito turpial,
de pico celeste
y canción de miel.

La campesina

Dos soldados regresaron
de la guerra:
uno se hizo bandolero
y el otro revolucionario;
el primero se casó con la carabina
y el segundo con la tierra.
Tierra y carabina
son los únicos amores
para desposar al hombre,
y el que así no lo entienda
inútil busca a la campesina.

F. FERRANDIZ ALBORZ
(Feafa)

NOTAS LITERARIAS

Los Precursores

ADVERTENCIA

La literatura ecuatoriana aún no ha sido estudiada con un plan sistematizado de conjunto. Por ahí están, en las páginas de efímeras revistas, trabajos diz que de crítica bibliográfica, escritos a la aparición de las obras, con ese tono encomiástico tan propio de nuestro trópico, pero una crítica objetiva que sitúe la literatura ecuatoriana en su tiempo y en su medio no se ha hecho aún. No es de extrañar, pues, que la falta de una crítica severa haya contribuido a la desorientación literaria del Ecuador, donde cada escritor ha sido un Robinson literario creador de su único y exclusivo mundo, en desconexión casi absoluta de las corrientes literarias de su tiempo.

A eso obedece, indudablemente, la indefinición de nuestra literatura. Si quisiéramos estudiar la literatura ecuatoriana en relación a cada una de las escuelas, veríamos, por ejemplo, que no podemos presentar una obra auténticamente romántica que sea el aporte ecuatoriano a esa tendencia, ni tampoco una novela

auténticamente naturalista que igualmente sea nuestro aporte al naturalismo literario. Las novelas ecuatorianas, hasta hace poco, llevaban una confusión de escuelas y tendencias que hace materialmente imposible su clasificación, y esta confusión tiene como causa principal la falta de la crítica que hemos señalado, a la vez que, esta misma falta de crítica determina el retraso con que aparece nuestra literatura en relación a cada una de las escuelas. En tal sentido, el Ecuador empezó a hacer novela romántica cuando el romanticismo había desaparecido como manifestación literaria y como impulso vital de los hombres en determinada época, y lo mismo debemos afirmar de los otros estilos. Por consiguiente, podemos reiterar la afirmación de la falsedad de nuestra literatura, ya que no solamente estaba fuera del medio sino fuera del tiempo.

Se nota ya una saludable reacción. La nueva generación literaria aparece con un tono de autocrítica, a falta de una crítica que le desbroce el camino. Sin embargo, creemos necesaria una revisión de valores para buscar los antecedentes de la moderna literatura ecuatoriana. Dentro de nuestra anarquía literaria encontramos obras que, en su conjunto, pueden señalarse como precursoras de la nueva generación. De ellas queremos ocuparnos. Emprendemos esta difícil tarea, a pesar de reconocer nuestra insuficiencia documental. Esta insuficiencia tiene dos causas: el poco tiempo que tenemos de vinculación al medio ecuatoriano, apenas tres años, y la falta de una ordenada bibliografía que nos oriente en nuestro deseo de estudio e interpretación. Aunque enemigos de toda excusa, porque nadie debe hacer una cosa si no se considera preparado para ella, queremos advertir, que este estudio está formado simplemente por un conjunto de apuntes tomados para obra de mayor empeño, en nuestro deseo de abordar algún día el estudio de nuestra realidad literaria. Las obras que pasamos a analizar son: "Pacho Villamar", de Roberto Andrade y "Luzmila", de Manuel E. Rengel.

I

"PACHO VILLAMAR"

de Roberto Andrade

El pie de imprenta de la edición que hemos leído señala el año 1900. No sabemos si se habrá hecho otra edición, aunque sospechamos que no. Si las ediciones de libros ecuatorianos han sido exiguas, 500 ejemplares a lo sumo, se puede deducir lo desapercibida que pasó tal novela en el país y más aún en el exterior. Si esto sucede en un libro cuyo autor representó papel descollante en la política del siglo XIX, siendo a la vez coactor del atentado que ultimó a García Moreno, lo que implica un gran porcentaje de propaganda hecha, dedúzcase lo que habrá sucedido con los otros libros.

Veamos si está justificado el silencio que ha seguido a "Pacho Villamar".

El argumento central de la novela es de trama política y antijesuitica. En aquel entonces estaba muy en boga "El Judío Errante", de Eugenio Sué, y ya Eca de Queiroz había escrito "El Crimen del Padre Amaro". El jesuitismo, o en términos generales el clericalismo, era el blanco de la ofensiva liberal, y si algún país tenía derecho a tomar una actitud antijesuitica ese país era el Ecuador. La dictadura de García Moreno fué la dictadura del jesuitismo, y lo extraño es que un pueblo tan duramente castigado por los jesuitas haya sido tan parco en la revancha. Si exceptuamos "La Banda Negra", de Alomía, novela de contextura folletinesca, y "Pacho Villamar" que nos ocupa, bien poco se ha hecho en el Ecuador en ese sentido.

El "Pacho Villamar" de Roberto Andrade aborda el tema con los recursos del naturalismo que aparecen velados en su estructuración amorosa por el volumen político del argumento. Este naturalismo se halla diluido en sus personajes entre otros elementos literarios. Por ejemplo: Magdalena, el tipo de mujer que podríamos llamar fatal, desde el principio hasta el fin sigue una trayectoria bien delineada de mujer sin responsabilidad moral, de pasiones mezquinamente hogareñas, que si en un momento se deja llevar por el impulso de su pasión, es para caer luego en una venganza vulgar. Dentro de su sencillez resulta un tipo complejo,

que a la luz de la moderna ciencia psicoanalítica aparece bien captada por el autor. La miseria de su ambiente y la hipocresía moral de la educación clerical dan ese tipo de mujer gazmoña, santurróna y pervertida.

Como contraste aparece el otro tipo femenino de Dolores. Está delineada con cierta sensibilidad romántica. Otra víctima de la educación clerical. La mujer resignada, eterna víctima del despotismo del hombre. Delicada, maternal, pero que, incapaz de hacer valer sus derechos, sólo sabe sufrir, sacrificarse y anular su vida ante el egoísmo de quienes la rodean.

El tipo central de la novela lo constituye Pacho Villamar. Mezcla de romántico y tipo del naturalismo literario. De romántico tiene la proyección de su personalidad hacia la más alta expresión. Es el hombre que vive con la pasión desbordada, que hace de su idea pasión, y para quien el mundo exterior existe en cuanto manifestación de su personalidad pasional. Su aspecto literario naturalista es en cuanto al ambiente literario en que se desenvuelve la novela. Pacho Villamar se halla clasificado en lo que comunmente se denomina hombre de una sola pieza. Su individualismo pasional romántico se confunde con su individualismo liberal, que es el ingrediente político del naturalismo literario. Hombre que se evade del medio y que a la vez quiere dominar ese medio. En la literatura ecuatoriana de su tiempo Pacho Villamar es el tipo más bien delineado, un acabado acierto de interpretación literaria de Roberto Andrade.

Tanto como por la presentación de los personajes la novela es un acierto de ambiente. El Quito conventual, de señoritos decidores, retóricos e irresponsables; de trotaconventos y alcabuetas; de clérigos zafios; de políticos vacuos y "chullalevas" adulones y aparatosos; el Quito de la segunda mitad del siglo XIX recién librado de la dictadura política jesuítica pero que moralmente seguía dominado por el jesuitismo, aparece en la novela con perfecta plasticidad narrativa. Y es precisamente la influencia moral del jesuitismo lo que constituye el núcleo central de la novela.

De los amores de Pacho Villamar con Magdalena nace un hijo. Las actividades políticas de Pacho Villamar le obligan a emigrar de Quito poco antes de nacer su hijo. La hipocresía moral de Magdalena junto a su modalidad rencorosa la

determinan a abandonar a su hijo en el zaguán de la casa donde suponía vivía Villamar. Visto, después, el cariño de Pancho al hijo, como venganza, el niño es robado por la madre y entregado luego al Hospicio, de donde pasa después a manos de los jesuitas.

¿Cómo educan los jesuitas a los hombres? Quien quiera tener una prueba humana de esa educación lea "Pacho Villamar". Remigio Carrasco, el niño criado en la frialdad del Hospicio, a su paso por el colegio de Jesuitas se convierte en un ex-hombre, envenenado por su odio a todo cuanto sepa a emoción humana. El proceso psicológico de Remigio Carrasco, deformado por su infancia sin hogar y por su mocedad sin afectos, se retrata asimismo con esta frase, al replicar a las demostraciones paternales de Pacho Villamar:

—Me llamo Remigio Carrasco... El que me engendró murió, y si vive, no supo cuidar de mi infancia.

Contestación justa como réplica a la paternidad desnaturalizada, pero injusta cuando es la consecuencia de una deliberada respuesta para hacer sufrir a un hombre por el mero hecho de ser liberal.

Porque el ideal del jesuitismo es ese, hacer del hombre un autómatas desprovisto de emoción humana; regido únicamente por el interés particular de la Compañía a la que lo sacrificará todo. No solamente hipócrita es sinónimo de jesuita, podríamos agregar también que jesuita es sinónimo de amoral. Las sociedades educadas por la influencia jesuitica se distinguen precisamente por su falta de moral social y por su insolidaridad. Y estos son los dos estigmas de la sociedad quiteña de la época de Pacho Villamar: la falta de moral pública y la insolidaridad social. Esa es la herencia moral que nos dejó la dictadura de García Moreno.

Algunos achacarán a fobia antijesuitica esta deducción de la obra de Roberto Andrade, pero no es sino una deducción objetiva generalizada internacionalmente. En 1910, el escritor español Ramón Pérez de Ayala publicó su novela "A.M. D.G.: La vida en los colegios de Jesuitas", impresiones vividas por el autor en su vida de discípulo de los jesuitas en Gijón, España. Vida triste, atormentada, que deja un sedimento de amargura para toda la vida. Esta novela fué comentada por el nada sospechoso de clerofobia don José Ortega y Gasset, algunos de cuyos párrafos dicen así:

"Saldrá Bertuco del colegio inutilizado para la esperan-

za; por graves esfuerzos de reflexión que haga jamás logrará vencer una desconfianza original, un desdén apriorístico ante los demás hombres. En cambio, estudios un poco más serios, meditaciones más vigorosas le harán insoportable el recuerdo de los **nuestros**; los vicios de que ellos acusaban al común de las gentes parecerán a Bertuco aletear con grandes alas en torno a los edificios jesuíticos. Y entonces le parecerá que se alza de la historia un hedor horrible de materia, y si mira en torno creará ver un desierto de hombres habitado por lascivos orangutanes.

“¿A quién podrá extrañar que Bertuco renuncie a toda labor social cuando avance en la vida? Las hormigas, al tiempo que hinchen sus trojes subterráneas, saben morder el grano en tal sitio que, sin matarlo, impidan su germinación. San Ignacio, santo administrativo y organizador, ha dotado a sus hijos espirituales con el arte maravilloso de utilizar las criaturas para la mayor gloria de Dios, y como las mejores no se resignan fácilmente al papel de instrumentos, se las utiliza inutilizándolas.

“Los jesuitas han educado a los hijos de las familias españolas que viven en mayor holgura. De ellos tenían que haber salido los hombres constructores de la cultura nacional, productores de un ambiente público más fecundo. Pero no han salido: los jesuitas, mordiendo las porciones más enérgicas de sus almas, los ha inutilizado **ad majorem dei gloriam**. ¡Adiós unidad del espíritu, adiós impetuosidad cordial, adiós afán por hacer mejor el mundo en que vivimos!

“El libro de Ayala, es, en todo lo importante, de una gran exactitud. Sólo hallo un olvido, en mi opinión, de suma gravedad: no haber hecho constar de una manera taxativa que el vicio radical de los jesuitas, y especialmente de los jesuitas españoles, no consiste en el maquiavelismo, ni en la codicia, ni en la soberbia, sino lisa y llanamente en la ignorancia.

Al final Ortega y Gasset dice que los “colegios jesuíticos sería deseable se suprimieran, por una razón meramente administrativa: por la incapacidad intelectual de los reverendos padres”. (José Ortega y Gasset—“Personas, Obras, Cosas...”)

Debemos advertir que José Ortega y Gasset ha sido discípulo de los jesuitas.

Este mismo proceso de deformación humana es el que observamos en la novela de Roberto Andrade a fines del siglo XIX. Roberto Andrade señalaba ya la ignorancia del jesuitismo y su ingénita maldad, y creemos que una de las causas que ha originado el arrinconamiento de esta novela, ha sido su sinceridad al tratar el problema del jesuitismo en el Ecuador. Una crítica pacata, de mentalidad jesuítica, tenía miedo de malquistarse con el jesuitismo preocupándose de esta novela.

Un tema muy bien tratado en la novela es el encuentro entre Pachó Villamar y su hijo en el Ejido, mientras éste era objeto de burlas por sus compañeros. El presentimiento de la paternidad, que en la novela romántica se experimenta instintivamente, porque sí, adquiere una nueva interpretación con la novela naturalista. La paternidad no está determinada por leyes divinas que brotan inesperadamente ante el contacto de padre e hijo aunque nunca se hayan visto. La paternidad, como ley moral, está determinada por la unión constante de padres e hijos en una misma atmósfera de afectos e intereses. Lo demás es divagación literata sin ninguna conexión con la realidad.

El aspecto político de la novela estriba en la pugna entre liberales y conservadores, rojos y curuchupas. La única novela de su tiempo que se ha preocupado de este tema tan intenso en el Ecuador y tan abandonado por los escritores. Esto nos demuestra, que Roberto Andrade no escribía ni escribe por el placer de hacer literatura sino por el deseo de llegar a la interpretación de la realidad social de su medio. Esta preocupación ético-social, más allá de la literatura, originó una estructuración anárquica en la novela, pero lo que pierde en formalismo técnico lo gana en dinamismo, en vitalidad.

La vida de Pachó Villamar, que más que novela es la tragedia de uno de los tantos espíritus liberales acosados y finalmente asesinados por el fanatismo jesuítico, es una de las obras más intensas de la literatura ecuatoriana, intensa por el realismo humano con que aparecen los personajes e intensa por la realidad del medio y del tiempo en que el autor supo interpretarlos. Razón demás para que nos asombre el silencio que ha rodeado a esta novela, que en los albores del siglo señalaba el camino de la realidad literaria a los nuevos escritores.

"LUZMILA"

De Manuel E. Rengel

Apareció en 1903, y el autor la titula "Novela Nacional". Es una novela romántica que confirma nuestra afirmación sobre la tardanza con que han aparecido las diferentes escuelas literarias en el Ecuador. Dejando para otra ocasión el estudio de las causas sociales que determinaron este retraso, respondamos por ahora a la siguiente pregunta: ¿hasta qué punto el romanticismo es una realidad americana? Resulta sintomático el hecho de que las más altas expresiones del romanticismo francés hayan escogido el escenario americano para desarrollar la vida romántica de sus personajes. Un precursor del romanticismo, el Abate Prevost, en la primera mitad del siglo XVIII condujo a "Manón Lescaut" a tierras americanas como ambiente propicio para la expansión sensitiva y desconcertada de su heroína. Bernardino de Saint Pierre, después de vagar por el mundo de la política y de la literatura, con su novela "Pablo y Virginia", en el último cuarto del siglo XVIII, da la nota exótica de una realidad americana extraña y desconcertante para los centros literarios franceses. Viene luego, en 1800, Chateaubriand con sus "Atala y René", para llegar después al romanticismo tremante y apocalíptico de Victor Hugo en su "Bug-Jargal".

¿Por qué esa preferencia a lo americano en el romanticismo de Francia, el país que a más alta expresión llevó el romanticismo? Aquí se podría observar esta contradicción: Francia fué el país de más alta expresión romántica porque fué el país de más alta expresión burguesa. El romanticismo, como escuela literaria, es la expresión correlativa del individualismo burgués. Pero la contradicción económico-burguesa determina una contradicción moral de los hombres con el medio, ya que la libertad de acción, el impulso del hombre hacia la más alta expresión de su libertad, es anulado por la realidad de las contradicciones económicas esclavizadoras de la vida. Se crea entonces el mito de los hom-

bres libres. La teoría roussoniana del hombre libre en la naturaleza se impone como una fuga moral, como una escapatoria de la esclavitud del hombre. ¿Dónde hallar la realidad de ese mito libre? Únicamente en los pueblos primitivos, donde la vida es exclusivamente una lucha del hombre contra la naturaleza, aunque esa realidad no pase de ser un mito para alentar el arrebató pasional del romanticismo. El contraste entre la realidad y la voluntad de los hombres determina este contraste literario: Francia, de postulados libres en su Constitución, busca la naturaleza americana como medio adecuado para dar vida a la creación romántica de sus escritores, y en América, donde las condiciones de vida permiten aún al hombre la libertad plena, las creaciones literarias románticas son una fuga del medio para defender precisamente esa libertad absoluta, condición esencial del romanticismo. Ejemplos de este caso, "Amalia" de Marmol, y "Martín Fierro", de José Hernández, si bien la genial creación de este gaucho no puede estudiarse desde un punto de vista exclusivamente romántico.

¿Cuál sería la causa de esa evasión de lo romántico hacia lejanas latitudes morales? Como no es éste el caso de extenderse al respecto, sólo queremos anotar lo siguiente: el individualismo romántico y el individualismo burgués se contradicen porque se sustentan en la contradicción económica de la cual dimanan. (Al hablar del romanticismo, no hay que olvidar que nos referimos a él como escuela literaria y como expresión social del siglo XVIII y XIX, no al romanticismo como parte inherente a la personalidad del hombre, que Rubén Darío definía como parte esencial del ser cuando preguntaba "¿Quién que es no es romántico?") Pero el hombre, en quien no se agotan las ansias de superación, de liberación, cuando la realidad que le rodea no responde a su deseo, se traslada a otros mundos, como los Pablo y Virginia, Atala, Bug-Jurgal, etc., o los inventa, como don Quijote, (uno de los aspectos del Quijote es su romanticismo), pero como toda evasión es una traición a la vida, la vida se venga de los románticos asesinandolos. El romanticismo, que trata de afirmar la personalidad individual del hombre, se convierte al fin en anulador de esa personalidad. Los auténticos románticos, ya de la novela como Werther, ya de la vida como Figaro, acaban por suicidarse, y en todo caso van desenfundados en busca de la muerte.

En cuanto al ambiente romántico de nuestra América, es evidente: su realidad desmesurada se halla en armonía con el desmesuramiento temperamental de los románticos.

Dentro de los contornos temperamentales que hemos señalado al romanticismo, "Luzmila" es una auténtica novela romántica. Todos sus personajes están desarraigados del medio, y esa contradicción entre su voluntad y la realidad crea la tragedia. Según la sentencia árabe "nadie puede saltar fuera de su sombra", y en tal sentido los hombres tampoco pueden escapar a la realidad de su vida. Los personajes de esta novela todos huyen de su realidad: Luzmila quiere escapar de la tiranía paterna y muere; Enrique, su amante, escapa con ella atravesando el desierto y fracasa en su empeño amoroso; Antonio Lemus, padre de Luzmila, español envenenado por su odio a los americanos, es el tipo obcecado que no quiere supeditarse al medio y el medio lo aniquila; el otro español, Francisco Arcentales, es otro tipo incapaz de situarse en la realidad muriendo arrastrado por su avaricia; el mismo General Otamendi es un arrebatado, insuficiente mental incapaz de situarse en el rol de su propia vida; y en cuanto a Pajarito, el bandido romántico, es un trasplante a América del bandido generoso de la leyenda española que en el desierto americano impera como dueño absoluto.

Pero dónde aparecen los aspectos más destacados del romanticismo de esta novela es en el diario autobiográfico que relee Enrique buscando consuelo a su pena. Un auténtico manuscrito romántico. Para el romántico la vida de los demás no importa nada. El vive sólo al calor de sus sentimientos y sus pensamientos no tienen otra proyección que la satisfacción de sus deseos. Admira a un hombre de nuestro tiempo la escasa vida intelectual de los hombres del romanticismo. Para ellos todo es el corazón y todo les entra por el corazón. Veamos algunos ejemplos en el manuscrito de referencia: "Tengo familia y amigos, y sin embargo vivo solo, porque mi soledad es la soledad del corazón." Más adelante ni el amor de los suyos sirve para calmar su melancolía: "Y vine, y volví a reclinar mi frente fatigada en el regazo materno y a sentarme a la sombra de los árboles, do jugábamos niños los a quienes hoy he encontrado hombres. Y sin embargo sigo triste, y siento el corazón vacío, y estoy solo, ¡cuán solo!"

Los románticos, a quienes se ha calificado de los hombres amorosos, con lamentable error, por cuanto amor es desprendimiento, sacrificio, son los hombres más egoístas y los más alucinados. Todos se han despeñado buscando la felicidad, la que ha consistido únicamente en la satisfacción de sus egoísmos. Veamos en el mismo manuscrito: "Me lo dice el anhelo de felicidad que me devora, lo confirma el hastío de la existencia, que me mata", y más adelante quiere "una alma que me comprenda y se confunda con la mía, que lea mi pensamiento y sea mi vida y mi universo". Y viene de nuevo la nota cordial: "Voy dejando un suspiro en cada breña del camino, un pedazo del corazón en cada esquina." La falta de reflexión para seleccionar el objeto de amor lo evidencia con su espíritu superficial, encomendado únicamente al corazón y al presentimiento: "Rostro blanco pálido, de líneas irreprochables, cuello como de cisne, cabellera como el manto de la noche, ojos grandes, negros y profundos". Y más adelante: "Es ella: me lo dice el corazón que se agita y salta de mi pecho como cachorro de león aprisionado. Y luego dice: "Bien me lo decía el corazón que nunca engaña...."

Citas de esta naturaleza abundan en el diario, evidenciadoras de la vida superficial de todo romántico. La felicidad es su norte: "Tan raros son en la obscura vía de la existencia estos instantes de ventura, que yo me complazco en su fruición infinita, saboreándolos lentamente, gota a gota." Este deseo de felicidad se convierte en los románticos en embriaguez, es decir, el romántico se distingue por su afán de vivir fuera del sentido normal de la vida: "Yo estoy como embriagado, y si vivo, mi vida es sólo un sueño: sopor tan delicioso que no quisiera despertar jamás." Pero esta embriaguez no es un deleite, todo lo contrario, es un tormento, aunque dulce: "Los que algún día leáis estas memorias de un alma enamorada, si nunca habéis amado, amad, y probaréis el más dulce tormento de la vida". Y es natural que sea así. Nada fatiga tanto como los trabajos del corazón. El mismo personaje nos lo dice: "Terrible es el despertar del corazón que se abre, por la vez primera, al arrullo del cariño, y más aún al despero del que, creyéndose muerto, se sacude derepente y torna a lanzarse en el torbellino de inquietudes y satisfacciones, temores y alegrías, fruiciones y hastío que se deno-

mina amor". ¿Por qué y cómo ama? "¡Y la amo tanto! Envuelta en la nube de mi pensamiento, ensueño vago, impalpable, aéreo todavía...." "No conoce el engaño; habla el idioma del corazón. Y dice que me ama."

"Soy feliz" exclama el personaje y luego "¿por qué temer entonces?—no lo sé: parece que me tuviera envidia de mi mismo, y que dividido mi ser en una encontrada dualidad, la una parte se complaciera en afligir a la otra." Y más adelante "¿tan infeliz seré que no haya para mi en la tierra ni calma ni un oscuro rincón donde ocultarme con la mujer querida? ¡Oh felicidad, tu no existes para mí!" En verdad que los románticos resultan contradictorios, puerilmente contradictorios, y a la postre de un egoísmo estúpido: "¿Podría conformarse Enrique con que Luzmila fuese de otro? ¡Jamás: antes muerta que en extraños brazos."

El señor Rengel, al describir la vida bandolera de Payarito, evidencia un temperamento anarquista. Y esto no es por azar. Rousseau, filósofo del romanticismo, es también filósofo del anarquismo. "El Emilio" es hermano gemelo del "Discurso Sobre el Origen de la Desigualdad entre los Hombres". Así, por ejemplo, para el señor Rengel, "la justicia es un mito", y la propiedad, para él, a la manera de Proudhon, no existe, y si existe es un robo, y considera las contribuciones que cobran los gobiernos de la misma naturaleza que los robos a mano armada por la única ley del más fuerte.

Esto nos recuerda que los países de mayor fuerza vital romántica son los de mayor cantidad de anarquistas; España, Italia y Rusia, por ejemplo. ¿Cómo compaginar entonces el significado burgués del romanticismo, siendo así que los países indicados son de menor significación burguesa? La única respuesta justa es la siguiente: el romanticismo literario es a la burguesía organizada, lo que el romanticismo político (anarquismo) es a la burguesía desorganizada.

Por todos estos antecedentes creemos que "Luzmila" es una novela romántica bien lograda, la única novela romántica del Ecuador que, a nuestro parecer, reúne todos los defectos de la literatura romántica y muchas de sus buenas cualidades. Defectos que tienen su origen en las contradicciones íntimas de la escuela romántica, cualidades que van unidas a la exaltación de la personalidad del hombre propio del romanticismo.

ALFREDO MARTINEZ

REFLEXIONES DE LA CALLE

1

La calle es una medida del hombre.

2

El hombre es una calle tortuosa. Por ella transitan los Siete Pecados Capitales.

3

Qué triste resulta afirmar que la calle es una cloaca abierta a la terapéutica del sol.

4

El sol tendido en la calle es una hoja de papel secante. Absorben sus poros las impurezas del hombre.

Cuando se incorpora, para huir al Occidente, se empequeñece el espacio al cargamento fabuloso de sombras que fatigan sus hombros.

Quién puede creer que la noche ha creado las maldades del género humano.

5

Las calles que se pierden en las pupilas y se avecinan a la intuición, propagan grandes horizontes.

En ellas comienza, quién lo creyera, la grandeza del corazón ambulante.

6

La calle, amarrada a la tierra y suelta a la distancia, es un hilo de plata, que sostiene el péndulo de un corazón.

7

Una calle ancha, larga, cuyo principio está en el fin y el fin en el principio, es un hombre tendido en el suelo, con la cara al viento, para soportar en sus brazos abiertos el vuelo vertiginoso del canario del mundo.

8

Que sea el mundo, junto al pecho, la cabeza de un niño, que escruta el ritmo de los sentimientos.

Que sea el hombre, junto al mundo, un corazón que se fortifica en la armonía del cosmos.

9

El hombre es el espíritu del mundo hecho carne y voz.

10

Las calles cortas estrechan los sentimientos y empequeñecen el alma.

Los que piensan alto y sienten hondo se entregan a la enormidad de los campos o a la fragancia de los parques.

Hay que huir, huir, de todo lo que puede enfermar el cuerpo y relajar los sentimientos.

11

El hombre superior tiene asco de la ciudad. Para él la ciudad es una sabandija de oro aferrada al árbol endémico del hombre.

12

El transeúnte que da grandes pasos en las vías pequeñas, aprende a andar de cabeza, haciendo del espacio un camino. El espacio es la senda del cerebro y de los grandes anhelos.

13

Dichoso el que vive en el nido de una roca o en la página de una pampa.

El que tiene la inmensidad por calle, puede, fácilmente, multiplicar el trigo de sus virtudes.

Si nos habituáramos a andar y a pensar con la grandeza del firmamento y la mansedumbre de la luz, dejaríamos de ser mezquinos, y no nos medirían como a la babosa por la huella brillante de sus pasos.

14

Los buenos propósitos, nacidos al rescoldo de la soledad, perecen en el torbellino de las calles.

La calle es, a veces, el patíbulo de las virtudes; y, cualquier ciudadano, un verdugo.

15

Habéis oído, alguna vez, el coloquio de una calle con la sombra?

Oídmelo que yo escuché una ocasión:

Calle: —Si pudiera recogerme como un elástico... Cómo saldrían disparadas las casas.

Sombra: —La desesperanza es tu peor desgracia.

Calle: —El hombre no camina sin dejar en mis aceras el deshecho de sus pasiones.

Sombra: —El deshecho de un hombre es el alimento de otro.

Calle: —Si me dignificaran sus pasos.

Sombra: —Estás ennoblecida por tu suerte. Para ser feliz no hay que alterar el ritmo del destino. . . . El hombre te dió forma para entregar en tu cauce el veneno que rebasa en el vaso de su corazón.

16

Si los mendigos no salieran a mostrarnos la piltrafa de sus vidas, creeríamos en la caridad tan ponderada pero nunca comprendida.

El mendigo es la mejor imagen de nuestra sociedad.

17

La calle es para el niño una cuerda sostenida por los palos de las esquinas. Y no existe mejor equilibrista cuando sus pies son dos alas de carrera y sus manos el vértigo de un aro.

18

El policía denuncia la pequeñez de nuestra libertad y el desorden de nuestros actos.

19

La ciudad es una cárcel grande, abarrotada de postes y de alambres. Y cada ciudadano es un delincuente, atado a los pies por la cuerda de una calle.

20

Los niños ennoblecen las calles. Con el agua transparente de sus voces se limpian. Y se nutren con la llama pura de sus cuerpos.

21

El niño es una semilla entregada al surco del espacio. El

aire es la flor de la tierra; y la tierra, la ceniza amontonada de las vidas truncadas.

Niño-Semilla: cuerpo; surco: vida; aire: espíritu.

22

Dos mulas halaban una carreta de basuras. Matizaban la carrera sus feroces mordiscos.

Observé luego: Entre los acompañantes de la basura de un muerto iban, juntos, dos enemigos irreconciliables.

El clavo de una interrogación penetró en mi lengua: ¿Por qué no se morderán como las mulas?...

Oh si los hombres fueran como las bestias: sencillos en el amor y francos en la iracundia.

23

Un perrito se agitaba delante de una vitrina de pan. Tenía la desesperación de un niño con hambre.

Sus deseos se enfriaban en el barrote del vidrio....



¿Qué iría pensando el pequeño mendigo cuando se alejó lamiéndose la lengua y con los ojos manchados por el color del pan?

En las ciudades donde la pequeñez de las almas besan y rebesan un Cristo sucio de llagas, los perros son niños proletarios, que creen que un pan es un señuelo de oro.

24

La calle es el mejor periódico de los pueblos. En ella el delito y la virtud están desnudos. El primero asoma escrito con abundantes caracteres de hombres vulgares. La virtud asoma apenas. Y cuando ésta enseña la cabeza, no le falta la pedrada de una frase mordaz o el puñal de una mirada hostil.

JUAN PABLO
MUÑOZ SANZ

EXFOLIADOR

Tesis: "La paz es indivisible", dice Flandin.

Primer corolario: Hay que formar alianzas. ¿Cómo? Si es posible, entre todos los países de Europa y del mundo; si no es posible —lo único posible—, al menos entre... ¡"amigos" ligados por odios comunes! El odio común es buena soldadura, cuando la ambición es el crisol: conquistar o conservar lo conquistado.

Segundo corolario: La paz, antes de la guerra y después de la guerra, y durante la paz la guerra, de armamentos, fortificaciones, aduanas, impuestos, boycott, espionaje, censura, persecuciones, propaganda maquiavélica....

Diagnóstico-definición: La guerra es la descongestión inevitable de una paz demasiado activa; virulenta por falsa.

Pronóstico: Imposible "desperdiciar" los millones gastados en acero, cemento y explosivos; el ingenio científico, la verbosidad nacionalista y la sangre obrera empleada en la extracción y elaboración de materiales bélicos.

Tratamiento: Armese a la humanidad hasta los dientes; déjese que los belicistas hablen durante la paz y la guerra —ellos saben cómo, para cada época— y los pacifistas durante la guerra y la paz —con poca fortuna en toda época—. La guerra desaparecerá cuando los hombres sean lo bastante inteligentes para comprender que han sido estúpidos.



En el mundo moral, una experiencia —de las muchas que pueblan la vida —no tiene valor por su riqueza de detalles, su variedad ni su repetición misma: lo tiene por la energía, comparable a la fuerza de un explosivo, con que penetra hasta la conciencia y se apropia de ella; cuanta mayor sea esta energía mayor será el poder de iluminación. El campo de iluminación y su estabilidad, a la vez, depende de lo que cada uno ha logrado poner en relación dentro de sí mismo, de cómo cada uno se ha construido antes de la experiencia.



¡El árbol! Yo diría que la influencia de su imagen en cada espíritu y el modo como las almas reaccionan frente a su recuerdo o a su real presencia, constituyen magnífica piedra de toque para reconocer la calidad de los hombres. Quien nunca dedicó un pensamiento grato al verde centinela de la salud, quien no lleva la imagen de algún árbol o de algún bosque grabada —no importa si cruel o amorosamente— en su corazón, quien pasó indiferente su vida sin acariciar con la mirada un árbol es que no tuvo o no supo dar a su espíritu la sensibilidad necesaria para vivir a tono con su humana naturaleza.



Hay para el espíritu una enseñanza primaria, que nunca está completa mientras no obtiene la clave de ese alfabeto que reside en las personalidades de los demás. La naturaleza también abre sus aulas a la sabiduría incipiente; pero sólo uno mismo puede ser su maestro, o seres muy superiores. Los medianamente superiores contribuyen a oscurecer el idioma límpido, que tal vez estuvo al alcance de nuestra intuición.



Ved cómo ese hombre de ojos resplandecientes, que se pasea por el jardín de su casa, no está en su casa, en la ciudad ni en el siglo; dialoga con Aristóteles, Platón, Kant o Hegel,

que le comprenden mejor que el mejor de sus amigos y que su mismo padre. El poder del pensamiento es mayor que el de la sangre; dá forma al espacio y ritmo al tiempo.



¡Cuántas veces ciertas doctrinas filosóficas nos impresionan como esos farolillos de luz mortecina que, desde el rincón de una calleja o sobre el andén de una estación de aldea, parecen aumentar la inquietud de las sombras en vez de disiparlas, iluminando!



Tal vez llegaríamos a odiar a ese heraldo de la llamada civilización, que es el diario moderno, si, ante todo, poseyéramos una gran sensibilidad moral y social —con profundo sentido humano— y si, además, cuando leemos periódicos nos ocurriera meditar sobre el significado terrible de esas clarinadas del noticierismo escueto que, al anunciar o relatar, a la vez realiza y cataloga el encumbramiento de unos y el descenso de otros, sirviendo de paredes reflectoras de sus ecos incontrolables precisamente las miríadas del anonimato, que juzgan sin apelación, porque no sufrirán jamás las amarguras de una pública derrota ni la alegría trágica de un triunfo.

ANTONIO MONTALVO **BOLIVAR** (1)

ACOTACIONES
ESQUEMATICAS

**Su americanismo.— Supervivencia de sus ideas americanistas.
—Antibolivarismo en las democracias americanas.—
Interpretación de las ideas sociales de Bolívar.**

Las fechas gloriosas del calendario histórico de un pueblo tienen la virtud ambivalente de exaltar los sentimientos colectivos, ya sean éstos políticos o artísticos, y de retrotraer en presencia espiritual la figura del héroe o símbolo humano que las originan. Tal sucede en estos instantes con el Libertador Simón Bolívar. A cien años y un lustro de su muerte —de su muerte física que fue su nacimiento eterno— hoy, todos los pueblos por él fundados, y aun los que sólo admiran su vida y su obra, habrán prendido las luces de su evocación, y recordarán el dramatismo de su muerte, para purificar sinceramente su fe bolivariana unos, o para hacer de él un motivo de obligado júbilo patriótico, otros.

Guardar culto a la memoria de Bolívar es un deber de América, al que no puede sustraerse el último americano; que en

(1) N. de la D.— Discurso leído por su autor en la sesión solemne de la Sociedad Bolivariana del Ecuador, el 17 de Diciembre de 1935.

América, la del Sur, todos los hombres, del primero al último, son bolivarianos, tanto es lo que le deben las generaciones presentes, tanto es lo que, con el transcurso de los siglos, le deberán las generaciones futuras.

El Libertador —dilecto título que sobre los otros con que le adorna la admiración del mundo, tanto le gustaba— como una alta expresión del valor y la superioridad humanos, paralelo a los grandes de la Historia de todos los siglos, ha suscitado la curiosidad total, bifurcada diferentemente, de los hombres de mayor prestigio intelectual de todas las épocas. No es extraño, pues, que se haya escrutado los reductos más insospechados de su historia; que se le haya estudiado antropológicamente, que su biografía abarque toda una curva de integración investigadora y dilucidadora, yendo de la mina anecdotaria al realismo histórico y de éste al deslumbrador cosmos científico, psicológico y psicopatológico. No es extraño tampoco que sobre tan alta cumbre humana se hayan abatido —como en su vida mismo se abatieron— los sordos, pero inocuos huracanes de la diatriba y del dicitario, devastados ellos mismos, en fuerza de su propia insignificancia falseadora de la verdad.

Sin embargo, Bolívar, su vida, su obra, su historia, seguirán siendo, con el tiempo, y a medida del perfeccionamiento humano, las fuentes pródigas en donde hallará agua para sus sedes la curiosidad histórica, política, cívica, científica del universo. Porque Bolívar, en su integridad de hombre desplazador de energía humana, y como tal, creador de una obra que traspasa los límites geniales, es un inmenso mar de aguas cambiantes, con panoramas que deslumbran y atraen infinitamente.



Así es como Bolívar estará presente siempre en el desenvolvimiento de la civilización americana. Y no por la evocación de su obra solamente, ni por el recuerdo obligado de su grandeza histórica. Por la vigencia y actualidad de las ideas matrices de su credo americanista. El creador de la americanidad que destrozó un mundo para dar vida a otro nuevo, todavía está presente, por influencia de su pensamiento, en la realidad de América. Y está presente con el ejemplo formidable

de su americanismo que fue primero idea y luego lucha, emoción, placer estético, triunfo político, en su obra realizada. Porque Bolívar, como sólo los grandes valores que han irradiado proyecciones ecuménicas, fue el ideólogo y el ejecutor de su propia obra. Vedle si no en renovada evocación retrospectiva y en fugaz itinerario, cómo después de beber inspiración libertaria —no únicamente en sus predilectas fuentes de la cultura clásica— en la realidad extranjera, su juventud interiormente madurada, se entrega a dar realización a sus sueños —que en él son ciertas idealidades— que harán la felicidad de un mundo; vedle luego con qué furor, mezcla de sobrehumano y demoníaco, se entrega a la guerra, cien veces, mil veces, infinitamente, domando a la hidra de la adversidad siempre, humillando y apostrofando a la misma naturaleza —él un panteísta por amor a la belleza, un hegeliano— dándose todo íntegro: vida y patrimonio personal; ahogando hogueras de la inquisición, manumitiendo esclavos, libertando pueblos ¡un verdadero dios humano! él para todos, sin distinción ni preferencias, con una misma dadivosidad igualitaria.

Bolívar, por antonomasia "El Americano", es el paradigma del constructor del americanismo. Una escondida fuerza dialéctica, que anima su pensamiento y su acción, le hace destruir, construir, y tender las aceradas redes de sus ideas, como un puente, para el camino hacia el futuro.



Y el futuro de Bolívar es el presente nuestro. Y habiendo tendido puentes —sus ideas— para pasar él mismo, aquí está con nosotros, aquí está con los hombres y los pueblos que de un modo u otro, que de cualquier manera, recogieron y recogen las semillas de luz de su pensamiento.

Está en Panamá, la Corinto de sus sueños, la capital del mundo de su videncia irrealizada, y está en su Canal, su predicción satisfecha. Está en Ginebra, su frustrada anfictionia americana, aprovechada por la mentalidad europea contemporánea. Y, sobre todo, está en América, lo suyo, gravitando con presencia denunciadora, vigilante y admonitiva. Si no, oíd su voz, vibrando en la realidad y en los destinos de estos pueblos: "La continuación de la autoridad en un mismo indi-

viduo, frecuentemente ha sido el término de los gobiernos democráticos", dice, como dirigiéndose por derecho propio a su Venezuela, y por concomitancia, en general, a las vacilantes e informes democracias de América.

"Unidad, unidad, unidad", como, vivo exclamó en el Congreso de Angostura, está clamando también hoy a todas y cada una de las nacionalidades americanas. Escuchad su voz, con ritmo que va de la conseja paternal a la reprensión severa; oídla, involucrada, hecha evangelio y acción al mismo tiempo, con su inmanente poder destructivo y constructivo, sonar, para hacer lo que no quieren y deben hacer, en obediencia espontánea, sus hijos, los pueblos por él creados, es decir sus orientadores y conductores. Oídla así, con timbre de actualidad, combatiendo las rezagadas tiranías caciquistas de nuestros oligarcas plutócratas; oídla resonando maravillosamente en todos los campos de la vida actual americana. Ella toma mil formas de presencia y visibilidad: restalladora, se enrosca con ardores de fusta, en los gordos cuerpos de nuestros mercaderes políticos, para enseñarles el camino de la honradez, de la ética democrática, de la abnegación, del sacrificio, de la dignidad humana; ella incursiona en los dominios de la religión, para mostrar el ejemplo de un sentimiento humanamente cristiano, vivido y practicado; ella está actuando, en fin, personificada en los pocos hombres que creen en su virtud real, para llevar adelante sus grandes ideales de unión, de libertad y de felicidad colectiva. Presente está Bolívar entre nosotros. Que él tendió su puente para venir, es cierto. Vedle.

"Volando por entre las próximas edades, mi imaginación se fija en los siglos futuros, y observando desde allá, —desde ahora— con admiración y pasmo, la prosperidad, el esplendor, la vida que ha recibido esta vasta región (lo que dice respecto a Venezuela, lo dice en síntesis con respecto a América) me siento arrebatado y me parece que ya veo en el corazón del universo, extendiéndose sobre sus dilatadas costas, entre océanos que la naturaleza había separado y que nuestra patria reúne con prolongados y anchurosos canales. Ya la veo servir de lazo, de centro de emporio a la familia humana. Ya la veo enviando a todos los recintos de la tierra los tesoros que abrigan sus montañas de plata y oro. Ya la veo distribuyendo por sus divinas plantas la salud y la vida de los hombres do-

lientes del antiguo mundo. Ya la veo comunicando sus preciosos secretos a los sabios que ignoran cuán superior es la suma de las luces a las sumas de las riquezas que la ha prodigado la naturaleza. Ya la veo sentada sobre el trono de la libertad, empuñando el cetro de la justicia, coronada por la gloria, mostrar al mundo antiguo la majestad del mundo nuevo”.



Pero, mirad la realidad americana, cruzad los panoramas de su historia, y en la balanza de una justa apreciación crítica, pesad lo que se ha hecho y lo que se debió hacer, y ved si bolivarianamente, se cumplieron los ideales del Libertador. Apenas, si en estrictez de verdad, exista un mínimo saldo favorable. Sus doctrinas de americanismo, al menos sus fundamentales principios, han sido sólo un espejismo, del cual los pueblos del nuevo mundo, es decir sus aprovechadores, han utilizado únicamente las alegorías, y esto, en un sentido negativo: para plantar los árboles de las tiranías, de la opresión, de la esclavitud, que él abatió a fuerza de gestas epopéicas; para conculcar sus principios políticos, jurídicos, internacionales; para burlar sus normas democráticas; para jugar con los sagrados intereses de las colectividades, por las que Bolívar, en su hora, hizo todo lo que pudo hacer y dió todo lo que les pudo dar; para torcer el sentido actual en que deben ser comprendidas sus palabras; y hasta ¡iniquidad solemne! para vender las riquezas naturales que él arrebató a las garras hispanas y entregó a sus dueños convictos, a fin de que ellos, al beneficiarla, al poseerla, adquirieran la conciencia de su posesión, la conciencia de la americanidad, que así como ésta arraiga en la triple estructura de la raza, emerge de las prolíficas raíces telúricas.

Bolivarismo antibolivariano el que, salvo los hechos de excepción, se ha practicado en la América del Libertador. Ser bolivariano, no es serlo paramentalmente, ni idolátricamente, ni aun intelectualmente. Es serlo en la práctica y en la realidad. En el pensamiento y en la acción. Bolívar mismo da a todo momento el ejemplo de su alta dualidad. El hombre que piensa, que crea un itinerario ideológico y lo da realización. Ser bolivariano es asimilar las ideas de Bolívar —y

en Bolívar hay un semillero de ideas asimilables— a la realidad de todos los pueblos americanos, que el ideario bolivariano, para toda la América tiene escritas sus normas, aprovechables hoy día mismo, siquiera sea en principio.

Condenatorias interrogaciones restallan bajo los cielos de las democracias americanas. Muertos y vivos —es decir, los vivos en la historia y los muertos en la vida— nuestros conductores de pueblos, como en ardidadas llamas, se ven envueltos en ellas, sin encontrar palabras para contestarlas, (Bolívar interroga ubicuamente en el tiempo: al presente, al pasado y al porvenir) es decir hechos para justificar la negación de su bolivarianismo, al que se deben y al que deben cumplimiento. Sin embargo, de la historia, como aislados faros luminosos, de entre los grandes educadores, de entre los grandes exégetas y pedagogos del americanismo bolivariano, resplandecen los nombres de ilustres americanos, que en la realidad en la que les tocó actuar, pugnaron por dar vida al pensamiento de Bolívar, y entre ellos y entre muchos, quizás Martí en las islas de su martirio; quizás Alfaro en las niveas cumbres ecuatoriales, teñidas con la sangre y el fuego de su inmolación; quizás Sandino, héroe máximo, perdido a la cruzada del americanismo, bolivariano en su médula, sacrificado al furor de las hordas imperialistas, en promiscua complicidad con el satrapismo vernáculo.

Con todo, América ha avanzado; pero no en razón del ideario bolivariano, menos en razón de la energía de sus dominadores, y, peor aún en relación al contenido americanista del ideario del Libertador. Ha desarrollado en virtud de las corrientes externas de la civilización mundial. Ya no es la **crisálida** que dejaron sus manos. De entonces a esta parte, ya ha dado un "hegeliano salto cualitativo", como Bolívar mismo ha dado, como han dado sus ideas.



Pero hay que entender el salto hegeliano de las ideas bolivarianas, mediante una interpretación dialéctica de las mismas. (Repito esto es sólo una ligera esquematización, un índice tal vez, para los modernos sociólogos que en América quisieran profundizar este tema) y, así veremos cómo en el

fondo de ellas alienta, en germen ya, intuitivamente, lo que a la hora presente es una confirmación científica.

“No detengamos la marcha del género humano”, dice Bolívar. Y de estas palabras cogidas al azar, desentrañad su íntima significación actual, y encontraréis en suma, toda la evolución dialéctica de su pensamiento. Cuando Bolívar devastaba los viejos muros de una civilización infamante y abría al mismo tiempo los cimientos de una nueva, y negando ésta en cuanto tenía de estática y esporádica, planteaba los fundamentos de su perfeccionamiento, obraba dialécticamente. Aún más, desentrañad del sentido dialéctico de estas sus palabras, lo que es su esencia medular, lo que es el alma de todo pensamiento dialéctico: el sentido revolucionario. ¿Cómo no detener la marcha del género humano? No hurtándole de los caminos por donde le empuja la fuerza materialista de la historia hacia la realización de sus propios destinos. Y, ¿hacia dónde va la humanidad? Ya la veis, del último reducto de la tierra, sale en la busca de su felicidad. Pero su marcha, no es una marcha pacífica, todo lo contrario, por pura dialéctica, toda ella va jalonada de gestas beligerantes. Sigue un ritmo de evolución forzosa, destruyendo, (negando) construyendo, (afirmando) negando su afirmación y afirmando de nuevo, en síntesis, evolucionando siempre.

“El sistema de Gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de **felicidad posible**, mayor suma de **seguridad social**, y mayor suma de estabilidad política, dice también, como para afirmar sus palabras sentenciosas: “No detengamos la marcha de la humanidad”. Y, luego, “Necesitamos de la **igualdad** para refundir, digámoslo así, en un todo, **la especie de los hombres**”. — “**Que los hombres nacen todos con derechos iguales a los bienes de la sociedad**, está sancionado por la pluralidad de los sabios”. — “Las leyes corrigen estas diferencias (entre los hombres) porque colocan al individuo en la sociedad, para que la educación, la industria, las artes, los servicios, las virtudes le **den una igualdad** propiamente llamada **política y social**”. — “La educación popular debe ser el cuidado primogénito del amor paternal del Gobierno”.

Y así, cuánto se podría espigar en las ideas de Bolívar, para desentrañar su contenido intrínsecamente social, a través de una interpretación dialéctica de las mismas!

Ved, pues, cómo estos pensamientos del Libertador adquieren beligerancia de actualidad, y cómo armonizan con los ideales sociales que propugna la humanidad contemporánea. Bolívar, el que todo lo dió para beneficio de las colectividades americanas —él mismo se transfundía en el espíritu de todos y cada uno de los hombres que en distinta forma dominaba y dirigía— a través de sus grandes palabras —que aquí caben en mayúsculas— LIBERTAD, IGUALDAD, UNION, sintetizadoras de las proyecciones cósmicas de su ideal político, que es ideal social, encarna la personalidad de los nuevos apóstoles de la nueva civilización, aunque la ortodoxia bolivarista no lo crea.

Todo en Bolívar acusa su amor a la humanidad. Cuánto hace, cuánto es, cuánto alcanza es para su mundo, para la colectividad, para las masas irredentas. A quienes ha manumitido es a los esclavos, principiando por los de su propiedad: "imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la república, exclama. A quienes ha libertado, es a las masas expoliadas.

El hombre que con genialidad intuitiva, ya en los trances últimos de su muerte, se envolvía en el sudario de estas palabras: "Ojalá que yo pudiera llevar conmigo el consuelo de que permanezcan unidos", que como entonces aun hoy entrañan un mandato, bien podía exclamar: "proletarios de todos los países, unios."

MARIA LUISA CALLE

EL LIBRO Y SU GESTION ESPIRITUAL

Conferencia pronunciada en el Salón Máximo de la Universidad Central, con motivo de la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano.

Con la infinita emoción del que penetra en un santuario de Arte; con la agobiadora gravedad del que se encuentra ante un monumento de belleza, símbolo armonioso del pensamiento creador, el que luego ha de recibir el beso de las generaciones por venir, hoy llego aquí a deshojar la insuficiencia de mi palabra, al prestigioso amparo de aquella falange intelectual ecuatoriana, de aquel selecto grupo juvenil que nada sabe de odio ni de egoísmo, y a quien elevo mi ardiente aplauso por su triunfo en esta cruzada de amor y de ensueño; por el milagro de haber trazado nuevas obras para nuestro arte; de haber penetrado por los senderos de las tinieblas, y después de salvar mil puertas, adormeciéndose un instante en visitadas estancias, ha sabido llegar a la definitiva, a la guardadora tenaz de la Gloria inmortal, al mismo corazón sagrado de la humana tierra, al que, leve y tenue, han tomádole en sus manos ebrias de fatiga literaria para presentarlo en este festival como la **Obra Unica**, hecha de todo lo vivo, plena de refinadas esencias y de incontables gérmenes....

Oh divina plenitud la del libro. Divina plenitud del anhelo creador que, con su belleza concentrada, posee el sortilegio de turbar a las multitudes como si fuese un cáliz en el que hubiesen vertido la sangre de sus venas. Dáviva de piadosa comprensión, en el fondo exenta de vanidad; flor que parece crezda sin ningún interés para nuestra ansia de perfección... Libros, libros a lo largo de nuestra sed... Patética primavera de libros en el invierno de la soledad, conmovedora unión del célibe con esa belleza pura de los libros; continuo y fiel amor que nos acaricia de niños y nos estremece cuando viejos.... Caperucita roja... La lámpara de Aladino... Libros en el aire, tan pavorosos en el manuscrito igual que si lo estuviesen en los más caros sueños...

Vedlos... Aquí se alzan ya como un bosque que nos cobija y cuya fronda sentimos en torno nuestro. Es ya un panal inmenso en el que, acaso, para nosotros hay álveos ignorados aún... Y es, sobre todo, una realidad que crece y crece.... Pues, al conjuro de nuestra cita, a la que con gentileza y brillantez han acudido también lejanos pueblos, en su afán de fraternidad, vemos darse aquí la mano a la ciencia y a la literatura, a la filosofía y al arte. Novelas proletarias de realidades sangrantes, poemas altísimos y sutiles. Ensayos de avanzada ideología. Crítica, filología, ciencia periodística, contornos de la moderna biología, sociología, política, etc., concentración del más acabado concepto humano en la presente hora....



Hablar del libro y su influencia. Y qué...? Se concibe la existencia sin el aire, sin el agua y sin el amor...? Se puede traducir fielmente a la expresión esa maravillosa, compleja y varia vida, aquella incontrastable fuerza ígnea que domina a la materia y al espíritu...? Nada más imperativo que el libro en el alma de cada ser y en el de las multitudes. Su función es constructora y destructora. A veces, sobre cimientos vencidos, levanta edificios destinados, en breve, a ser demolidos. Además, por otra parte, resulta faena imposible recoger, cabe la pobre memoria, el infinito universo de nombres y figuras, de pueblos y de épocas que prestigian a la misma gloria. Por-

que el alma toda de los pueblos vive en sus grandes escritores, como el alma de las selvas vive en las aguas caudalosas que las fecundan....

A la vera del recuerdo, torcedor del tiempo y la distancia, vemos sí surgir a nuestra evocación a la honda y misteriosa India, a la India de Rabindranath Tagore, ofreciendo su vino hechizado a los sedientos labios de las civilizaciones; a la Grecia sabia y perfumada; a Italia, señora del arte, la de viejos fragorosos de las águilas dantescas, tendiendo al mundo sus manos ricas de renovaciones; a Alemania la fuerte y profunda, desentrañando con Goethe y Keiserling los siglos de la ciencia y del vivir; a Francia la sutil y espiritualísima, asombrando a los siglos con la realeza de su cerebro creador, plasmado en Voltaire y Víctor Hugo; a España la castellana, la del romance y del Quijote, de aquel Quijote enderezador de entuertos y germinador de buenas almas, símbolo de nuestra infinita necesidad; a Rusia, la de Dostoiewsky y Alejandra Kollantay, tallando en páginas de granito la nueva ética de su organización social; y a la América nuestra, a la América de Sarmiento y de Bolívar, de Darío y de Montalvo, a la América indo-andina, tan quijotesca y esforzada, henchida de alboradas, plena de frutos en flor y apta siempre a verter su sangre criolla en ébanos votivos.... De Cervantes a Montalvo, del Quijote a los Siete Tratados, la historia se ha encargado de prender una guirnalda de idealismos perfectos y humanos. Pues, apóstoles los dos por temperamento, por visión y por su medio de vida, predicaron la fraternidad entre los hombres, la dignidad social, el respeto a las libertades públicas y la tolerancia como base de equidad. Ideas y enseñanzas escasamente meditadas tanto ayer como hoy; tanto allá como aquí....

Y así, sólo diré de la esencia de su esencia. Diré que hay el libro forzador de revoluciones; el libro luz y guía de las multitudes; el que derroca tiranías; el evocador de tiempos idos; el que hunde en la abyección al descubrir miserias ignoradas; el que pone de pie a naciones muertas; el que nos libra del fantasma de la melancolía y de la duda; el que nos hace llorar con su dolor o gritar con su pasión, tornándonos ascéticos o despertándonos a la fe; el que exhibe mundos inexplorados; el que eleva altares a ídolos nuevos. Sabemos del libro que olvidado por el egoísmo y hundido por el polvo de los

siglos, se levanta un día para estremecer a la humanidad. Existe el libro donde palpita el porvenir y se halla la metamorfosis de los seres. El libro "documento humano" que vive eterno y eficaz en el espíritu de todas las generaciones. El libro del que no se puede intuir la sensación que producirá mañana en el alma de los hombres que vendrán. Libros hay que ondean como una bandera de redención, grabando una línea en la frente del Tiempo. El que salva del olvido a un pueblo y consagra su libertad. El que multiplica los escudos del avaro. El que brinda caricias de amor y de paz tanto al pobre leñador como al poderoso príncipe. El libro claro, diáfano, reposado, cual la superficie tersa de una fuente. Aquél que es un sueño nacido de otro sueño. . . . Mas, hay un diferente género de libros. Libros todo acción y energías, que son creadores de caracteres, sembradores de esperanzas, artífices de voluntad, y que tornando con fuerza dominadora a una o más civilizaciones, las funde en diamante y acero para exhibirlas así a través de la historia del mundo, haciendo infinita y suprema la inmortalidad del libro. . . .



Cuán intenso es el poder del libro en el orden moral. Es el mejor instrumento de reforma individual y colectivo. Ya en la escuela, plasmando hombres para el mañana de la patria o sea en las sucesivas etapas del vivir y en los diferentes medios de acción. Ora en la política como base científica y fundamental; ora en la religión, cual una fuente de sabiduría y de piedad; y, sobre todo, en el periodismo, empapando sus páginas de altas, amplias y nobles doctrinas, factores principales para su poder de orientación, propaganda y guía de conciencias y de pueblos. . . . Este, igual que el libro, debe aspirar a levantarse por encima de las corrientes populares a semejanza del faro que, dominando, ilumina. Y no precisamente por lo que atesore de saber y convicciones, si no por su acumulo de sentimiento; no por sus lógicas, si no por lo que emociona; no por su claridad de luz, si no por su hondura de vida, de amor y de fe. . . .

Para que la virtud del libro resida eternamente en el alma universal, luego de haber silenciado el artista, debe tener caracteres de resonancia atronadora, hacer oír el eco de su voz,

como la del rayo después que éste se ha hundido en el corazón de la montaña. Una obra se torna en locura, en fervor, en redención, cuando el artista la lanza a todos los aires del vivir, vistiendo a la Idea de cuanto más grande, hermoso y verdadero hay, ungida de personalidad para así producir emoción estética. Entonces aquella obra entraña arte libertado y libertador. Arte con alas para volar y hacernos volar sobre las altas cimas del pensamiento y del ensueño. Una doctrina nueva tiene que ser el verbo de Dios hecha carne, ya que a ella se le ha impregnado de esa íntima inquietud espiritual necesaria para la consagración de su valor. Y si se anhela hacerla definitiva, preciso es, entonces, trazarla a imagen y semejanza de su ambiente, de su paisaje, de sus tierras, y darse todo a ese arte con bravura y unción, sacrificando nuestros ojos para que ella mire con eterna mirada; despojándonos de profanos harapos para que nuestra obra se orne de una veste infinita. Toda grande obra se erige en apostolado de verdad. Y hay que saber aprovechar de sus lecciones, sea en el libro forjado con caracteres de plomo o extrayéndolas de esa otra gran obra, maestra de maestras, que se llama Vida. . . . Hay que irse sin timideces, desafiando laúdes y anatemas. Pues, una conciencia artística si quiere afirmarse de veras, tiene que saber arraigarse en realidades, florecer en cenáculos y coronarse aun cuando sea en forma muy suave, despertando mil ternuras en el corazón de la mujer o grabando significativos ideales en el alma de la niñez. Debe deleitarse de prender en otros, de hacerse prolífico por la intención de amor que es todo arte, logrando su transcendencia final en una suerte de religión. Y avanzar sin miedo a la soledad para poder adquirir unos dedos divinos que restañen las heridas de belleza que desgarran nuestro pecho.

Hermanar ideales, armonizar razas, acercar pueblos, es el sustancial deber del libro. Servir al Derecho, a la Ciencia y al Arte es el más noble objeto del escritor que se titula **Hombre Libre**, comprendiendo que la libertad es un sentimiento de selección y que sólo las grandes almas son libres. . . .

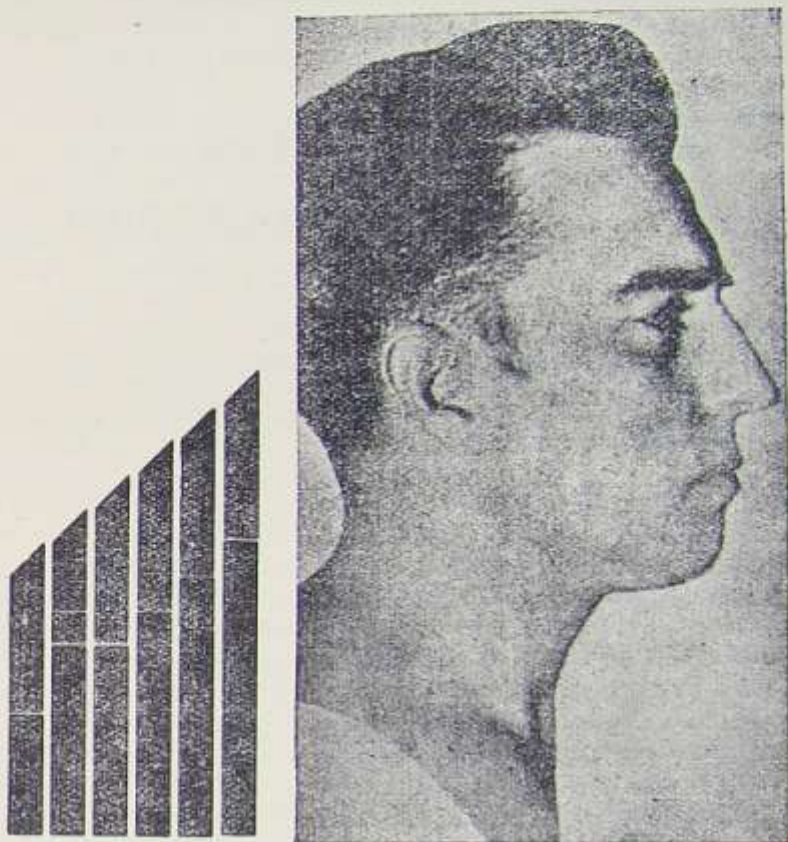
Con intensa satisfacción y orgullo creemos que, en este sentido y en el actual momento, el Ecuador para la vana gloria algo ha producido. Algo, ya que sólo de tarde en tarde nos es dable saborear cual un buen trago de vino generoso la esquisitez de algún libro en el que se ha volcado nuestro espíritu

genuino, ansioso de nuevos horizontes y de altas reparaciones. Y no porque sea escasa la producción literaria ecuatoriana, que quizá es más preparada, extensa y visionaria que la de otros centros, sino, desgraciadamente, porque viviendo minuto tras minuto al margen de la política, el Estado jamás ha dispuesto de tiempo para prestar su ayuda a la juventud que triunfa en el mundo de las letras, ni en forma moral menos de manera material. Ya sabemos que el artista, casi siempre, sólo es rico de su ciencia y de su fantasía. Así mismo, al contrario de otros países, tampoco contamos con Mecenas ilustrados y generosos ni con casas editoras desinteresadas, comprensivas y amantes del prestigio cultural de su pueblo.... Para el arte íntimo sin argumento ni historia, para el arte que está empapado de sollozos callados acaso, sí, ha estremecido largamente su inmenso corazón.... Y eso, basta....!

ALBERTO

GUILLEN

Hace pocos meses, en Arequipa, dejó de existir el poeta Alberto Guillén, nuestro compañero y representante de "América" en el Perú. Guillén llegó a nosotros en la segunda etapa de su labor poética. Cuando dejaba en el anaquel adolescente sus primeros libros de yoísmo y muestra propia, espontánea, lírica, del laurel. Cuando ya se olvidó de repulir el soneto breve de "Deucalión", cuando "La Imitación de nuestro señor yo", moceril oposición a la paciencia del Kempis, era sustituida por sus versos anchos, figurativos, de entraña criolla, de Arequipa. Cuando ya no quería encender nueva lámpara de Diógenes, para reflejar irónicas luces en los rostros literarios. Guillén había subrayado su nombre con luz firme. Y hacia él iban simpatías múltiples y cordiales, enaltecidas voces. Era uno de los adelantados en la literatura de América. Vivía en actitud cotidiana de trabajo. Entregado a su labor empenchada de lirismo que, ya descendida de la nube azul, se disciplinaba en nuevos libros, más seguros y supervividores. Así se formaban los cantos de su "Arequipa", en odas nuevas y en narración americana-india matizada de su original subjetivismo que en él fué de propiedad y de índole. Hace breve tiempo nos dio su "Cancionero", toda una antología de sus poemas escritos en la más pura y atractiva pauta folklórica. Y los volúmenes futuros estaban formándose o aguardando la prensa. Su antigua devoción parábólica se resolvía en "Abel contra Caín" que publicará una editorial argentina y con su gran cariño por las letras de nuestro Continente, terminaba su "Antología de la Nueva Poesía de América". Siempre destacará Guillén su valor cuando haya de tratarse de la poesía americana y sus libros estarán señalando los arribos de su fértil camino. Al dar a conocer los dos últimos poemas del compañero, enviados por él en vísperas de su viaje frustrado al Ecuador, frustrado por la muerte, dejamos en el recuerdo del poeta la más ancha voluntad de nuestra afección.



ALBERTO
GUILLEN

ANTONIO MONTALVO

MIRADOR BIBLIOGRAFICO

ETZA

(O el alma de la raza jivara)

Alejandro Ojeda

Ed. Artes Gráficas—Quito—1935.

Explotadores ha habido de la selva americana, europeos en su mayoría, que, en todos los tiempos, han echado a volar por el mundo los más espúreos relatos sobre ella, fabricados con ingredientes ad-hoc, para abrumar de emoción exótica la sensibilidad extranjera, o para llenar su fantasía de visiones truculentas; y, sobre todo, para lograr fines puramente de especulación económica, a costa de la verdad americana, tendenciosa y estúpidamente disfrazada en sus creaciones neo-literarias.

Pero, frente a estos conatos de realización artística sobre la selva americana, han surgido también, reivindicadoras e irrecusables, nutridas de la propia savia americana, obras definitivas como la formidable de Rivera, *La Vorágine*, y, como la no menos grande y amarga de César Uribe Piedrahita, *Toa*, *Narraciones de Caucherica*, colombianas ambas, en las cuales la verdad de la selva, en su concepción total, ha sido dicha con un cálido lirismo realista y pictoricista en la una, con profundo sentido de realismo humano en la otra.

Ahora, ha correspondido a un ecuatoriano la revelación literaria de una parte de la selva amazónica, en lo que pertenece al Ecuador. *Etse* es la novela, y es su autor el poeta y escritor don Alejandro Ojeda.

El autor de esta obra, gran conocedor de la región oriental ecuatoriana, por haber ejercido en diferentes ocasiones cargos administrativos en ella, y por haber convivido en medio de la naturaleza selvática, con sus conglomerados humanos vernaculares, ha penetrado, como pocos, tanto en

bitantes, los jívaros en el presente caso, cuyos tipos representativos son en la novela, sus héroes autóctonos y auténticos, pues que se los contempla a través de ésta, accionar en toda su realidad vital, es decir, en el realismo de su vida primitiva, conmovedora por lo que tiene de salvaje, de irreductible y rebelde a toda acción civilizadora, movida inexorablemente entre las fuerzas instintivas del amor y la guerra.

Aunque no creamos del todo en el fantástico dramatismo de la novela, ella encierra en sus páginas, y en medio de un deleitable descriptismo pictórico, en el que triunfa el don poético de su autor, una documentación de valor muy apreciable en cuanto se concreta a revelar los conocimientos geográficos y en cuanto revela, también, la vida de una raza interesante por su misma estructuración antropológica, por la cual, el señor Ojeda, con honesto sentido social, enciende su grito de salvación.

Entre las obras que han tratado de descubrirnos la selva y sus elementos humanos, esta sobre los jívaros, será, en la literatura ecuatoriana y entre las demás de su género, una de las mejores y valiosas, por su originalidad y por la verdad exenta de arrequives sospechosos con que ha sido elaborada.

LA IMPRENTA EN EL ECUADOR

Carlos E. Sánchez
Quito—Ecuador

El autor de esta obra, señor Carlos E. Sánchez, es un culto y laborioso profesional de las artes tipográficas que ha dedicado horas de paciente investigación para llevar a cabo la publicación de su libro *La Imprenta en el Ecuador*, llamado a prestar grandes beneficios al conocimiento del desarrollo de las artes gráficas y tipográficas en nuestro país.

El libro, que asomó como un homenaje a la celebración del cuarto centenario de la fundación española de Quito, contiene en su prólogo una cálida exaltación del sentimiento clasista, y cumple con su objetivo de ser una guía de la evolución del arte de Gutenberg, —cuyos rasgos biográficos, así como de los otros inventores que le sucedieron, Koenig, Mergenthaler, se consignan—, desde que los jesuitas Tomás Nieto Polo del Aguila y José María Magueri, por el año 1750, trajeron la primera imprenta que funcionó en el Ecuador, instalándola en la ciudad de Ambato, no sin antes trazar un breve itinerario del funcionamiento y desarrollo de la imprenta tanto en Europa como en las naciones americanas.

La Imprenta en el Ecuador, por los originales estudios que contiene relacionados íntimamente con la emisión y evolución del pensamiento es-

crito en el Ecuador, y de sus organismos periodísticos, constituye una de las buenas y seguras fuentes de información y estudio que se ha publicado en los últimos tiempos, pues, el libro, fuera de contener capítulos de exacta veracidad histórica, abarca un análisis más o menos completo del desenvolvimiento y progreso de la imprenta en Quito, como en las demás provincias ecuatorianas. Capítulos como los que tratan sobre las tipografías en la Capital del Ecuador, la introducción y desarrollo de la máquina de linotipo, los progresos de la Imprenta Nacional, las empresas periodísticas, remembranzas del periodismo de antaño, etc., completan la importancia de esta obra que se recomienda por su propio contenido, por el entusiasmo y cuidado con que ha sido elaborada, y por haber sido escrita por un obrero cuya conciencia clasista le ha llevado a estimular prácticamente la actitud profesional.

LA PONGA

Cuentos Regionales

Nicolás Rubio Vázquez

Ambato—Ecuador

Con Nicolás Rubio Vázquez y Alfredo Martínez, hace algo más de dos lustros, rompimos, en nuestra ciudad natal, Ambato, los primeros fuegos en las trincheras literarias y periodísticas. A raíz de esto, separadas nuestras rutas, hemos seguido cuidadosamente y con entusiasmo la trayectoria literaria del compañero que ha ejercitado con ventaja y alternamente sus buenas cualidades de literato, periodista y crítico. Hoy vemos derivar su inquietud intelectual hacia el cultivo del cuento. En el opúsculo que tenemos —*La Ponga*— ha recogido algunos, publicados ya e inéditos otros.

Ningún campo como el folklórico, entre nosotros, tan propicio y tan rico de contenido, para la creación artística. Todo está en él intocado, esperando la mano del artista que quiera dar realidad a sus existencia silvestre. Pero dar realidad en el sentido fundamental del arte. Y el sentido fundamental del arte, no es ya puramente el naturista, el poético, el descriptivo, el psicológico, sino uno que afronta, en síntesis, el estudio totalitario del hombre —el animal vertical de Gorki— en sus relaciones con la naturaleza y con los hombres; y las relaciones del hombre con la naturaleza y con los demás hombres, ya no son relaciones contemplativas, abstractas, metafísicas; son relaciones concretas que arraigan en hechos condicionados a principios y causas sociológicas, determinados, a su vez, innegablemente, por la evolución de la economía. Y el artista moderno, pues, si quiere actuar dentro de las exigencias de su tiempo y no esporá-

dicamente, ha de ser necesariamente un intérprete y un realizador de estas realidades. Más que un pintor, más que un relatista, más que un descriptivista, ha de ser un creador del realismo en su significación trascendental, sin equivocarse lo paramental con lo esencial, es decir en la significación que tienen los hechos en la realidad histórica de su acontecer.

Estos cuentos regionales de Nicolás Rubio Vásquez, extraídos como decimos de la mina folklórica, no llegan a realizarse en el sentido indicado, aunque en el fondo tienen intención social, velados por cierta emoción lírica, ensombrecidos por una frondosidad descriptiva que resta realidad a su dramatización y que hace esfumarse a sus personajes. *La Ponga*, cuento que da el título al opúsculo, es el más original y mejor logrado. La actuación de sus personajes es más viva. El trasplante de los quichuismos —con sus equivalentes castellanos— y ciertas formas dialectales están hábilmente empleados. Sin embargo, parece falseado su final. La ponga —"india joven, que antes de casarse, queda al servicio del cura, para aprender la doctrina cristiana y menesteres domésticos"— realiza una huida demasiado poética para ser real. Es más presumible que ésta, cautiva entre dos voracidades sexuales, la del amo, su dueño económico, y la del cura su amo espiritual, se rinda vencida por su propia impotencia.

Dadas las altas cualidades de Nicolás Rubio Vásquez, su fino don de observación y, también, la riqueza de su realidad ambiental, esperamos de él la obra de aliento que confirme sus posibilidades.

EL TIEMPO MANUAL

Jorge Carrera Andrade

Pen Colección—Madrid.

"Si consideramos el nivel de nuestra poesía, vemos que nos hemos quedado muy rezagados, que en la vía histórica de la nueva cultura poética, no hemos andado más que los primeros pasos. En comparación con el contenido gigantesco de nuestra vida, el contenido de nuestra poesía no se ha elevado aún al nivel de la comprensión del sentido de nuestra época". Si esto dice el escritor soviético N. I. Bujarin, respecto de su realidad rusa que ha vencido etapas formidables de la revolución social, ¿qué se podría decir de América, cuando ésta, a pesar de su irrecusable actitud beligerante y la constatación de la lucha entre las fuerzas reaccionarias y renovadoras, sólo se halla en los prodromos de su nueva expresión política y literaria? Tal vez una sola manifestación artística, la de la novela, alcanza alguna preponderancia, y esto en determinadas regiones geográfico-sociales; pero, la lírica sigue nutriéndose de todos los "ismos" intrascendentes. Apenas

si existan unos pocos casos de excepción, y entre ellos el más señero, sea el de Magda Portal, alto ejemplo de reciedumbre lírica, de virilidad artística, es decir, con paradoja y todo, de conciencia revolucionaria.

Sentamos este precedente no para hacer un descubrimiento, más bien una constatación. El re-encuentro de un poeta —que impregnó a su obra, continentalmente reconocida, de suma originalidad— con los apremios de la estética actual. Y, decimos re-encuentro, porque aquí, en su Ecuador “pintado de dos climas, de arrieros y agricultores”, en los inicios de la irrupción socialista, vimos a Jorge Carrera Andrade actuando tanto en las barricadas del pensamiento, como en las reales de la política. De aquí que no llame la atención de quien lea los versos de *Tiempo Manual*, su último libro, el contenido social de éste.

Los “Poemas de Pasado Mañana”, que en verdad son de hoy mismo, por su actualidad, aunque no contengan los ingredientes de una beligerancia activa, reflejan una emoción poética extraída de una verdad social universalizada, en la que sus elementos accionantes, ya no son las entidades metafísicas o abstractas, o las cuestiones individualistas, sino, el trabajo, con sus fuerzas motoras: la máquina y el hombre, el hombre supeditado a la máquina, el hombre actual, el de las hambres y sedes de justicia, el de las huelgas y proclamas, que enarbola su grito de rebelión en todas las latitudes del mundo.

¿Qué decir de las excelencias artísticas de Jorge Carrera Andrade? Este libro, como los otros suyos, tiene el sello de su estilo poético que se resuelve en la realización de un metafórisimo iluminado de imágenes precisas y preciosas. Y, nadie como él, —constatador de vivas realidades sociales y artísticas, erguido en una atalaya dominadora de panoramas universales— en estos momentos, para encauzar la lírica americana por las rutas por donde él mismo, de nuevo, principia a caminar.

ESTUDIOS DE LITERATURA

CASTELLANA

El Siglo de Oro

Isaac J. Barrera

Ed. Ecuatoriana—Quito—1935.

Esta es otra de las obras que completan el curso de Historia de la Literatura Hispanoamericana, que durante el período lectivo de 1933-1934, dictara en la Universidad Central de esta Capital, el catedrático y académico don Isaac J. Barrera.

Inútil decir que este tomo, como el anterior, está lleno de un interés

intercontinental, por tratarse de una historia que por igual preocupa a España y América. Y decimos preocupa, porque siempre revestirá la mayor actualidad la revisión o el repaso por un ciclo de cultura, por más conocido que este sea, máxime cuando, como en el caso presente, la obra del profesor Barrera, ha afrontado con acierto y originalidad la incursión histórica, abriéndonos un rico panorama de observación y de reconocimiento. Y, tal es el nuevo sentido didáctico, su penetrante don de comprobación histórica, la fuerte nervadura crítica de este libro, que todo ello hace que con profundo entusiasmo se siga su desarrollo.

El siglo de oro español —la edad de oro, mejor, como apunta el profesor Barrera—, ya que corresponde a los siglos XVI y XVII, abarca una época histórica en la que tanto la realidad literaria como la política, alcanzan la mayor culminación en la península, se halla estudiado en este tomo bajo un enjuiciamiento conjunto, al que afloran los diversos factores históricos en sus más señeras manifestaciones, cuáles son el romance castellano, la lírica, la poesía épica, la novela, la novela picaresca, el teatro, etc., de cuya confrontación surgen las obras y los autores representativos, sin eludir los característicos trazos biográficos de éstos, y sin dejar de verter, tampoco, en la apreciación de aquellas, el sagaz sentido crítico que reviste de tanta novedad y actualidad el repaso por el dorado siglo de la literatura española.

La obra del profesor Barrera, como un valioso aporte didáctico, como un texto de estudio que es, y en el que, sin embargo, se encuentran las personales cualidades de su autor, su estilo y enjuiciamiento crítico de los fenómenos literarios, justamente ubicados en el tiempo y en el medio históricos en los que se desarrollaron, llena más de un vacío en las letras nacionales, tanto más si se considera que para las generaciones presentes y futuras, la revisión histórica sólo podrá ser contemplada en forma que la profundidad y lo esencial concurren en obras de asimilación sintética, como es esta interesantísima que encierra los estudios de literatura castellana.

PARA MATAR EL GUSANO

José Rafael Bustamante

Ed. Fernández—Quito.

Publicada a los veinte años de haber sido escrita esta novela de don José Rafael Bustamante, nos da hoy la impresión de ser ella una magnífica novela de re-creación ambiental, ya que, su acción se remonta, a los últimos momentos del siglo pasado y a los primeros del presente, tiempos en los

cuales, coetáneamente, y sirviéndole de fondo a la dramatización de la novela, se desarrollan también ciertos hechos histórico-políticos, que habrán de cambiar el rumbo de la vida ecuatoriana.

Al decir que "Para Matar el Gusano" es una obra de re-creación ambiental, no queremos significar que en los momentos actuales —en que los conceptos del arte adquieren nuevas dimensiones y valoraciones y se estructuran sobre nuevas condiciones políticas y económicas—, carezca de valores artísticos que la hagan aparecer como inactual. Todo lo contrario. La novela de don José Rafael Bustamante, es una gran obra documental a la que con gran emoción retrospectiva hay que ir, precisamente ahora, para realizar la confrontación necesaria a fin de establecer las diferencias que existen estética y temporalmente entre las ideas o ideales que en determinadas épocas agitan a determinados grupos sociales. Porque, un argumento eterno y de valores ecuménicos, un gran argumento que, históricamente ya, viene cambiando de perspectiva, según el punto de contemplación filosófica del que se mire, es el que anima la vida de esta novela. Y este argumento no es otro sino el que corresponde al hombre frente a la vida, es decir, frente a sus problemas, siempre irresolubles, cuando, como en el caso del personaje-actor de "Para Matar el Gusano", que en suma es también la actitud del hombre actual, se los afronta y contempla como una fuerza extraña a toda posibilidad humana, como un designio divino, o, cuando más, como una maldición, a la que, en el mayor de los casos hay que sucumbir irremediablemente, como pasa en el dramatismo doloroso de esta novela. Porque en "Para Matar al Gusano" se vuelve a plantear la actitud del hombre lobo del hombre, que en la novela se resuelve en la actitud del rico frente y contra la actitud del pobre. Y es aquí en estas dos posiciones humanas diferenciadas sólo económicamente en donde radica lo verdadero documental y sugerido de la novela, ya que las dos posiciones antagónicas de los dos personajes, Jorge y Roberto, intrínsecamente confrontan una verdad real, que es en suma una realidad económica, exaltadora y negadora, respectivamente, de sus valores humanos. Un argumento, en fin, del más verídico contenido revolucionario, tratado, como no podía ser de otra manera bajo las normas estéticas que se imponían en la época en que la novela fue escrita.

Fuera de esto, otras virtudes artísticas tiene la novela de don José Rafael Bustamante que bastarían para calificarla como una de las iniciales y admirables obras de la novelística ecuatoriana. Nos hemos deleitado constatando el vigoroso poder descriptivista de su autor, que lo destacan, a la vez, como un pintor paisajista de cuyas manos salen los paisajes tan vivos y exactos, de manera que ellos quedan impresos en la retina para siempre; las notas costumbristas arrancadas del más auténtico filón folklórico están

consignadas en las páginas de "Para Matar el Gusano" con una profunda emoción realista; y, en el retratista pintor de figuras humanas, femeninas sobre todo, una reminiscencia hemos encontrado del plástico hedonismo montalvino, junto a las severas pulcritudes clásicas de su estilo personal.

Otras novelas coetáneas a esta que comentamos, sabemos guarda inéditas don José Rafael Bustamante. La obra hecha que se debe a otros tiempos —aunque a veces, muchas veces, quizás, se escribe para el futuro— a otras modalidades artísticas, en nada amenguarían—, por el contrario serían una afirmación— el prestigio intelectual ni el vuelo del pensamiento del "sembrador de ideas", que le llamó Barrera, encumbrado hoy día, a los más altos espacios de la especulación filosófica.

EN LAS CALLES

Jorge Icaza

Quito - Ecuador

Evidenciada la existencia, aquí en el Ecuador, de un movimiento que trata de transformar el viejo orden económico-político-social, no es posible que se ignoren deliberadamente las realizaciones parciales o totales de tal movimiento, ni que se ignore tampoco las proyecciones que éste imprime, como fenómeno transformador que es, es decir revolucionario, en el proceso del arte, cuyo nuevo concepto, como el de la política y el de la economía, se sustenta en ideas que confrontan anhelos y necesidades colectivas. Ni, peor, es posible que los partidarios de los viejos cánones artístico-políticos, quieran negar la existencia de este nuevo fenómeno social, reflejado en una de sus más evidentes manifestaciones cual es la literatura. Para éstos, las nuevas corrientes artísticas y sus creaciones, que chocan radicalmente con sus conceptos, carecen tácitamente de valor. De aquí que juzgar una obra de la literatura actual renovadora, con los principios críticos y gustos antiguos, sea un absurdo que lleva implícito toda condenatoria. Los conceptos del arte como los de la política se hallan escindidos, y más que esto, determinados, y más aún, en pugna, en estado de beligerancia, en virtud de este fenómeno histórico vivo, constatado patéticamente. De aquí también que, por haberse constatado la existencia de este fenómeno histórico, todos los reflejos o manifestaciones literarios o artísticos, sean o tengan que ser absolutamente reales, es decir basados en hechos reales, verdaderos, comprobables en la realidad. Por esto es que a esta nueva literatura se la llame realista.

Pero, ¿en qué consiste el realismo de esta nueva literatura? Como todo problema de arte, este del realismo literario actual, confrontaría, estético.—Fig. 8

camente, un dualismo, por lo menos de cuestiones. La cuestión del fondo y de la forma, o lo que es idéntico, la cuestión del contenido y del estilo; el motivo de las representaciones, de la "inspiración" artística y la técnica para su realización.

Y, así vemos que, resolviendo la primera de las cuestiones, los escritores modernos, con la responsabilidad de su actitud histórica, al considerar al hombre actual no ya en su simple valor individualista, sino en la apreciación de su personalidad total, como entidad integradora de la unidad social, han extraído de sus propios valores individuales una nueva jerarquía humana, cuyos atributos radican en la realidad misma de su ser. Y así vemos cómo las grandes masas de campesinos, de obreros, de trabajadores, que, en la vida son también los creadores de la historia y el destino de los pueblos, devienen, también en la literatura, —tales como son, complejos biosociológicos de afirmaciones y negaciones, oscilantes entre los polos de la economía y el sexo, los héroes de este nuevo proceso literario. Y, más aún, estos modernos escritores, efectuando agudos buceos en la psicología de las masas, encuentran en ellas los elementos dispersos del hombre actual, y lo devuelven íntegro, tipificado en las creaciones artísticas.

Al afrontar la segunda cuestión, los escritores tratan de resumir en un estilo sintético la técnica del realismo literario, yendo como ha ido Jorge Icaza en su novela —"En las Calles"— hasta los más insospechados reducidos de nuestro folk-lore, para extraer de él patéticamente, es decir verazmente, con una veracidad que duele de pura real, la grávida y abscondita emoción de un realismo social que en su obra, adquiere el tono de una epopeya.

Esta novela "En las Calles", de Icaza, premiada en un concurso literario, es pues, una de las mejores muestras típicas de la nueva literatura. Su contenido, sus personajes, su verdad política, los hechos sociales y la documentación histórica, tienen la patente de la más gráfica autenticidad. Y, lo que hay de tendenciosamente amargo, lo que hay de crudeza, de dolor, de irritante en ella, no es sino tomado de los acontecimientos cotidianos y reales de nuestra vida. No es esta una obra falsificadora de la verdad. Al contrario —y, con palabras de Gorki: "la imaginación crea lo que la realidad le inspira y no es la fantasía sin razón, aislada de la vida lo que obra, sino causas absolutamente reales", como que la realidad, añadimos nosotros, siempre está en potencia de superar, en hechos, las mismas posibilidades de la fantasía— toda ella es una emocionada y viva fotografía de un momento histórico nuestro, cuyo sentido revolucionario que radica en su misma estructuración política-económica-social, ha sido vertido sólo con fogosidad artística en sus páginas estremecidas de verdad. Ahora que esta verdad que lleva en sí un poder ambivalente de destrucción

y construcción, extraída de la vida misma, choque con ciertos prejuicios y convencionalismos establecidos, no quiere decir que ella no exista. No se puede esconder ni torcer la significación de los acontecimientos político-sociales, no se puede detener la marcha de las ideas, máxime cuando estas ideas son empujadas en conjunto por las multitudes que buscan los cauces de su propia superación.

Los once cuadros de esta novela de Icaza, que técnicamente supera a "Huasipungo", por su mejor estructuración artística y la riqueza de su contenido, forman la más flagrante y rotunda documentación estética —y hay que acordarse en este punto que la novela es, a veces, la que logra guardar la verdadera y auténtica historia de los pueblos— de un momento histórico de la vida ecuatoriana, vivido y tipificado con un seguro sentido dialéctico por un joven escritor de la nueva generación.

BIOGRAFIA DEL DICTADOR

GARCIA MORENO

Roberto Agramonte

Ed. Cultura-S. A.—La Habana—

Cuba—1935

El escritor don Félix Lizaso, en un reciente y sugestivo estudio —que publica "El Libro y el Pueblo", Nos. 2 y 3, de noviembre y diciembre, 1935— sobre la biografía, entre justísimas explicaciones que da para determinar el auge que en la actualidad ha tomado este género literario, explicaciones que contienen valiosos conceptos estéticos, consigna la de que la preponderancia por la biografía se deba: "al apasionamiento que las conquistas de la psicología moderna han determinado en el estudio de la personalidad"; palabras que concuerdan con las del autor de esta biografía de García Moreno, doctor Roberto Agramonte, cuando dice que: "en definitiva, sólo existe un modo de llegar a una aproximada certidumbre en la ciencia del hombre, que consiste en estudiar al hombre", confirmando así la sentencia antigua de *homo mensura*, aceptada también por Goethe, quien al asegurar que "nunca ha habido más que hombres, ni habrá más que hombres", no quiere significar sino que el hombre sólo interesa en cuanto hombre, es decir como entidad humana bio-psíquica, estudiada en las proyecciones de su personalidad total.

Y en esto es en lo que se diferencia la biografía moderna de la antigua, apologética, panegírica, exaltadora sólo de lo que en el hombre había de heroico, creadora de mitologías humanas, delicadora por esto, y susten-

tada, casi siempre, en un intrascendente contenido legendario. La moderna biografía evolucionada y revolucionaria, como fenómeno literario también sujeto a las transformaciones que determinan los nuevos conceptos artísticos, ha encontrado en la ciencia uno de sus más poderosos y decisivos instrumentos de realización. Así justifica el autor de la presente biografía, la utilización de la ciencia por la literatura actual: "Pretendo, dice, analizar la discutida personalidad de García Moreno, a la luz de la moderna ciencia psicológica; para ésta el hombre no es bueno ni malo, mejor ni peor, sino simplemente *es*; existe y pervive como una entidad biológica, como un sistema organizado de complejos, impulsos, instintos, constelaciones, engramas, emociones, ideaciones y tales que determinan formas ostensibles de comportamiento individual y social. La vida auténtica de los grandes hombres es una entidad clínica o no es."

Asistimos, pues, en esta original biografía escrita por un psicólogo que es a la vez un sociólogo y un artista —forzosa trinidad de cualidades que conforman al escritor moderno y lo tipifican— nada menos que a la disección psicológica del hombre que "con Rosas y el doctor Francia, constituye el tritico de las clásicas tiranías hispanoamericanas."

Es un viaje estremecido por las más fuertes emociones el que hacemos por los íntimos reductos del alma y la vida de García Moreno. Alternos aletazos de admiración, indignación y asombro golpean nuestro espíritu; pero no vamos solos en él, las manos cicerónicas del promotor de este viaje nos guían por las simas abismales, alumbrándonos con las luces científicas de Krestchmer, Bleuler, Bumke, Lombroso, Kraepelin, Freud, Adler, etc., quienes nos ayudan con la claridad de sus teorías a la explicación de los hechos y fenómenos biopsíquicos proyectados en el proceso histórico-político del que fue actor García Moreno, y a la explicación también del complejo dramatismo de su vida, gravitando inexorablemente hacia el polo de las negaciones absolutas.

Y no es que en la presente biografía, que por su calidad de científica, preponderantemente ejerce una justa función de análisis, se hayan agrupado con intención tendenciosa los hechos más condenatorios para el hombre y para el personaje histórico. Bien lo dice su autor que para la ciencia no hay entidades humanas buenas ni malas, mejores ni peores. Existen, y existen en la inmodificable estructuración de su propia antropología. Existen con la íntima conformación de su *ser*, labrado en las absconditas matrices de la naturaleza humana.

Qué hacer pues, si de este análisis, que es una forma de realismo científico, en cuanto aborda la verdad humana —*homo mensura*— la medida del hombre, bajo principios científicos autorizados, la íntima e íntegra estructura del personaje analizado, arroja abundantemente un gran saldo

negativo, confirmado, además, con sus propias acciones individuales, sociales, mentales y políticas?

¿Qué hacer, pues, si lo que había de genial en García Moreno, desde el inexcrutable germen de su ancestro mismo ya estaba condenado a la desviación? Con clarevidencia crítica, don Juan Montalvo, entre exclamaciones extraídas de su humanismo, le reconocía: "¡Qué hombre! Este sí, ¡qué hombre! Nacido para grande hombre, sin ese desvío lamentable de su naturaleza hacía el mal!"

Y, ¿qué hacer, también, si este balance en el cual se pesan las más íntimas composiciones de la naturaleza humana, si esta medida y prueba del hombre, arrojan tal saldo de experiencias que no pueden hallar asidero en la simpatía de las multitudes? Si, todo lo contrario al chocar contra su natural inclinación al bien, las hace reaccionar opuestamente?

Sin embargo, se intentará justificar la tiranía histórica de García Moreno y su caso clínico, con los vigentes en la actualidad mundial. Pero, —fuera de estar probado ya en la historia de todos los tiempos— ¿qué dejan, a su fin, las tiranías en beneficio de los pueblos? A lo más, densos abismos de sangre, de obscuridad, de abyección, de relajación colectiva, de la que poquitos espíritus se salvan. Una siniestra pesadilla de opresión y de muerte. A lo más un espejismo de progreso material, realizado más para halagar el deseo de perennidad y la empatía de los déspotas, y todo de un relativismo microscópico frente a los verdaderos hechos que condicionan la auténtica grandeza y civilización de los pueblos.

Aquí está, pues, en esta biografía hecha por el doctor Agramonte, en la integridad de su personalidad, García Moreno. En su integridad somática y psíquica. En la de su pensamiento y de su acción. En sus manifestaciones íntimas y externas. En lo individual y lo social; en sus hechos, en su obra y en la historia que él, omnímodamente hizo, a fuerza de flagelaciones, de grilletes y patíbulo. En toda la significación de su sér, con su actitud espectante y pavorosa, con su ética incógrua y sus raros momentos de armonización social, en los que su espíritu brillaba humanamente. En toda su grandeza negativa.

Cada vez que la ciencia, el arte, la sociología evolucionan, cada vez que nuevos fundamentos y principios surgen para aclarar la conciencia humana, se crean también nuevos procesos para la revisión de los fenómenos y personajes históricos, se reinician, desde nuevos y trascendentales puntos de vista, la revisión, el análisis de los valores humanos. La biografía moderna, ayudada con eficacia por la ciencia, cumple con este cometido.

Por esto que no llame la atención el advenimiento de esta nueva obra que se suma, con su riqueza y originalidad, a la bibliografía de García Moreno. Ella es un chorro de luz lúcida que cae, aclarando sus más ocultos

repliegues, sobre la figura del dictador ecuatoriano. Tal es la verdad, la serenidad y el equilibrio crítico, engastados en el exacto conocimiento histórico con los que está hecha la presente biografía.

Y, como obra de arte, sin romper las normas esenciales de la alta preceptiva moderna, antes bien utilizándolas y empleándolas, esta biografía lleva el sello de una auténtica originalidad, superadora de las de su género, y, para su héroe, ¿por qué no? immortalizadora.

VIDA DE JUAN MONTALVO

Oscar Efrén Reyes

Quito—Ecuador—1935.

Casi coetáneamente a la aparición de la biografía de García Moreno, escrita por el doctor Roberto Agramonte, en Cuba, acaba de salir de la prensa, también esta otra biografía de don Juan Montalvo, por el historiógrafo ecuatoriano Oscar Efrén Reyes; y es curiosa la coincidencia si se toma en cuenta que estos dos personajes que se destacan de diferente modo en una etapa de la vida ecuatoriana, son el anverso y el reverso de esa misma etapa histórica, por lo que, al referirse a ella, necesariamente surgirán siempre, pero contrapuestos, los nombres de García Moreno y de Montalvo.

Esta "Vida de Juan Montalvo", corresponde al tipo de la nueva biografía, que aquí, en el Ecuador iniciara, calurosamente aplaudido por la crítica, Augusto Arias, con su preciosista vida novelada de la beata Mariana de Jesús, confirmado más tarde, por él mismo, en la biografía del precursor Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo.

Don Juan Montalvo, un irrecusable valor humano histórico, a pesar de su biografía existente, no podía, por un momento, escapar al enfoque de esta nueva modalidad biográfica que tanto apasiona en la actualidad, necesario, desde luego, para el mejor conocimiento del hombre y su apreciación, puesto que se lo analiza y contempla desde otros puntos de vista, exigidos por los modernos conceptos artísticos —condicionados a los económicos y sociológicos— ignorados por los biógrafos de otra hora.

Ya en 1933, el inteligente Luis Alberto Sánchez en las páginas prolegales de un opúsculo sobre Montalvo, con su autorizado gusto crítico, clamaba por un nuevo Montalvo más auténtico y más humano, y decía: "Yo admiro profundamente a Montalvo y hasta tengo ideado "mi Montalvo", pero quisiera que nos lo dieran en toda su plenitud humana, con errores y aciertos, con violencias y ternuras, con amores y odios, con lujuria y con

templanza. En toda forma, pues, y todo ello orgánico, no como capítulos diversos de un libro en serie."

Aquí está, pues, esta nueva biografía de Montalvo, que, estamos seguros, llenará en gran parte los deseos del escritor peruano, que es a la vez uno de los caporales de la literatura y la política americana, y, también, calmará, por otro lado, las exigencias del arte ctual.

A don Juan Montalvo, —como a todos los prohombres de la historia americana— le hacía falta un descubrimiento de su vida, una incursión por su vida, y justamente por los caminos que el viejo sentido del arte, las viejas normas éficas de los escritores, sus prejuicios, los que imponían los rigores de otra civilización, impedían transitarlos, en libre contemplación de los paisajes del hombre. Si el hombre mismo, en la biografía antigua, no existía. Estaba oculto en el símbolo, en el héroe, en la mitología de éste, que, como mitología, apenas rozaba con la realidad y verdad humanas. La biografía moderna toma su punto de partida de la entidad puramente humana, y al analizarla, al estudiarla, al retratarla, al reconstruir su vida, ejercitando también una función realística, es decir, "una atrevida búsqueda de la verdad", que dice Maurois, llega a destacar lo que hay de excelencias, de superioridad, en esa entidad humana; o, lo contrario, según sea la estructura somática-psíquica del biografiado, reflejada, naturalmente, en su obra política o artística, en los hechos de su vida; biografía integradora, que no elude el fotografismo de todos los complejos bio-psíquicos, que condicionan la vida de los hombres históricos o inhistóricos; opuesta a lo que hacia la biografía antigua, exaltadora, creadora de jerarquías morales o heroicas, creadora de caracteres, en la que, al hombre, tendenciosamente se lo escondía, sin dejar que dé de sí los mejores ingredientes reales que hubieran confirmado su personalidad heroica.

Y esto es lo que ha hecho Oscar Efrén Reyes en su biografía. Descubrimos un Montalvo hombre. Un Montalvo cuya grandeza no oculta su personalidad íntima; sino que, de los mismos reductos íntimos de su personalidad humana, surte aquella, como no es posible que surta de otra manera, sino paradójica, en medio de sus contradicciones, de sus conflictos, de sus apremios fisiológicos y sus refinados gritos de superación espiritual, que en suma forjan la unidad totalitaria del hombre.

Y el Montalvo-hombre de esta biografía, en nada desintegra al otro, al que el mismo Montalvo se hizo sacándose de sí. Todo lo contrario, lo fortalece con su verdad humana, debatida sí entre los dos polos que sujetan la vida del hombre: la economía y el sexo, pero nunca empequeñecida por su realidad inmanente. El propio don Juan se conocía de este modo: "En mi vida privada no hallarán sino pasiones y de las pasiones reinas; desgracias, puede ser, delitos, vicios, infamias, no!"

Y, justamente, en este Montalvo íntimo, privado, no hallamos otra cosa, sino el tipo de un hombre superior, una gran excelencia humana, abañada por un sino contradictorio, —cuyas raíces nacían en su propia conformación antropológica (¿cómo podía armonizar con su época y con su medio el idealista puro? “Es un joven eterno que no sabe aprender nada de la vida, cuando esta no se ajusta a sus ideales, dice de él el doctor Agramonte) primero, y en el ambiente cultural y en las originales ideas filosófico-políticas que normaban los actos de su vida y la realización de su obra— frente a las conmovedoras paradojas de su generosidad, de su desprendimiento, de su nobleza de alma; frente también a sus conflictos económicos y sexuales, frente a sus pasiones, que no explican, en suma, sino la existencia de un raro espíritu genial, consumido incesantemente en el fuego interior de una ansia de superación tenaz.

En esencia, esta —de la biografía— es la vida de Montalvo, aunque algo más puede contarse de ella, para la reconstrucción del hombre. Ella está palpitante en esta biografía que no quiere “ser una apología continuada”, y que no lo es, porque la misión del biógrafo no es la de criticar la vida de su personaje, negándola o exaltándola, sino reconstruyéndola, según el consejo de Lytton Strachey que dice: “el biógrafo debe mantener su propia libertad de espíritu. No le incumben los cumplidos, su misión es mostrar desnudos los hechos del caso, según los comprende”. La vida de don Juan Montalvo está reconstruída con inteligente habilidad pictórica, en sus diferentes paisajes, armonizada, sujeta a un severo ritmo cronológico que nos la hace también vivir a nosotros en la emoción de su desenvolvimiento real, según otra fórmula del mismo Strachey, por la cual, “lo que da a la vida su interés novelesco es justamente la espera del porvenir, esto que cada día encontramos al borde de un abismo que es mañana, sin imaginar lo que encontraremos.”

Que Oscar Efrén Reyes ha sentido a su personaje, está muy claro. Pero, no en la forma que pudiera interpretarse —absurda como lo asegura Félix Lizaso— identificándose con él, es decir, situándose en medio de la simpatía o antipatía que emerge; sino, incrustándose en su personaje, para extraerlo del pasado, en toda su realidad humana, de modo que es esta misma realidad humana lo que atrae o repele, según han sido los actos de su vida; según se han proyectado en beneficio o en perjuicio de las colectividades; según ha sido el contenido de su obra: impulsada a favorecer el desarrollo de la humanidad y su cultura, o, a detenerla y soterrar sus naturales avances hacia su mejoramiento. Por lo que, esto de sentir el personaje no es sino colocarse en el justo medio desde el cual se pueda reconstruirlo con un amplio sentido de verdad, en una dimensión totalitaria que abarque los elementos de su grandeza y de su pequeñez humana.

Sin embargo, es posible aun aventurar unas preguntas —que no se contraponen en nada, desde luego, con el juicio que dejamos esbozado— ¿es esta toda la vida de Montalvo? ¿es este todo el dramatismo de su vida? ¿está en esta biografía todo el Montalvo-hombre? Porque tratándose de Montalvo quisiéramos saber sus más pequeños hechos. Quisiéramos saber más "cosas" del hombre, aunque la re-creación de estas "cosas" recargara, en el retrato, los toques de las líneas vulnerables. A pesar de que, volveremos a decir, aquí está, en conjunto y esencialmente la vida de Montalvo, sus hechos culminantes que lo retratan y definen. Pero algo más pudo haberse recogido de su anecdótico vivo —recordando que los detalles insignificantes entrañan, las más de las veces, hechos significativos— para la explicación de algunos rasgos de su conducta, de sus estados anímicos.

Hay lagunas en la vida de los grandes hombres, que, al menos documentalmente, no es posible llenarlas, máxime cuando estas lagunas corresponden a la vida íntima; y, la biografía moderna, precisamente, busca las intimidades de los hombres, el rastro de sus pensamientos más recónditos y de sus sentimientos más ocultos. Preciosos documentos íntimos de don Juan Montalvo han desaparecido de diferentes modos. Así algunos de ellos, valiosísimos por tener relación con ciertos amores de don Juan, se perdieron incinerados en las hogueras que el fanatismo clerical encendió en vida mismo del Cosmopolita para quemar al "hereje", impidiendo a los biógrafos penetrar en un precioso rincón de su vida, y la vida de sus sentimientos íntimos.

Con todo, fuera de sus muchos valores, hay que reconocer otros que se destacan en la presente biografía: el de suscitar un mayor afán de conocimiento por el hombre y, el de interesar inmediatamente por la obra del hombre; nuevos aspectos que la biografía antigua desconocía.

Otra biografía, de carácter científico-histórico, "Vida y Doctrinas de Montalvo", escrita por el doctor Roberto Agramonte, saldrá pronto a la publicidad en La Habana, que, con esta magnífica de Oscar Efrén Reyes, constituirá un clímax biográfico sobre la personalidad de don Juan Montalvo.

FUNDACION DEL CENTRO CULTURAL ECUATORIANO - ARGENTINO

La presencia en Quito del señor don Alberto M. Candiotti, Ministro Plenipotenciario ante la República del Ecuador, ha sido de grande provecho para acentuar la fraternidad e intensificar las relaciones espirituales con la República del Plata.

Desde su llegada a nuestra patria y habida cuenta del prestigio de escritor y hombre de pensamiento de que venía precedido el señor Candiotti, el Grupo América se acercó al nuevo Ministro y se sintió unido a él por los ideales hispanoamericanistas y de solidaridad continental, de que ya había dado pruebas manifiestas el señor Candiotti.

Después de algunas reuniones previas, que sin duda contribuyeron a una mejor comprensión y a un mayor acercamiento entre el señor Ministro y los miembros del Grupo América, el día 12 de febrero quedó constituido el *Centro Cultural Argentino*, mediante una ceremonia plena de sencillez y de sentido continentalista. Pues en aquella ocasión significó el señor Candiotti sus anhelos de que la fraternidad ecuatoriano-argentina que, desde muchos años atrás, habían sabido cultivar estos dos pueblos, se viese reforzada por la acción de los intelectuales, de los escritores, de los profesores y de los artistas por medio del conocimiento mutuo y de la interrelación frecuente.

Fueron designados Director y Secretario del Centro los señores César Carrera Andrade y Luis F. Torres, habiendo quedado aquel integrado por los miembros del Grupo América y otros elementos de prestancia intelectual.

El Centro Cultural Ecuatoriano Argentino viene a corresponder al que con análogos propósitos y especialmente con los de fomentar sus relaciones con los países de la Gran Colombia, se ha establecido en la Argentina, con el nombre de *Centro Cultural Argentino Colombiano Ecuatoriano Venezolano—ACEV—*, y cuyo Presidente es el ilustre americanista Manuel Ugarte.

El Centro CEA, como primer paso de su actividad, ha dirigido circulares, informando de su fundación, a varias instituciones y personalidades de dentro y fuera del país, singularmente de la Argentina, solicitando, además, el concurso necesario para poder llenar satisfactoriamente sus elevados fines.

Por su parte, el señor Ministro Candiotti, poco antes de ausentarse a Colombia, para presentar sus credenciales, y deseoso de que desde la juventud llegue a cimentarse la fraternidad entre nuestros pueblos, mediante el conocimiento recíproco de ellos, ha establecido un premio anual para la mejor composición trabajada por los alumnos de los Colegios de Segunda Enseñanza, sobre un tema relacionado con la Historia, la Literatura, las Ciencias o el Comercio de la Argentina.

Como puede verse, la presencia del señor Candiotti en el Ecuador, aunque corta, ha sido fecunda en realizaciones que tienden a traducir los anhelos de los pueblos de nuestro Continente, anhelos de paz, de unión, de confraternidad que, si han de ser eficaces y positivos, tienen que llevarse a cabo por la acción de la juventud, limpia de prejuicios, desnuda de taras ancestrales, y por todos aquellos que sienten en su espíritu la noble inquietud de trabajar por una humanidad más comprensiva y más generosa y por un Continente —el nuestro— más penetrado de las aspiraciones de los nuevos tiempos.

Al ausentarse el señor Ministro Candiotti a Colombia, hará sus veces el señor Encargado de Negocios de la Argentina, señor Juan García Montero, a quien le caracterizan dinamismo, entusiasmo y afecto por las cosas de nuestra América.

Además de los miembros del Grupo América, con su presencia manifestaron su simpatía al nuevo Centro varias personas admiradoras de la cultura argentina, entre las cuales se hallaban el Sr. Dr. Aurelio Bayas, Ministro de Gobierno, Sr. Carlos Zambrano, Ministro de Educación, Jaime Chaves, Subsecretario de Educación, y los señores doctor Rafael Alvarado, Hugo Alemán, Gustavo Vázquez, Luis F. Gabela, Atanasio Viteri y Cristóbal Hurtado.

M E N S A J E

DEL CENTRO CULTURAL ECUATORIANO - ARGENTINO, INCORPORADO AL GRUPO AMERICA AL INSTITUTO A. C. E. V. DE BUENOS AIRES

Señores: Manuel Ugarte, Armando Marotto, Luis Cané, Alfredo Bianchi, Roberto F. Giusti, Juan Mantovani, Emilio Peturuti, Antonio Pérez de Moctezuma, Antonio Aita y más miembros del Instituto A. C. E. V.

Alentados por la iniciativa rotunda del benemérito Instituto ACEV—argentino, colombiano, ecuatoriano, venezolano— llamada cordial del más claro sector de la raza, nosotros hombres del ande ecuatorial recogemos en lo solemne de la hora el eco magnífico de su magnífica llamada.

Bajo el escudo formado por nuestras manos juntas —nuevo símbolo de hermandad americana— hémonos reunido en centro cultural que lo denominamos "Ecuatoriano-Argentino" porque en él reverbera una fe robusta en los destinos del continente, que preside el signo de una compenetración auténtica: el espíritu de la pampa y nuestra alma india. Porque argentinos y ecuatorianos cultivámos el mismo coraje y la misma esperanza.

He aquí que somos con vosotros en noble consorcio familiar. Montalvo dialoga desde nuestros volcanes con Sarmiento a las orillas del Plata y González Suárez estrecha la diestra a Mitre, el viejo. Siluetas apostólicas que presidirán nuestras veladas del pensamiento. Y será un solo latido de comprensión creadora en el ancho paisaje del ideal indohispano. Amanecer en el arte, atardecer en la ciencia tendrán un solo meridiano de claridad: la unión de nuestros pueblos. Semillas ardientes de cultura y de paz lanzadas por manos fraternas serán huerto florido en la pampa vuestra y decoración del altiplano tropical.

Hermanos del pensamiento argentino! Hémos aquí a vuestra llamada imperatoria. Una misma inquietud cueja en el anhelo propulsor de conocernos más aún para amarnos mayormente. De hombre a hombre y de pueblo a pueblo. Conociendo y amando los hombres y las cosas de nuestro mutuo hogar indiano aprenderemos a volcar mejor nuestro cariño en el ánfora del universo.

Hermanos del Instituto ACEV! Nosotros ecuatorianos constituidos en centro similar al vuestro os tendemos nuestros brazos como misivas fraternales en un vivo y persistente anhelo de veros de cerca. Que vuestras páginas de jugosos frutos en el mensaje y en el poema vengan a encender lámparas de sabiduría en nuestro pupitre y nuestra biblioteca. Que el arte puro y la admirable enseñanza de vuestra ciencia acudan a deleitar las angustias de nuestro espíritu. En cambio no faltarán brotes del pensamiento mozo, tímidas producciones de esta tierra nativa en cálido envío a vosotros testificando nuestro ilimitado fervor.

Gallardo grupo el nuestro de gallardos sembradores se dará la mano desde hoy con nuestra juventud absorta, el oído atento a la prédica del hermano mayor, que descansa su experiencia en su sabiduría.

CESAR CARRERA ANDRADE

Director del Centro Cultural
Ecuatoriano-Argentino

LUIS F. TORRES

Secretario

NOTAS EDITORIALES

TRISTAN MAROF

En inminencia de ser sacrificado en la pira expiatoria que la oligarquía boliviana se halla preparando para castigar a uno de los más grandes constructores del americanismo, como es el escritor don Gustavo Navarro, mejor conocido con su célebre pseudónimo de Tristán Marof y autor de libros eminentes como son su "México de Frente y de Perfil" y "La Tragedia del Altiplano", y cuyo delito que consiste en haber luchado durante toda su vida contra el imperialismo y haberse opuesto al funesto desangre del Chaco, y ser por esto un apóstol de la paz continental, está a punto de ser purgado con su muerte, elevamos ante la conciencia de América nuestra cálida protesta, y pedimos, si aun es tiempo todavía, al Gobierno de Bolivia, como miembros de la vasta unidad americana que somos, y en nombre de un elemental principio de respeto y dignidad humanas, serene su juicio respecto a la actitud batalladora de Tristán Marof. No es posible que los intereses políticos del fugaz momento histórico de un pueblo —y de un pueblo como el boliviano de tan limpia tradición histórica y que tan altos destinos está llamado a cumplir en la civilización de América— quieran dar al mundo el espectáculo de una vileza sin nombre, al sacrificar la vida de Tristán Marof, manchando para siempre, por manos del Gobierno, su propia historia y la de esta América nuestra, que, en trances como el presente, salvando toda diferencia política, debiera alzar su voz para detener la consumación de un hecho que sólo significaría lo siguiente: una pérdida para la civilización continental, y, una negra vergüenza para sus consumidores y sus cómplices, es decir para todos los pueblos del continente mismo, ya bastante humillado por sus explotadores.

EL SINDICATO DE ESCRITORES
Y ARTISTAS INTERCEDE
POR LA LIBERTAD DE
TRISTAN MAROF

Excelentísimo Señor Don José Luis Tejada Zorzanc, Presidente de la República de Bolivia.

La Paz.

Excelentísimo Señor:

El *Sindicato de Escritores y Artistas del Ecuador*, cumpliendo con un deber de solidaridad profesional a la vez que preocupado por la verdadera armonía de los pueblos hispanoamericanos, se dirige a usted intercediendo por el proceso y prisión de nuestro compañero el escritor boliviano Tristán Marof.— El ilustrado criterio del señor Presidente conoce muy bien la significación intelectual de Tristán Marof, y lo que él representa para Bolivia y para el resto de América. Cualquiera que sea el criterio con que se juzgue la obra literaria de este destacado escritor boliviano, siempre se reconocerá, que el amor a los pueblos de América, y en particular al de Bolivia, constituye su íntima preocupación y que a su convicción de americanista integral lo ha sacrificado todo.— Como las acusaciones que pesan sobre Tristán Marof son de orden político, que en él se hallan vinculadas a la cultura, creemos que un acto de justa política y cultura elevada sería poner en libertad al escritor boliviano que tan alto ha sabido colocar el nombre de Bolivia en el intercambio cultural de Hispanoamérica.— Este *Sindicato de Escritores y Artistas* solicita del señor Presidente de la República de Bolivia, acceda a nuestra petición en favor de Tristán Marof, como una medida de pacificación para el pueblo boliviano, no dudando que el señor Presidente sabrá responder al deseo de la intelectualidad ecuatoriana.— Quito, a 15 de abril de 1936.— (ff.)— Jorge Icaza, Secretario General.— Pablo Palacio, Secretario de Actas.— Jorge Reyes y Reyes, Secretario del Interior.— Eduardo Kingman, Secretario-Tesorero.— F. Ferrándiz Alborz, Secretario del Exterior.— Pío Jaramillo Alvarado.— Benjamín Carrión.— Jaime Chaves.— Fernando Chávez.— Gonzalo Escudero.— Emilio Uzcátegui.— Enrique Terán.— Luis Felipe Chávez.— Ricardo Paredes.— Néstor Mogollón.— Humberto Mata Martínez.— Humberto Salvador.— Joaquín Gallegos Lara.— Alfredo Martínez.— Ignacio Lasso.— Aurora Estrada y Ayala.— Sergio Núñez.— Carlos Andrade.— Guillermo Latorre.— Alejandro Carrión.— Sergio Guardéras.— José Alfredo Llerena.—

Nicolás Kingman Riofrio.— Gonzalo Bueno.— Jorge Fernández.— Luis Maldonado Estrada.— Julio C. Larrea.— Napoleón Humberto Saa.— Augusto Sacotto Arias.— Alfonso Cuesta y Cuesta.— Jorge I. Guerrero.— Manuel Agustín Aguirre.— Hugo Alemán Fierro.— Antonio Montalvo.— Humberto Estrella.— Augusto Arias.

LA BIBLIOTECA DE AUTORES
HISPANO-AMERICANOS
DEL GRUPO AMERICA

Gracias a la generosa decisión del Ministerio de Educación Pública, nuestra Biblioteca de "Autores Hispanoamericanos" tiene su local en el edificio anexo al Teatro Sucre, de la Calle "Flores", cedido expresamente para su funcionamiento, en el mismo que el "Grupo América" desarrollará todas sus actividades culturales.

AGRADECIMIENTO

Cumplimos con el deber de hacer público nuestro sincero y cordial agradecimiento al señor doctor don Aurelio Bayas, Ministro de Gobierno, por la eficaz ayuda prestada al Grupo América, concediendo del presupuesto correspondiente al Portafolio de su cargo, los fondos necesarios para el funcionamiento de la Biblioteca de Autores Hispanoamericanos.

CONDOLENCIA

Presentamos la nuestra más sentida al consocio don Gonzalo Escudero por el fallecimiento de su padre señor doctor don Manuel Eduardo Escudero, ilustre hombre público, cuyo deceso ha sido justamente lamentado por los poderes públicos y las instituciones culturales de nuestro país.

LIBROS DONADOS A LA BIBLIOTECA
DEL GRUPO AMERICA

El señor don José Rafael Bustamante y el doctor Emilio Uzcátegui se han servido obsequiar, con gentileza que agradecemos, algunos centenares de sus obras recientemente publicadas, "Para Matar el Gusano" y "Situa-

ción del Niño en la Legislación Ecuatoriana", con las mismas que el Grupo fomentará el intercambio del canje internacional.

LABORES DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

El nuevo Director de la Biblioteca Nacional, señor don Enrique Terán, ha emprendido en una labor digna de franco encomio. Se halla, con dinamismo patrio, completando los anaqueles del libro ecuatoriano y se ha empeñado en mantener una sección de copioso canje y envío de libros de autores nacionales a centros culturales de América, para lo cual adquiere las obras correspondientes. Continuará en la publicación de la interesante Revista de la Biblioteca, iniciada por su antecesor el doctor Angel Modesto Paredes y el Secretario de la Biblioteca, don Ignacio Lasso.

EL LIBRO DE UN COMPAÑERO

El conocido escritor alemán, señor George H. Nuendorff, americanista de fervoroso entusiasmo, está traduciendo al idioma de Goethe el libro "Mariana de Jesús" de uno de los Directores de América, Augusto Arias. Lo editará en una casa de Leipzig.

REVISTA ECUADOR

Debido al entusiasmo del señor doctor Aurelio Bayas, actual Ministro de Gobierno, que tanto esfuerzo viene desplegando por el fomento de la cultura nacional, saldrá próximamente la revista de este nombre como órgano del Portafolio de su cargo y destinada a la difusión y propaganda de nuestro país y sus realidades en el exterior. La Revista "Ecuador" promete llenar un gran vacío dentro de nuestras relaciones internacionales.

EL DOCTOR JULIO ENDARA

Hállase en jira de estudio por las naciones sudamericanas este distinguido médico-psiquiatra, profesor de la Universidad Central del Ecuador, a quien el Grupo América, en mérito a sus altas cualidades intelectuales y su sincero fervor americanista, invistió con su representación en los países que él visite, a fin de estrechar más eficazmente nuestras relaciones espirituales americanas.

BIBLIOTECA AMERICA
DE AUTORES HISPANOAMERICANOS

El Grupo América tiene la complacencia de comunicar a los escritores de España y América, que, hallándose formada la Biblioteca creada con el acervo de obras enviadas a la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano, realizada en esta ciudad, ha iniciado ya su intercambio bibliográfico con el fin de dar práctica realidad a sus ideales de interconocimiento cultural intercontinental.

Al efecto, ruega a los escritores españoles y americanos que quieran probar sus sentimientos de solidaridad hispanoamericana, se sirvan enviar al Grupo América, con destino a la mencionada Biblioteca, sus obras; pues en retribución, nos será grato enviarles las de los autores nacionales y americanos que poseemos.

Los envíos de comunicaciones e impresos deberán hacerse a la siguiente dirección:

GRUPO AMERICA

Casilla 75

Quito—Ecuador.

S U R

REVISTA TRIMESTRAL

Dirigida por

Victoria Ocampo

△

Suscripción anual

\$ 14.

△

Dirección y Administración:

Viamonte 548

Buenos Aires, Argentina.

REVISTA BIMESTRE CUBANA

De la Sociedad Económica

Amigos del País

△

Director:

Fernando Ortiz

△

Suscripción: \$ 2,50.

Dirección postal:

Apartado N° 214

La Habana, Cuba.

UNIVERSIDAD DE LA HABANA

Publicación Bimestral

△

Director:

José A. Presno Bastiony

Secretario:

Roberto Agramonte

△

Departamento de Inter-
cambio Universitario.

La Habana, Cuba.

ESPAÑA Y AMERICA

Revista comercial ilustrada,
de exportación, economía y
finanzas

△

Director:

Eduardo de Ory

△

Suscripción anual: 20 ptas.

Cadiz, España.

REVISTAS DE LAS ESPAÑAS

Publicada por la
"Unión Iberoamericana"

△

Dirección postal:

Calle del Duque de Medina-
celi, 8.

Madrid, España.

NOS-OTRAS

Revista Mensual Ilustrada

△

Directora:

Luisa Martínez

△

Suscripción anual: Bs. 10

△

Apartado de Correo 795

Caracas, Venezuela.

ATENEA

REVISTA MENSUAL
De Ciencias Letras y Artes
Publicada por la Universidad
de Concepción

△
COMISION DIRECTORA:
*Enrique Molina.—Félix Arman-
do Núñez (Secretario)*

△
Representante en Santiago:
DOMINGO MELFI

△
Suscripción anual \$ 30,00

△
DIRECCION:
Mutual de la Armada y Ejér-
cito, 4º piso, Oficina 22.
Santiago, Chile.

LA REVISTA AMERICANA DE BUENOS AIRES

DIRECTOR:
V. Lillo Catalán
△
Dirección y Administración:
Avda. Pte. R. Sáenz Peña 530.
Buenos Aires, Argentina.

REVISTA CUBANA

Editada por la
DIRECCION DE CULTURA
△
SECRETARIA
DE EDUCACION
LA HABANA, CUBA

CLARIDAD

REVISTA DE ARTE,
CRITICA Y LETRAS
*Tribuna del pensamiento
Izquierdista*

△
Director: *Antonio Zamora*

△
Suscripción anual \$ 3,50

Aparece el 4º sábado de
cada mes.

△
DIRECCION:
Casilla de Correo 736.
Buenos Aires, Argentina.

REVISTA HISPANICA MODERNA

*Publicada por el Instituto de las
Espanas en los Estados Unidos*

△
Director: *Federico de Onís*

△
Suscripción anual, \$ 4,00

△
Redacción y Administración:
Casa de las Espanas,
Columbia University,
435 West 117—th Stree,
New York City.—U. S. A.

ELITE

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA

△
Director:
JUAN DE GURUCEAGA
Redacción y Dirección:
*Principal a Sta. Capilla No 6
Apartado de Correo No 9
Caracas, Venezuela.*